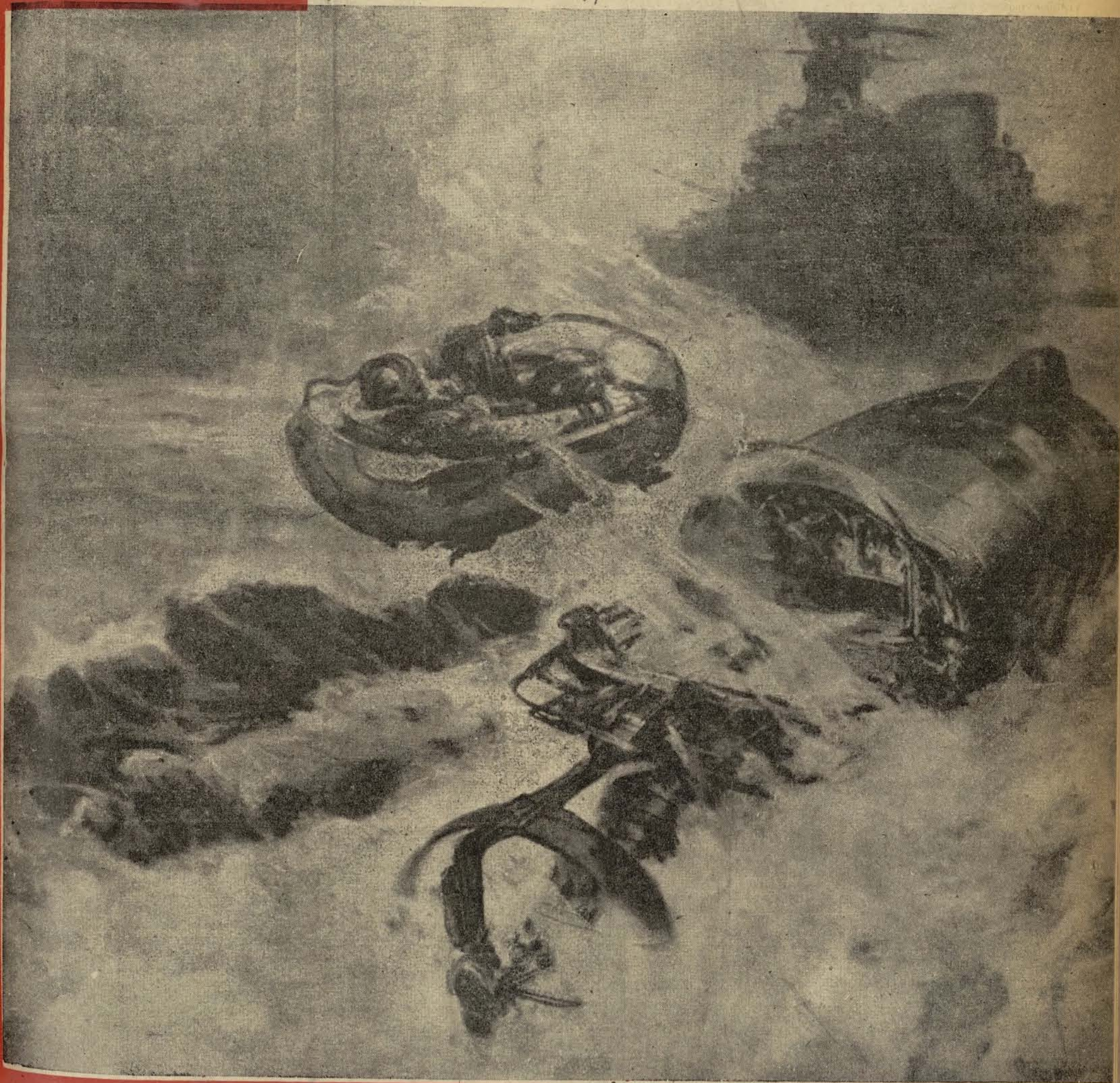


TAJO

ESCORPIONES DEL MAR

CRIPPS Y LOS MUSULMANES



Año III - Núm. 100

25

abril

1942

SUMARIO: PRESENCIA DE ESPAÑA EN EL PACIFICO - EL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA CABEZA, NUEVA OBRA DE LA CRUZADA ESPAÑOLA - EL MAR CARIBE, FRENTE DE GUERRA SUBMARINA - BIRMANIA, ESCUDO DE LA INDIA POR ORIENTE, EN TRANCE DE QUEBRARSE - EL HOMBRE DE AFRICA - HUMOR

Ayuntamiento de Madrid

60 cts.

El Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, nueva obra de la Cruzada española

"Hasta hacer tiempo de que llegue el último domingo de abril, en cuyo día se celebra en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la ciudad de Andújar, la fiesta de Nuestra Señora de la Cabeza, que es una de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebra tal, según he oído decir, que ni las pasadas fiestas de la

en España, sobre cuantos lugares las más extendidas memorias se acuerdan."—Miguel de Cervantes (*Pérsiles y Sigismunda*).

GRANDEZAS DE AYER QUE SE REPITEN

Nuestro escritor príncipe, al escribir ayer, página tal, que tan bien re-

al ser española, tuvo carácter ecuménico en el Mundo.

LA FE, SOSTEN DE LA GESTA DEL SANTUARIO

¿Qué alentó la gesta del Santuario de la Virgen de la Cabeza, página impar de la Cruzada española? La



Estampa viva de las famosas romerías de ayer al Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, en la sierra de Andújar... Esta muchedumbre que acudía a ella es la que hizo decir a Cervantes "que era una de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebraba tal..." Estas se van reanudando con fervor y devoción, por la que no ha pasado siglos.

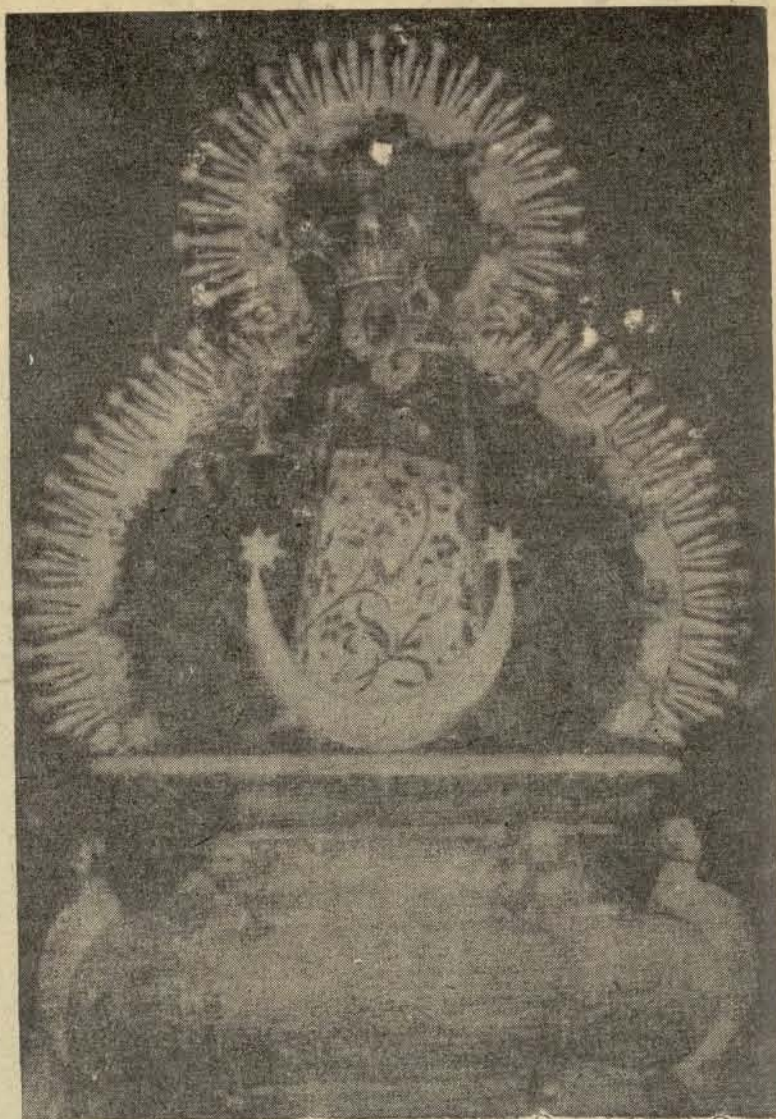
gentilidad, a quien imita la Monda de Talavera, no le han hecho ni le pueden hacer ventaja. Bien quisiera yo, si fuera posible, sacarla de la imaginación, donde la tengo fija, y pintárola con palabras y ponerla delante de la vista para que, comprendiéndola, viérase la mucha razón que tengo de alabárola; pero ésta es carga para otro ingenio no tan estrecho como el mío. En el rico palacio de Madrid, morada de los Reyes, en una galería, está retratada esta fiesta con la puntualidad posible. Allí está el monte, o mejor decir, peñasco en cuya cima está el monasterio que deposita en, si una santa imagen llamada de la Cabeza, que tomó el nombre de la Peña donde habita, que antiguamente se llamó el Cabezo, por estar en mitad de un llano libre y desembarazado, sólo y señor, de otros montes y peñas que la rodean, cuya altura será de hasta un cuarto de legua y cuyo circuito debe ser poco más de media. En este espacioso y ameno sitio tiene su asiento, siempre verde y apacible por el humor que le comunican las aguas del río Jándula que de paso, como reverencia, le besa las faldas. El lugar, la Peña, la imagen, los milagros, la infinita gente que acude de cerca y lejos el solemne día que he dicho, le hacen famoso en el Mundo y célebre

refleja el fervor que en aquellos tiempos inspiraba la famosa romería de Nuestra Señora de la Cabeza, señaló también lo que las generaciones que la heredaran debían hacer para conservarla y defenderla.

Bien cumplieron los herederos de tan gloriosas tradiciones con la misión encomendada. Por eso, llegado el último domingo de abril, al vértice señero de Sierra Morena que corona el Santuario, acudían tantos millares de almas de toda Andalucía, de todos los lugares de España también, que los pelados riscos que lo forman se veían tapizados en este día por la más compacta masa humana.

Esta famosa romería tenía la robusta y profunda poesía del sentimiento mariano andaluz; el Santuario junto al cielo, era el faro del que partía la luz divina de esta fe; las piedras de éste, recias como las de un templo del medievo, eran el alcázar donde ésta se conservaba; la bendita imagen de Nuestra Señora de la Cabeza, aquella que se le apareció al pastor Juan de Rivas entre fulgores angélicos la noche del 12 de agosto de 1227, era el cuerpo tangible de esta fe. Y de este modo, vértice, santuario e imagen formaron un todo tan idéntico en las almas, que el tiempo lo convirtió en faro de la cristiandad que en este caso,

alentó la fe, que imantaba las almas de los caballeros españoles que en aquella total incomunicación hicieron frente a la horda. Sólo ésta



La venerada imagen de Nuestra Señora de la Cabeza, que recibía culto en el famoso templo.

descubría a los sitiados por dónde les podía llegar sustento material para sus cuerpos. Y esta fe operó el milagro de que los aires fuesen caminos trajinados por los aviones de los gloriosos Carlos de Haya y García Morato, que llevarán a los asediados un poco de pan para sus cuerpos y un mundo de aliento para sus almas.

Sólo la fe que irradiaba esta bendita imagen, atribuida a la gubia del evangelista San Lucas, sostuvo durante nueve meses en el asedio más feroz a aquel puñado de héroes y halcones. Estos tuvieron un representante máximo: el capitán don Santiago Cortés González. ¡Presente! Su nombre ampara por igual a los centenares de caídos, hombres, mujeres y niños, que yacen en aquel lugar.

LA RECONSTRUCCIÓN DEL SANTUARIO, OBRA DE LA NUEVA ESPAÑA

La página del asedio del Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza no fue leída por la España nacional hasta que llegó la hora gloriosa de la victoria. El Santuario, desde que el puñado de sus heroicos defensores tuvo que sucumbir ante la presión de la más alevosa máquina de guerra roja, en primero de mayo de 1937, desapareció silenciado, por la vergüenza que para la horda supuso

su destrucción; sus héroes caídos mostraron sus restos muchos días abandonados al sol; los supervivientes ingresaron en las cárceles rojas; las mujeres y niños fueron exilados a pueblos del dominio de la chusma.

Pero llegada la hora de la victoria, el Santuario apareció ante la vista de todos los españoles hablando de los sacrificios sin cuento que allí acaecieron. Estampa de gesta y heroísmo singular eran sus piedras. La fábrica del templo estaba derruida de forma tal por el cañón y el mortero rojo, que su ruina era total. La bendita imagen había desaparecido...

El Mundo conoció entonces lo que fue aquella, y la calificó de única. Y España pidió la inmediata reconstrucción de aquel Santuario, alcázar de la fe mariana de Andalucía, que tiene como trono el vértice más alto y señero de Sierra Morena.

Seguidamente dieron comienzo las obras de su reconstrucción, y éstas están a punto de terminarse. El Santuario famoso se perfila ya en el horizonte con las mismas líneas con que se destacó ayer.

El pueblo, para no desmentir a Cervantes en cuanto al elogio que hace de esta fiesta, ha reanudado la romería al glorioso lugar, con fervor y emoción por la que no pasaron los siglos.—CECILIO BARBERAN.



Maqueta de la obra total del Santuario, que proyectó el arquitecto señor Prieto Moreno. Así será este glorioso templo.

Presencia de España en el Pacífico

En el constante sucederse de pueblos, ciudades y naciones, la guerra, al extenderse, ha invadido ya todos los continentes. Escenarios nuevos surgen a cada momento; nuevos para nosotros los que pertenecemos a esta nueva generación, pero viejos para la Humanidad, tan antigua en general como la guerra misma, y que en el transcurso implacable de los años ha oído repetirse estos nombres, no por diversos menos trágicos, heroicos e históricos. Desde la ruta de Alejandro, la marcha de Aníbal sobre Roma, la retirada napoleónica a través de la helada estepa rusa hasta las guerras mundiales del 14 al 18 y la de nuestros días, qué sucederse de nombres, de localidades insignificantes a las que los hechos de armas immortalizarán por todos los siglos.

Suena insistentemente durante estos días en la Prensa mundial, con motivo de la guerra en el Pacífico, tan audaz y victoriosamente emprendida por el Ejército japonés, el nombre de una localidad filipina, la península de Bataan, y su defensor, el general norteamericano Mac Arthur, y relejando viejos libros nos remontamos a la anterior guerra en el archipiélago filipino, en la que también, precisamente los yanquis, juegan papel tan decisivo y tan funesto para España, que si vió desmoronarse su imperio colonial por la ineptitud de la mayoría de los políticos de su época, no fué sin la protesta y abnegación de su Ejército, siempre dispuesto, aun a costa de los mayores sacrificios, a que el nombre de nuestra Patria se pronunciase no con el menosprecio del vencido, sino con la admiración del héroe.

Corría el año 1898, de tan triste recordación para los españoles. A la insurrección de la Gran Antilla sucedió el levantamiento de Filipinas. Surgían los cabecillas, aumentaban las partidas al calor de la ayuda estadounidense, interesada en deshacer el poderío de España en aquellas latitudes.

Matanzas, Camagüey, La Habana, Santiago y El Caney supieron del heroísmo español en Cuba.

Mindanao, Panay, Ilo-Ilo, Cebú y Manila, en Filipinas, contemplaron con admiración la gesta sublimemente arrogante de sus descubridores y últimos colonizadores.

Entre los pueblos de la provincia de Nueva Ecija, en Filipinas, El Príncipe, Carsiguran, San José de Carsiguran, etc., figura Baler, situado este último cerca del mar, a unos quinientos metros, sobre un recodo al Sur. Como todos los poblados filipinos, de vida puramente rural y escaso número de habitantes, reduciéndose a la iglesia rectoral o convento, de fuertes y sólidos muros; alguna casa de tablas y argamasa, residencia de la primera autoridad, y, alrededor, entre las frondosidades propias del clima, alguna que otra vivienda con apariencia de choza o cabaña. La falta de caminos entre un poblado y otro, aumentado por la exuberancia selvática del terreno, les tenía prácticamente incomunicados entre sí.

Anteriores algaradas, motines e insurrecciones, en las que fueron asesinadas cobardemente las escasas fuerzas destacadas en Baler, decidieron al comandante de Manila aumentar su dotación, y al mando del capitán de Infantería don Enrique de las Morenas, secundado por los tenientes don Juan Alonso Zayas, don Saturnino Martín Cerezo, el médico don Rogelio Vigil de Quiñones Alfaro y el párroco fray Cándido Gómez Carreño, más cien soldados pertenecientes todos ellos al Batallón Expedicionario número 2, arribaron este puñado de bravos españoles a aquel diminuto poblado, ajenos a la tragedia de la que iban a ser protagonistas y que, sin embargo, saltando mares, continentes y razas, a millones de kilómetros de la madre Patria, su épica gesta arribaría hasta los confines más apartados de la tierra, causando el asombro y admiración del Mundo entero.

El día 1.º de junio de 1898 el comandante del puesto de Baler remitió los justificantes de revista a Manila. Una partida de insurrectos, cuyo centro de reunión estaba en San José de Lupo, consiguió detener y hacer prisioneros a los portadores de dicha documentación. Evadidos éstos a los cinco días, corrieron a Baler a comunicarle a su jefe el peligro en que se hallaban, y desde aquel instante emitió la señal de alarma en todo el destacamento.

Ordenó el capitán Las Morenas realizar una descubierta al segundo teniente Martín Cerezo. Al llegar éste como a cincuenta pasos del puen-

te de España, situado al oeste del pueblo, el enemigo, apostado en él, rompió nutrido fuego, y al toque de ataque se abalanzó contra la fuerza pretendiendo envolverla. Dispuso Cerezo la retirada sobre la iglesia, a donde no sin trabajo llegaron, y a la mañana siguiente los revolucionarios dejaron cerca de ella una carta en la que invitaban a los españoles a deponer las armas, ya que así lo habían realizado todas las fuerzas peninsulares de la provincia de Luzón; Manila misma estaba sitiada por veintidós mil tagalos, que habían logrado cortar las aguas de su diario abastecimiento. Caso de no acceder a sus pretensiones—continuaba la carta—habían formado tres numerosas compañías con las que les rendirían.

Comprendió el capitán Las More-

y tenga usted entendido que si se apodera de la iglesia será cuando no encuentre en ella más que cadáveres, siendo preferible la muerte a la deshonra."

A las doce de aquel mismo día comenzó Villacorta a cumplir su amenaza; un nutridísimo fuego se abrió en todo el circuito. A fin de no gastar pólvora inútil, los españoles, bien parapetados tras las ventanas del convento, sólo disparaban cuando veían un blanco certero. Desesperado Villacorta, envió nueva misiva, diciendo que estaba dispuesto a mantener el cerco cuanto tiempo fuese preciso y que haría fuego de cañón y aun volaría la iglesia si fuese necesario. No obtuvo respuesta. Impávidos, resistieron los españoles la granizada de proyectiles, que, conmoviendo el vetusto

que quedaban con vida más parecían espectros que personas humanas, comidos por la fiebre y las privaciones sin cuento. Unos cuantos sacos de harina fermentada y formando mazacotes por la humedad y las lluvias; algunas lonjas de tocino hirviendo en gusanos y con un sabor repugnante; azúcar abundante, pero ni un solo grano de sal, que faltó casi desde los primeros días; algunas latas ya averiadas de sardinas, componían todos los víveres y reservas. Bien poco, contrastando con las fatigas del sitio y las remotas posibilidades de recibir auxilio; pero todavía les quedaban suficientes municiones, una bandera que defender y ahora más que nunca la defensa de la posición, que guardaba el sagrado depósito de los camaradas caídos en la lucha, cuyas tumbas no

continuación, para festejar el día, ordenó que se "armase un rato de juerga" y allá salieron todos al corral, enfermos y sanos; palmas, jolés! y coplas que recordaban la lejana tierra rasgaron el espacio con fingida alegría, mientras los corazones, oprimidos, dejaron de latir al escuchar de unos labios, en sentidas estrofas, los nombres evocadores de ¡Madre y Patria! Tales fiestas se prolongaron hasta el final del asedio, exasperando a los sitiadores.

Cuando ya sólo por un milagro de la voluntad se continuaba resistiendo las embestidas del enemigo en condiciones inverosímiles, sin víveres, por toda comida hojas de calabacera hervida y sin sal, que al ingerirlas, se hacían una pelota en el estómago, con escasas municiones, un fingido capitán solicitó parlamento, pero no se dejaron engañar los sitiados. A éste sucedió otro, que tampoco logró inclinar el ánimo de Martín Cerezo, juzgándolo como una nueva estratagema de los sitiadores.

Por fin presentóse el teniente coronel de Estado Mayor don Cristóbal Aguilar y Castañeda, comisionado por el general en jefe para hacerse cargo del destacamento de Baler y conducirlo hasta Manila para su repatriación. Todavía opuso algunos reparos el heroico defensor Martín Cerezo; dudaba de la auténtica personalidad del teniente coronel a pesar de los documentos exhibidos (habían intentado engañarle tantas veces!). Su distinguido porte unido a una gran persuasión eran las características del teniente coronel Aguilar. Aquel territorio ya no nos pertenecía y obstinarse en su defensa, con ser una temeridad, podría acarrear más catástrofes. En compañía de la documentación había dejado el teniente coronel Aguilar un ejemplar del periódico "El Imparcial", y una noticia insignificante fué como rayo de luz en medio de aquellas tinieblas; completamente se disiparon las dudas de Martín Cerezo al leer que un antiguo compañero de armas, al terminar la campaña, había sido destinado a Málaga, como en largas conversaciones lo había manifestado, por tener allí a su madre y a su novia.

Reunió a su gente, esquelética, depauperada, sin fuerzas para sostenerse, pero con la respuesta altiva en los labios de que si la disciplina y el honor de España lo exigían, llegarían al máximo sacrificio. Les manifestó su jefe lo conocido y por fin se estipularon las condiciones de capitulación, que fueron aceptadas sin discusión, mereciendo todavía por parte del Gobierno filipino constituido, la publicación de un decreto en el que se rendía culto al valor y al heroísmo de los defensores de Baler, no considerándoles como prisioneros, sino como amigos dignos del mayor respeto y consideración.

Había durado el sitio de Baler trescientos treinta y siete días y fué Martín Cerezo, extremeño de nacimiento, el que llevando en sus venas sangre de aquellos descubridores que fueron Hernán Cortés y Pizarro, extremeños también, el que con su resistencia admirable hizo ondear por última vez una bandera española en el Pacífico, haciendo posible con su gesta heroica y su valor indomable que, después de un año de todos los tratados, en nuestros extensos dominios no se pudiese todavía el sol.

Por eso hoy al girar la guerra sobre aquellos escenarios, al oír hablar de resistencia, acude a nuestro pensamiento el nombre de España, que si no fuesen bastantes muestras de valor y de heroísmo los de su larga historia, podrían exhibirse con legítimo orgullo los más recientes durante la gloriosa Cruzada del Alcázar toledano con su laureado defensor el general Moscardó, y el Santuario de la Virgen de la Cabeza en Sierra Morena.

MANUEL DE VILLAVIEJA



La guerra en Filipinas es comentada por la Prensa mundial; los poblados, esos pueblos de vida rural y de viviendas con apariencia de chozas o cabañas, nos son familiares y nos hacen recordar nuestra Historia.

nas que iba a formalizarse el cerco y asedio de la iglesia y por toda contestación, escuchando las indicaciones del teniente Martín Cerezo, mandó abrir un pozo en la iglesia para procurar el abastecimiento del agua.

Tenaces los sitiadores, conociendo el carácter español, organizaron el cerco, construyendo un cinturón de trincheras. Progresaban los trabajos; se extendían las obras hasta el antiguo cuartel de la Guardia civil y otra casa muy cercana a la iglesia, desde cuyos altos se podía hacer grande daño a los sitiados. Estos no podían contemplar impasibles la realización de los trabajos. Los soldados Gregorio Catalán Valero y Manuel Navarro León se ofrecieron voluntarios, y con arrojo y seriedad admirables hicieron una salida, incendiando el cuartel de la Guardia civil y casas contiguas, con graves pérdidas para los sitiadores.

Al mes y medio de constante e inútil asedio en el que se registraron incansables tiroteos, llegó a reforzar a los sitiadores el cabecilla Leoncio Villacorta. En apremiante intimación les concedía un plazo de veinticuatro horas para rendirse, haciéndoles saber que, caso de no aceptarlo, caería con las tres columnas de su mando sobre la fortificada iglesia sin ninguna consideración, haciendo responsables a los oficiales de las desgracias que pudiesen ocurrir.

Esta fué la respuesta: "A las doce del día de hoy termino el plazo de su amenaza; los oficiales no podemos ser responsables de las desgracias que ocurran; nos limitamos a cumplir con nuestro deber,

edificio, derrumbaron gran parte de su techumbre; pero, gracias a Dios, no hubo que lamentar víctimas.

Al prolongarse el asedio comenzaron a escasear los alimentos; latas de sardina en conserva y tocino, que, con el calor, comenzaba a enranciarse, era la alimentación habitual, más el arroz almacenado en previsión.

Un enemigo feroz, implacable, peor que la sed y el hambre, propio de los locales sin ventilación, de los asedios continuados, del hacinamiento y del clima, hizo su aparición y en condiciones horribles para combatir por la carencia de medios sanitarios; la epidemia espantosa conocida con el nombre de beri-beri. El 25 de agosto falleció víctima de esta enfermedad el párroco de Baler, fray Cándido Gómez Carreño.

Tras este caso, la epidemia continuó haciendo estragos; víctimas de ella fueron el teniente don Juan Alonso Zayas, muchísimos soldados y el mismo capitán jefe del destacamento, don Enrique de las Morenas, que, con el pensamiento puesto en España y en los suyos, murió a los ciento cuarenta y cinco días del asedio. No quedaba más teniente que Martín Cerezo, que hubo de asumir todo el mando en unas condiciones terribles de responsabilidad.

Al llegar a ésta fase de la defensa de Baler, únicamente treinta y cinco soldados quedaban con vida de los cien que componían la guarnición; el resto había sucumbido, víctima de las penurias y heridas recibidas durante el asedio. Horrificosa era la perspectiva del futuro; la epidemia continuaba haciendo estragos y los

podían ser profanadas por el enemigo.

En estas condiciones de desolación y ruina llegó el día 8 de diciembre, fiesta de la Purísima Concepción, patrona de la Infantería española, y al recibir nueva invitación para rendirse con la promesa formal de respetar sus vidas y embarcarlos para España como lo habían sido ya todas las fuerzas que habían capitulado, contestó Martín Cerezo, entre humorista e irónico, que en casos como el presente se concedía al vencido, según las leyes y usos de guerra, un plazo de seis meses para la evacuación del territorio y que seguramente el capitán general de Filipinas, sabiendo "los muchos víveres, municiones y pertrechos de que disponía la guarnición de Baler" les había dejado para última hora, y como aseveración a sus manifestaciones enviaba al cabecilla tagalo una botella de vino de Jerez y un paquete de medias regalias. A

DIANA REGISTRADA

FABRICA DE FERRETERIA

A-296

PABLO SCHROEDER HERNANI

SIERRAS Y SERRUCHOS

LLANAS DE ALBAÑIL
CUCHILLAS DE EBANISTA
FABRICADOS CON LOS
ACEROS DE LA INSUPERABLE CALIDAD ALEMANA

ESPECIALIDADES:
BISAGRERIA FINA
ROLDANAS PARA
PUERTAS CORRE-
DERAS (PATENTADAS)
HERRAJES PARA PER-
SIANAS · ARTICULOS
DE OFICINAS

CRIPPS Y LOS MUSULMANES

Cuando se está en peligro de muerte se espera siempre el milagro. Hace dos años y medio, Inglaterra se halla en este trance, y hace dos años y medio que busca al hombre que realice este milagro. Churchill, Beaverbrook, Cripps; la trinidad de la esperanza. El pueblo inglés confía y espera. Espera y confía en que se realice en veinte días lo que no se hizo en veinte años: crear un ejército, dotarlo de oficialidad capaz, de cañones, carros armados, aeroplanos y barcos... Inglaterra creyó conseguir la paridad con todos los países, pero surgió después el problema y resultó que no tenía hombres ni armas para defender su Imperio. Olvidó que era imprescindible comenzar por la enseñanza de los métodos de producción en serie a los ingenieros y jefes de trabajo; que se debió empezar por combatir el hábito de pereza y de inercia que la riqueza heredada y la vida fácil hicieron contraer al pueblo inglés. La Cámara de los Comunes promueve y reclama reajustes ministeriales, confiada en el desacreditado juego parlamentario; y se toma después las vacaciones. Se olvida que todo el pueblo es responsable de su suerte, pero las conclusiones de las alternativas de fusión y de furor no tienen tales objetivos, y sólo ven que se aproxima el final del tercer año de guerra e Inglaterra se halla desguarnecida en todos los frentes.

Los milagros que Inglaterra esperaba de Cripps, difieren poco de los que exigía a Churchill y Beaverbrook; éstos debían crear armas y ejército; Cripps, aliados.

El Foreign Office desarrolló la vieja doctrina del "espléndido aislamiento"; pero cuando se desencadenó la tempestad bélica reconoce la necesidad de tener aliados. Entonces ofrecen su garantía a Polonia, a Rumania, a Grecia. E impidió la alianza soviética. No la habilidad de Cripps, sino los golpes terribles de las columnas acorazadas germánicas y el peligro común, unieron Londres y Moscú. Sin embargo, el pueblo inglés, postrado durante meses ante el Kremlin, creyó en el milagro, y acogió a Cripps como a un triunfador. Pasaron algunas semanas, entró en guerra el Japón, y cuando éstos llegaron a las fronteras de la India Cripps fué enviado a Delhi. Se esperaba el segundo milagro.

La misión que tuviera Cripps, y para la que trabajó en Asia, no era la de satisfacer la mayoría hindú de la India inglesa, sino de satisfacer la mayoría y la minoría: los musul-

manes, los príncipes, los parias, los sikhs; es decir, conciliar a los indios con los indios.

Los musulmanes son una minoría formidable en la península indostánica. De ochenta a noventa millones de hombres casi una cuarta parte de la población de la India, distribuidas de modo desigual entre las varias provincias y los distintos Estados. En Bengala son veintisiete millones; en Punjab, trece; en la provincia de la frontera noroeste, dos; cuatrocientos mil en Beluchistán y tres millones en Kachemira. Estas son las provincias en las que son más numerosos.

Los musulmanes de la India son diferentes a los hindúes, no sólo por la religión, sino por las tradiciones, costumbres y aspiraciones. No quieren vivir bajo el yugo hindú y esta posición se afirmó aún más después de la política desacertada del Partido del Congreso de persecución a la minoría musulmana: injerencia en los derechos religiosos, ofensas a las tradiciones culturales, tentativas de reducir la posición de los musulmanes en los servicios públicos, desconsideración hacia éstos en las relaciones sociales. El resultado de aquel ensayo político fué la enemistad permanente de los dos partidos esenciales de la India: la Liga Musulmana y el Partido del Congreso.

Los musulmanes se oponen a la vida en común con los congresistas y aspiran a una "sede nacional" separada y bajo la forma de "Estado autónomo". Haroon, presidente del Comité de la Liga, declaró que era iraceptable para ellos la unión con el grupo hindú, irreductiblemente hosil.

—Sabemos qué tipo de Constitución podrá conservar su personalidad, su cultura, su religión y sus variados intereses el día que Gran Bretaña transfiera los poderes a los hindúes, forzada por la actual situación mundial o por su propia seguridad, dijo Haroon.

El día ha llegado, y el Gobierno de Londres se encuentra en la disyuntiva: contentar a los hindúes o contentar a los musulmanes. Armonizar los intereses de unos y otros sería resolver la cuadratura del círculo. Si la India debiera ser un Estado unitario, estaba implícito que la minoría musulmana había de estar bajo el gobierno de la mayoría hindú, sin posibilidad de hacer apelación a la protección del Gobierno imperial. Cripps dió publicidad a sus condiciones. El Gobierno inglés intentaba constituir la "Unión India" con es-

tatuto de Dominio, pero se reconocía a las provincias el derecho a formar otros Dominios. La unidad de la India duraría el espacio de una mañana, porque apenas la Unión se constituyera, las provincias y mayorías musulmanas se aprovecharían del derecho de secesión. El Imperio británico no ha forzado a sus pueblos para constituir una unidad política, y admitió la tendencia secesiva: los neozelandeses se negaron a pertenecer al Commonwealth australiano y Nueva Zelanda es hoy Dominio en sí; porque Terranova no quería convivir con Canadá, Terranova es Dominio independiente. Y porque los protestantes de Belfast no aceptaban el Gobierno de los católicos de Dublín, Ulster se separó de Irlanda. La solución propuesta por Cripps sería conforme a la tradición política del Imperio, pero esta solución no corresponde con las aspiraciones de la mayoría hindú. El Partido del Congreso afirmó que la unidad de la India viene desbaratada desde el instante mismo que se admite la posibilidad de que cualquier provincia india tiene el derecho de secesión. Pero el Comité de la Liga Musulmana a su vez ha declarado que los derechos y los privilegios musulmanes deben ser salvaguardados indefectiblemente en la Constitución de la India, y encargó a Jinnah, su caudillo, para tomar todas las medidas que juzgara útiles en el interés de la Liga. Mohamed Ali Jinnah es un hombre incorruptible y ha rechazado siempre las ofertas del Gobierno, de honores, títulos o cargos. Es un viejo luchador. Nació, en 1876, en Karachi. Estudió leyes en Inglaterra y ejerció la abogacía en Bombay. En 1913 ingresó en la Liga. Primeramente colaboró con los nacionalistas indios. Creyó en un principio posible la colaboración con los hindúes, pero los hechos le hicieron reaccionar, y hoy es el campeón enemigo de los congresistas. Ha precisado su programa en términos que no dejan lugar a duda.

—Los musulmanes no pueden aceptar ninguna Constitución que forme un Gobierno de mayoría hindú.

Aspira a una India dividida en muchos Estados autónomos, de los que uno o varios serían musulmanes. Exactamente lo contrario de la aspiración del Partido del Congreso. Y esta posición de los dos bandos contrarios se enfrentó a Stafford Cripps, que mustio y fracasado regresó a su Patria. La India sigue en pie. Los japoneses se aproximan y la Gran Bretaña no vió realizarse el milagro.

EL MAR FRENTE DE GUERRA

—Hemos visto Nueva York. Fué para nosotros un espectáculo maravilloso contemplar esta ciudad única en el Mundo. Distinguimos claramente Long-Island. El ir y venir de los navíos, de las barcas, era ininterrumpido...

El teniente de navío, Hardegen, hizo declaraciones a su llegada a la base. Con diez "llamas" flotando sobre el mástil, su submarino regresó. Diez llamas significan diez victorias. El barco arribó de su primer cruceo sobre las costas de los Estados Unidos y el mar de las Antillas.

El mar Caribe se presta a la acción de los submarinos por la transparencia de sus aguas, la pureza de sus noches y por la gran cantidad de escollos e islas de que está sembrado. Largos períodos de calma conocen estas aguas. Nada se deja al azar en la guerra submarina. Los lugares de encuentro de las unidades que operan se fijan en alta mar y saben ya dónde tienen que encontrarse cuando ope-

bles, que quizá hoy sean las más frecuentadas precisamente por el temor de viajar por las conocidas.

AUMENTA EL PELIGRO

El radiotelegrafista recibe las últimas órdenes. El navío no se halla comunicado, aislado de todo contacto mientras dure su cruceo. Diariamente se reciben, se dan las órdenes, consignas y partes, y periódicamente se torna a la base improvisada para recibir provisiones, entregar informes o presas y reparar las averías. La vida a bordo no es ya el confinamiento en un mundo aparte.

Las pérdidas del tonelaje mercante que experimentan Gran Bretaña y Estados Unidos sólo podrían compensarse construyendo tres buques diarios. Habla a la Prensa yanqui el almirante Stirling, ex comandante jefe de la Marina norteamericana:

—El peligro creado por los submarinos alemanes aumenta diariamente,



El marino alemán en el Caribe es un combatiente en el más lejano frente. Sin más cuartel que su buque, el horizonte se fija en la retina.

ran aisladamente y cuando tienen que reunirse para llevar a efecto algún ataque de conjunto. Jamás se pierde el contacto. Los cruceros de estos navíos duran a veces meses enteros, y cuando el submarino regresa a Europa transporta el correo de los tripulantes de otras unidades. Los que se hallan en pleno período de operaciones saben dónde y cómo han de ponerse en relación con los que vuelven a la Patria una vez cumplida su misión.

Algunos de los sumergibles permanecen al acecho en los estuarios importantes; otros vigilan las rutas marítimas y, finalmente, otro grupo, a los que se llaman "bohémios del mar", surcan los parajes poco frecuentados con el fin de descubrir a las unidades enemigas que para sustraerse a los ataques evitan las rutas habituales. El más grave peligro para los sumergibles es el avión, capaz de descubrir con facilidad al navío. Los escollos y arrecifes que abundan en el Caribe y las masas de vegetales flotantes, sumergidos, favorecen extraordinariamente el ocultamiento, confundida su silueta con la de las rocas y bancos de algas. No obstante, la navegación por estos parajes sembrados de rocas y poblados de plantas es bastante penosa. Las facilidades que la naturaleza de aquel mar presta a los sumergibles se ven aumentadas por la colocación sistemática y abundante de engaños, que consisten en grandes masas de vegetales y maderas en forma esquemática de submarinos, contra los que en más de una ocasión los bombarderos y aparatos de combate norteamericanos han descargado todas sus bombas y las cintas de las ametralladoras.

Los submarinos del Eje atacan al enemigo preferentemente por la noche, ya que entonces su presencia pasa casi inadvertida. Los sumergibles operan principalmente contra las unidades de cierta importancia y dejan pasar a los navíos de menos de mil toneladas, por estimar que su valor apenas puede compensar el de los torpedos lanzados para hundirlos.

La organización reparte las misiones por desarrollar con regularidad perfecta. Vigilancia de los grandes puertos, recorrido de las rutas esenciales de navegación y vigilancia y excursiones sobre las rutas improba-

bles, que quizá hoy sean las más frecuentadas precisamente por el temor de viajar por las conocidas.

y cuando se creían eliminados ya, dan nuevas señales de actividad cada vez más peligrosas.

Si los barcos alemanes y los submarinos pueden cruzar la red de las defensas yanquis y navegar libremente por el mar de las Antillas, las líneas de abastecimiento norteamericanas en dirección a Panamá serán puestas en peligro. ¿En peligro el abastecimiento de los Estados Unidos?

Washington quedó sorprendido con las primeras noticias.

—Submarinos enemigos en el Caribe!

¿Podrán operar en aquellas aguas tan alejadas de las bases? Incomprendible. Sin embargo, es cierto. Las noticias primeras que llegaron eran alarmantes: 49 barcos y más de 300.000 toneladas hundidas; 59 barcos y 500.000 toneladas; 15 navíos y 150.000 toneladas. Ciertamente, no eran muy alentadores los informes de las primeras intervenciones de los sumergibles del Eje. Era esta una absurda situación para Norteamérica. Y humillante. Pero los alemanes e italianos la agravaron más cada vez. Y se bombardearon las refinerías de Aruba y Curaçao, las más importantes del Mundo; se atacó dentro del puerto de Santa Lucía a las unidades mercantes aliadas. A pique han ido cien barcos que desplazaban un millón de toneladas, aproximadamente. La mitad de estos transportes eran petroleros importantes.

A mediados del mes de febrero comenzaron los ataques de los submarinos del Reich a las comunicaciones marítimas en el interior del Caribe. La acción en esas regiones, tan alejadas de las bases alemanas, no se ha interrumpido ya, y aparte de los resultados conseguidos hasta ahora, esas incursiones pueden representar quizá una seria amenaza para el Canal de Panamá.

Más que con palabras, es el mapa el que caracteriza los éxitos obtenidos por los submarinos alemanes en la costa oriental de Norteamérica, desde Terranova hasta el mar Caribe, parajes que considerábamos sometidos a la más estrecha vigilancia por parte de la flota yanqui. En arco por parte de la flota yanqui, esa Florida hasta el archipiélago de las Pequeñas Antillas, una cadena de islas cierra por el Este el océano para



Espontáneo y formidable es siempre el recibimiento a los héroes del mar.

CARIBE, SUBMARINA

formar un verdadero mar interior, en cuyas orillas tienen los Estados Unidos bases aéreas y navales que aseguran su completo dominio. Pero a pesar de la seguridad que ese dispositivo natural ofrece, los submarinos han señalado su presencia, molesta y peligrosa para los aliados, en las islas de Aruba y Curaçao, e incluso en las costas de Colombia. Es absurdo suponer que puedan extenderse algo más hacia el Oeste para intentar un golpe de mano contra el Canal?

¿ATAQUE AL CANAL?

Las defensas de este paso, esencial para los Estados Unidos, pues le permite relacionar sus Escuadras del Atlántico y del Pacífico, han venido reforzándose progresivamente desde el comienzo de las hostilidades, y la guarnición que tiene a su cargo la vigilancia en 65 kilómetros de recorrido no baja de 30.000 hombres. Las dos entradas están defendidas por baterías de grueso calibre instaladas sobre la costa, en tanto que otras piezas de largo alcance se hallan emplazadas sobre las islas que bordean el litoral, cedidas hace meses por el Gobierno de Panamá al de los Estados Unidos. La defensa lejana por el Este incumbe a la flota, apoyada en un cordón de bases navales y aéreas que, desde las Bermudas, se extiende de Norte a Sur hasta las Antillas inglesas inclusive, y que termina en la misma costa continental.

Si los países signatarios del Tripartito, y hoy en guerra con las de-

paralizarse el tráfico marítimo en las zonas de peligro, o sea en toda la costa oriental de América del Norte, cuyo tráfico hubo de desviar hacia otras rutas especiales; además, muchos Estados en torno al mar Caribe no permitieron la salida a sus buques, originándose con todo ello una demora en el envío de materias primas que influiría desfavorablemente sobre la producción. La amenaza contra las rutas de los petroleros yanquis se ha intensificado. Una de estas rutas parte de Venezuela, tercer país de la extracción del petróleo. Otra ruta en peligro es la que va de Texas y Oklahoma, ricos en aceite mineral, a los centros industriales del Este de los Estados Unidos.

Lo que significa esta limitación en el aprovisionamiento es fácil de imaginar teniendo en cuenta que las remesas de Extremo Oriente cesaron. La guerra submarina obligará a recurrir al sistema de convoyes armados y protegidos por unidades de la flota, modalidad que implica considerable pérdida de tiempo y mayor gasto, aparte de la necesidad de ejercitar a las tripulaciones en el manejo de la artillería y de las bombas contra submarinos.

BASES PROVISIONALES. VIDA A BORDO

El frente submarino transatlántico es una realidad organizada y aprovisionada con perfección. Es una fuerza combatiente en las lejanas costas americanas, trasladadas en navíos que constituyen sus trincheras.



Está cerca la base y se preparan los gringolones de la victoria. Tantas "llamas", tantas víctimas.

moeracias, han llevado la lucha al mar Caribe, al continente americano, para debilitar el poderío naval de su rival y asestar golpes en las más seguras arterias vitales. Panamá será uno de los puntos sensibles de la organización defensiva de los Estados Unidos.

Antes de entrar los navíos alemanes en acción han tenido que cruzar el Atlántico, y en el espacio de cincuenta y ocho días han hundido en aguas norteamericanas, e incluso más allá de las Antillas, más de un millón de toneladas de buques mercantes.

OFENSIVA DE LOS SUBMARINOS

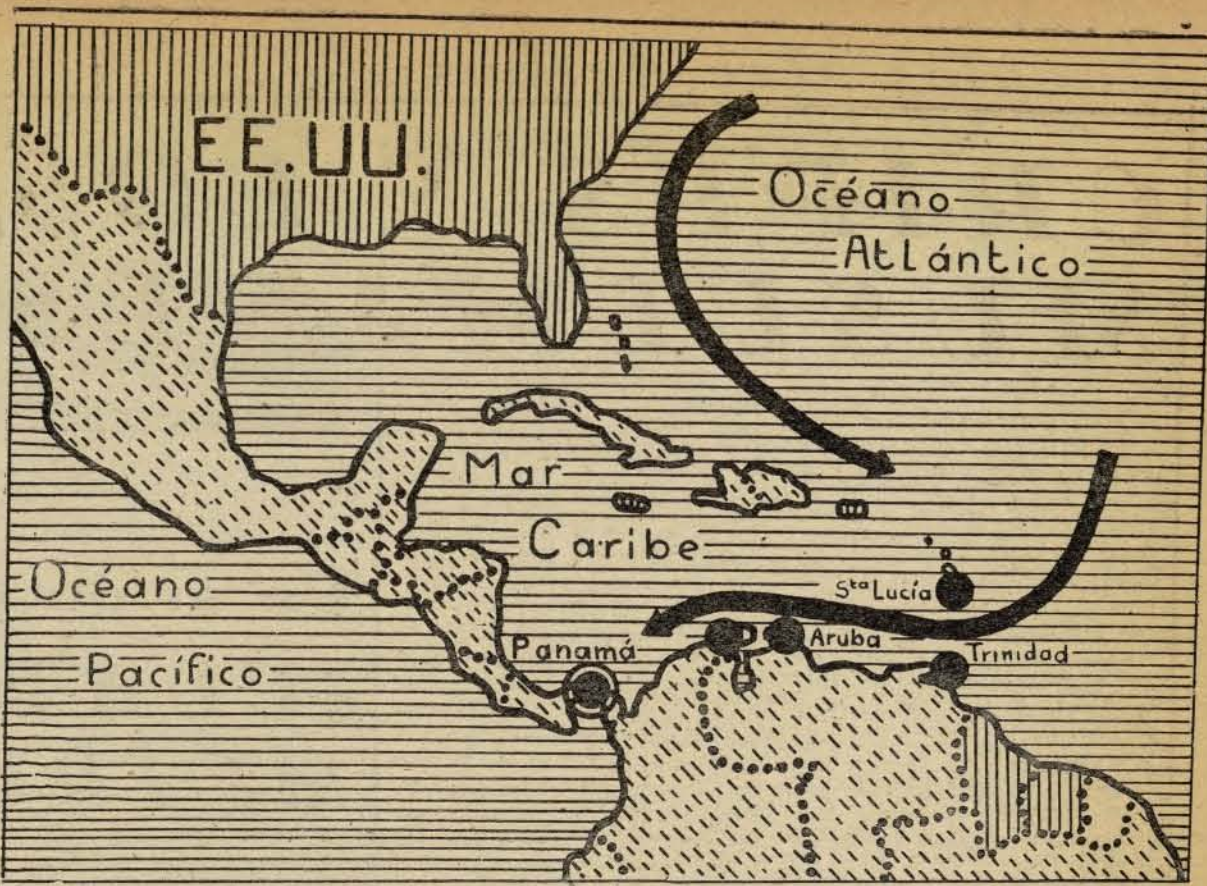
Norteamérica ha suspendido el tráfico a través del Canal. Implantó restricciones en el consumo de gasolina, por falta de barcos, en el transporte. Los alemanes conseguirán, ciertamente, su objetivo en esta lucha naval. Este inmediato efecto tiene gran importancia, ya que la capacidad productiva de todos los astilleros de los Estados Unidos no alcanzó, según datos americanos, ni 900.000 toneladas de nuevas construcciones en el año 1941, lo que quiere decir que en dos meses han sido hundidas más toneladas de las que puedan construirse en un año. Los yanquis no han creído necesario proteger los navíos mercantes que navegaban a lo largo de sus costas. Esta pérdida es tanto más sensible cuanto que antes de iniciar sus operaciones en las costas norteamericanas los submarinos alemanes, ya existió una falta de tonelaje. Otro de los efectos inmediatos ha sido el de

El modo como los sumergibles pueden operar a tan larga distancia es un secreto. Los tripulantes viven amontonados, el interior de un submarino parece un laberinto. Las cajas de municiones y víveres, el combustible y los efectos personales se amontonan para ocupar el menor espacio. Este problema del espacio es tan vital, que se sacrifica a él todo, incluso la calefacción, y los tripulantes viven temperaturas de dos y tres grados, empapados de humedad, sin cambiar la ropa durante el crucero, que dura meses. Los marinos duermen sobre los torpedos, y sólo cuando éstos son disparados hay más desahogo: dos torpedos, una cama.

Unidos, apretados en la comunidad de los pocos metros, los tripulantes llegan a la más estrecha camaradería, y en ocasiones al más horrible aburrimiento...

Pero no obstante la dureza de la guerra submarina, con sus espacios ultraaprovechados, la dureza de su vivir y la inseguridad de la lucha, todos los enamorados del mar prefieren tripular un sumergible a navegar en un crucero; porque aquél permite practicar el heroísmo aislado. Las escuelas de submarinistas tienen una aceptación grandiosa entre la juventud alemana. Aulas y métodos especiales de aprendizaje. Los discípulos no tienen más de veinte años, y son sometidos a ejercicios dramáticos. Los grandes transatlánticos germanos se han convertido en centros para esta enseñanza. Alemania prepara a su juventud y ocupa hoy, indiscutiblemente, el primer lugar en esta especialidad bélica.

LUIS DE PALENCIA



Birmania, escudo de la India por Oriente, en trance de quebrarse

La situación de las tropas de la Coalición en Birmania no es nada tranquilizadora para Londres, que presencia el continuo repliegue de las unidades indias y chinas ante la presión creciente de las columnas japonesas.

En un terreno por demás favorable para la defensiva, y cuando los efectivos de que dispone el Mando inglés son numerosos y tiene sus bases relativamente cercanas, en la región de Assam, puede sorprender al lector la falta de capacidad de resistencia de las formaciones que cubren a la India. Y, sin embargo, el resultado es normal si se tiene en cuenta la diferencia de moral entre las fuerzas en presencia, la mayor potencia de las japonesas al disponer de elementos blindados que se abren camino a lo largo de los amplios valles birmanos, y, sobre todo, la enorme superioridad de la aviación nipona, superioridad reconocida y publicada reiteradamente por Nueva Delhi.

Pudiera pensarse que la maniobra de repliegue aliado obedece a un plan previsto con objeto de resistir sobre mejores posiciones, mas esta hipótesis no es aceptable, porque la defensa ofrecerá mayores dificultades de dispositivo, poniendo en peligro el enlace táctico de las unidades cuanto más al Norte se lleve.

Ante las divisiones de Tokio se batían dos núcleos de fuerzas: uno, formado por chinos de Chang-Kai-Chek, que se mueve en la región de Mandalay como centro para cubrir las fuentes del río Siang y las comunicaciones—ferrocarriles y carre-

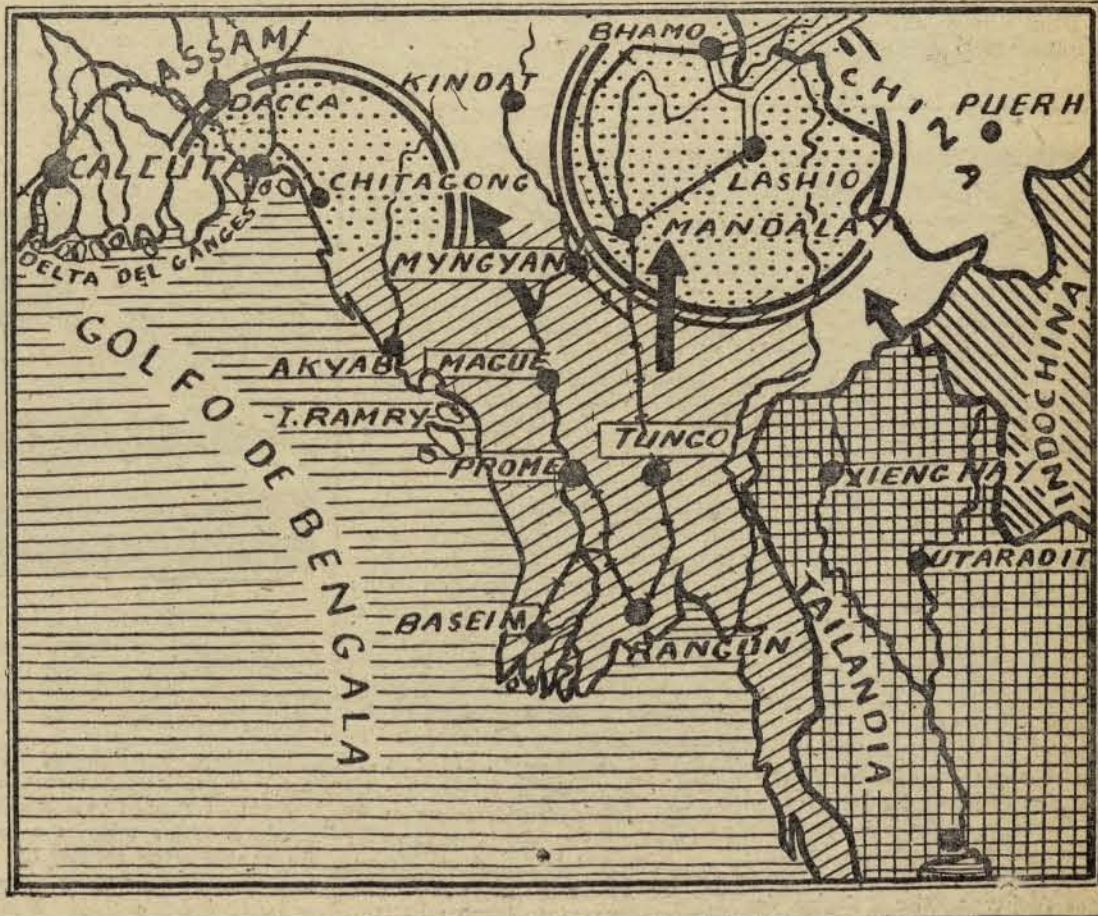
teras—que desde aquella ciudad conducen a Bhamo y Lashio, y otro, constituido casi en su totalidad a base de elementos hindúes encuadrados por jefes y oficiales británicos, que combate a caballo del Irrawaddy, cubriendo los accesos al Norte y a la costa del golfo de Bengala. El enlace entre ambos núcleos resultaba fácil cuando el frente tenía poca extensión, es decir, cuando las formaciones británicas se mantenían en Prome y las chinas en Tungo; pero ahora, después de rota aquella línea, no sin gran resistencia por parte de las últimas que quedaron cercadas, ese enlace tiende a desaparecer y la debilidad del dispositivo defensivo aumenta. Y no puede ocurrir de otra forma, porque cada uno de aquellos núcleos se siente atraído, al replegarse, por la propia retaguardia, orientando el británico su retroceso hacia la zona de Chitagon, en la que tiene sus centros de aprovisionamiento, mientras que el chino se retira en dirección al triángulo de comunicaciones Mandalay-Bhamo-Lashio, por las cuales mantiene relación con el territorio que le abastece.

La campaña ha llegado, en todo caso, a un momento de sumo interés. Los ingleses se ven ya privados de los yacimientos petrolíferos que les permitían abastecer directamente a la India desde puerto Akyab, siguiendo un itinerario marítimo hasta Calcuta y luego otro terrestre, relativamente cortos y fáciles los dos; están amenazados con perder el enlace precario que aún conservan cerca de sus aliados chinos, y deberán replegarse, en fin, hacia el Oeste, camino del Gan-

ges. Birmania, el fuerte escudo natural que protegía a la India por Oriente, va a dejar de ser, tal vez pronto, un obstáculo para el avance nipón.

En el croquis puede apreciar el lector la expresión gráfica de cuanto precede. Aparece rayada la zona conquistada por las columnas japonesas en Birmania; las flechas indican las direcciones principales de los ataques, y los arcos de círculo muestran las zonas a las que se acogen los núcleos británicos y chinos, quedando entre ellos un ancho pasillo que no dejará de utilizar el Mando nipón para orientar su maniobra, bien al Este, a fin de maniobrar a los contingentes de Chang-Kai-Chek, ya en dirección a Dacca para rechazar a los británicos sobre la costa, hacia el gigantesco delta del caudaloso Ganges, río que, después de recorrer tres mil kilómetros, vierte sus aguas en el golfo de Bengala abriendo unas bocas que se extienden cuatrocientos kilómetros desde cerca de Chitagon, al Oeste.

La India, esa inmensa plaza de armas de que dispone la Gran Bretaña en Asia, centro de recursos de todas clases y expresión evidente de la fortaleza británica en el continente amarillo, está realmente en peligro. No es que creamos en su conquista inmediata, que nos parece muy difícil, dadas las colosales dimensiones del territorio; pero sí en la posibilidad de que la llegada de las tropas niponas a sus puertas origine las primeras convulsiones de una conmoción violenta del Imperio inglés, que está, por tanto, en trance de recibir el más severo de los golpes.



Douglas Mac Arthur, la figura popular yanqui

—La primera acción será socorrer a las Filipinas. Salí de la isla del Corregidor a través de las líneas niponas y allí retornaré—dijo Mac Arthur a su llegada a Melbourne.

Entre las figuras de tipo heroico que han brotado de esta lucha intercontinental, aparecía el general yanqui en lugar destacado. No porque la victoria le fuese favorable, sino porque mantenía una lucha sin esperanza. Una ola popular de entusiasmo azó la figura de Mac Arthur al pínáculo apoteósico, tras su salida de Filipinas. Parecía que con el arribo de Douglas a Australia todos los difíciles problemas militares en el Pacífico estaban resueltos. Roosevelt le concedió la medalla del Congreso como recompensa a "su bravura y a su espíritu de iniciativa en los combates de Filipinas", porque "el valor del general ha rebasado los límites del deber".

palabras violentas y hechos decisivos, es un soldado a la moderna. Ama los deportes, masca chicle y gusta leer libros de historia. Es el primero de los "diez mejores generales" que en concurso público seleccionó la Prensa yanqui entre sus lectores. Es un soldado de temperamento y experiencia. En la Gran Guerra fué herido dos veces. Conoce bien su oficio y lo practicó en los campos de batalla. Difícilmente hubieran podido dar Roosevelt y su ministro Stimson con un jefe militar más idóneo.

Mac Arthur ha pasado en el archipiélago filipino no escasa parte de su vida. Su padre, el teniente general Arthur Mac Arthur, ex combatiente de la guerra de Secesión, fué uno de los primeros gobernadores militares que allí enviaron los Estados Unidos. Douglas perdió allí a su madre; corrió a su esposa y nació su hijo. Fué a las Filipinas en 1903, recién salido



Douglas Mac Arthur, jefe de las fuerzas aliadas en el Pacífico; la figura popular yanqui.

—Mac Arthur, sucesor de Roosevelt!

—Mac Arthur, condecorado!

—Mac Arthur, en Melbourne, salvará a Norteamérica!

—Mac Arthur, jefe de las fuerzas aliadas en el Pacífico!

Algunos periódicos norteamericanos, los del sensacionalismo en letra gorda, se exaltaron y crearon un héroe. El general llegó a alcanzar en la imaginación popular categoría de verdadero símbolo nacional, en que las gentes dieron la muestra palpable de la energía vital de un pueblo. Ahora la leyenda de Mac Arthur ha epilogado. Aun en el caso de que en la presencia en Australia de esta destacada figura se tradujese en una eficiencia que hasta el presente no han conocido los Estados Unidos en los mares del Sur, lo cierto es que se ha truncado un gesto heroico, no ciertamente por la voluntad de su protagonista, sino por presión de quienes fían y gustan más de la eficiencia que de la nota poética.

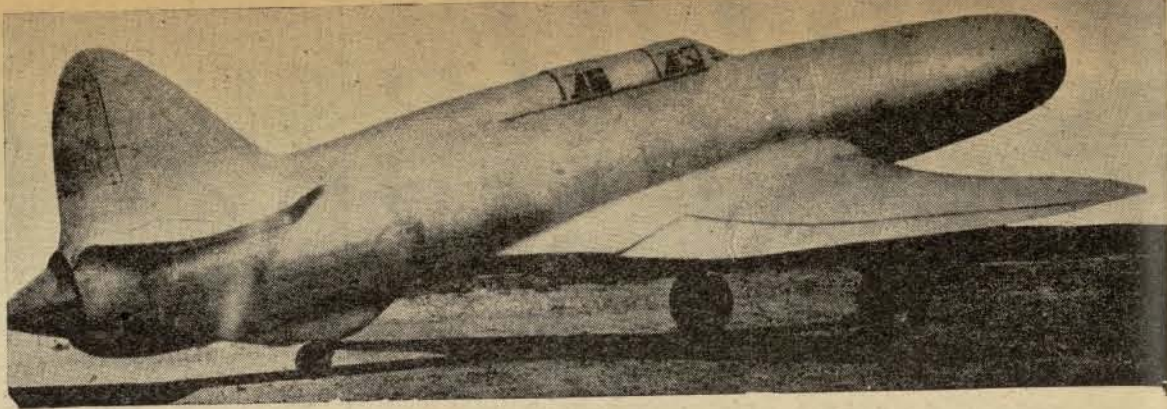
—A ningún general se le puede exigir que haga milagros. Mi éxito o mi fracaso dependerá ahora de los recursos de que disponga—declaró, al aterrizar en Australia.

Ya los americanos han perdido un héroe, no porque haya muerto luchando, que en este caso los héroes perduran en la memoria de los pueblos, sino porque su bella misión ha sido truncada.

Mac Arthur, atlético, enérgico, de

de la Academia de West-Point. Conoce el español y el tagalo. En 1937 dimitió su cargo de general en activo del Ejército norteamericano y pasó a organizar el Ejército filipino, de acuerdo con Washington, con el grado de mariscal de campo. No era partidario de conceder la independencia a las Filipinas, que él consideraba como vitales para la defensa de su país; pero acató las órdenes. Intentó inducir al Gobierno de Washington a que le diese los medios y las armas para la defensa de las islas, pero no fué escuchado. En 1940, con la ocupación japonesa de Indochina, América reaccionó y envió material bélico y hombres. En julio de 1941 fué nombrado el "mariscal de campo" filipino, teniente general jefe de las fuerzas del Ejército de los Estados Unidos en Extremo Oriente.

Hay que señalar imparcialmente que Douglas Mac Arthur puede ser no sólo uno de los genuinos valores del Ejército yanqui, sino uno de los jefes más indicados para ocupar el puesto de mando en aquellas remotas zonas de guerra del Pacífico. Realmente, si su fama ha comenzado a extenderse con motivo de su incuestionable tesón y brío en la defensa del sector de Bataan y la isla del Corregidor, su renombre en el Ejército estadounidense no es de ahora. Ocupó cargos importantes en su país como jefe del Estado Mayor, jefe de Prensa del departamento de Guerra, agregado militar en París.



Propulsión por aire. He aquí el nuevo modelo de aeroplano, revolución de la técnica aeronáutica. Puede alcanzar velocidades fantásticas hasta de 4.000 kilómetros por hora.

Un avión sin hélice surca los aires ¿CUATRO MIL KILOMETROS POR HORA?

Pueblos y hombres se desvelan por inventar y poner en práctica métodos y armas que causen admiración al Mundo.

—Un avión sin hélice vuela sobre Roma!

Y la noticia recorre todos los ámbitos. Los habitantes de la ciudad, atónitos, vieron este singular aparato, ideado y construido con arreglo a nuevos principios, que parecen destinados a causar una revolución en la técnica de la aeronáutica. Alrededor de los problemas del vencimiento de la resistencia del aire, de la gravedad y de la eliminación del combustible, trabajan desde hace tiempo los técnicos italianos, que de vez en cuando nos hacen entrever posibilidades que no se atrevió a concebir la imaginación de Julio Verne.

—Un avión sin hélice vuela sobre Roma!

El avión sin hélice inventado por el profesor Campini, y pilotado por el as de la aviación italiana De Bernardi, ha volado por vez primera sobre Roma. La noticia procedía de Milán y fué publicada por todos los periódicos. El hecho causa, sin duda, gran sensación y pone de relieve el formidable paso que se ha dado en el campo aéreo con este nuevo invento. En los Estados Unidos y otros países se trabaja desde hace más de diez años en esta clase de avión, que incluso ha llegado a rodar por los campos experimentales, pero no a despegar de tierra. El aparato italiano ha volado ya entre Milán y Guidonia por espacio de más de dos horas. He aquí la extraordinaria importancia del vuelo, que un día será recordado como un acontecimiento, con el que se ha iniciado una era.

El rendimiento de un sistema ordinario de avión con hélice es bastante bueno, y hasta hace horas tan sólo, inmejorable; pero sólo hasta una velocidad de 600 kilómetros por hora. Cuando supere esta velocidad es muy bajo, para quedar reducido a un mínimo valor. Con el aparato

nuevo ocurre todo lo contrario. Hasta una velocidad de 400 kilómetros por hora, el sistema a reacción no conviene, por su bajo rendimiento, mientras que a velocidades mayores el rendimiento aumenta; es decir, que cuanto mayor sea la velocidad del aparato, la seguridad y rendimiento de éste aumenta notablemente. Un aeroplano de los que actualmente se usan que llegase a alcanzar una velocidad de 1.000 kilómetros por hora, por ejemplo, no conseguiría aumentar de velocidad aunque se aumentase la potencia del motor o los giros de las hélices. Por el contrario un avión a reacción, sin hélice, podrá aumentar indefinidamente su velocidad, mejorando siempre el rendimiento.

En el aparato inventado por el ingeniero Campini, el aire es aspirado en la parte delantera y comprimido por un compresor accionado por un motor de bencina. El aire aspirado y comprimido, los gases de la combustión de la mezcla del aire y bencina del motor y las calomasías contenidas en el agua de refrigeración del mismo motor, saliendo a grandísima velocidad por un largo tubo situado sobre el eje del aparato dan origen al impulsor de reacción que hace mover el aparato. Se puede aumentar de velocidad si se recalienta el aire que sale del compresor, mediante insuflación de un carburante adaptado a una conveniente cámara de combustión.

Este aparato, de invención italiana, ha volado entre Milán y Guidonia. Desde Milán a Guidonia vuela, por varias horas, un aparato sin hélice. Sin hélice. He aquí la extraordinaria importancia del vuelo. Consumo, carga útil, detalles todo esto permanece en secreto, y es lógico que así sea si se piensa que ha de constituir un arma formidable y desconocida, capaz de volar donde sus enemigos no pueden hacerlo. La máxima dificultad de este avión consiste en hacerlo despegar. Un aparato a reacción en vuelo podría continuar éste

sin dificultad. Lo difícil es alejarse de la tierra, como lo saben muy bien los yanquis, que tanto han trabajado en torno a este problema. El aparato sin hélices no produce el mosconeado de motores, sino un silbido profundo, ensordecedor, muy semejante al de una sirena de alarma; es como el que producen el aire y el gas comprimido al expandirse en el espacio.

—Aviones sin hélice...

Las exigencias de la aviación como arma de guerra aguza aún más el ingenio de los peritos en cuestiones aerodinámicas, y noticias como la anterior dan rienda suelta a las imaginaciones más exaltadas, ofreciendo argumentos originales a las literaturas fantásticas de nuestra época.

Pero aún hay más.

—A cuatro mil kilómetros por hora!

¿Qué representarían las velocidades actuales de 500 ó 600 kilómetros comparadas con la fabulosa de 4.000 kilómetros, a lo que parece podrá llegarse no muy tarde todavía? Los italianos estudian sistemas nuevos de propulsión. Y han hallado uno. El motor, que tantas veces ha fallado en el funcionamiento normal, trabajaría con este sistema, pues las radiaciones del sol las absorbería completamente la superficie de la cola del aparato, que saldría disparado. Utilizaría este modelo las radiaciones del sol por medio de una cola de 130 metros de largo, aproximadamente.

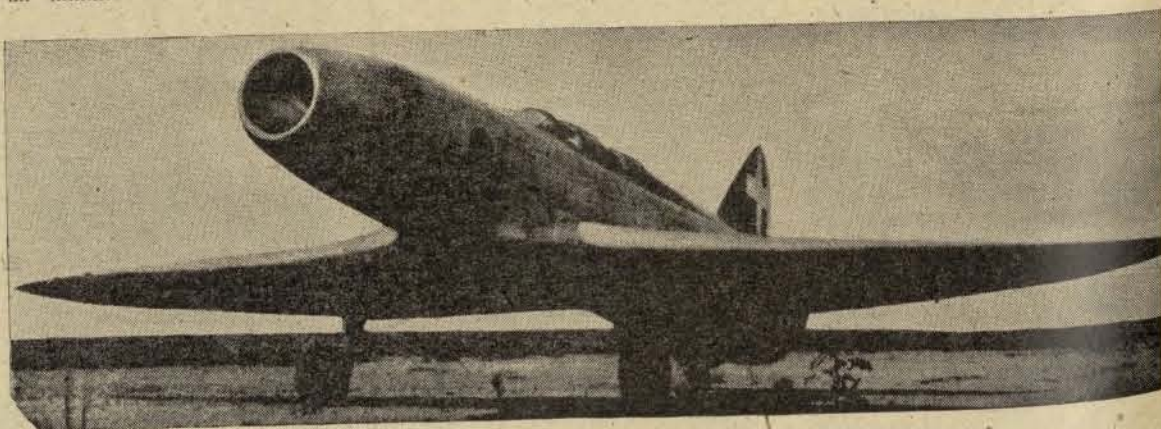
El capitán Gusalli y el ingeniero Campini son unos visionarios; pero visionarios que hicieron realidad sus ilusiones, como nuestro La Cierva. Y el coronel De Bernardi pilotó el avión sin hélice.

—A cuatro mil kilómetros por hora!

—Aviones sin hélice!

—Aviones que aprovechan las radiaciones solares!

Realmente, se parece vivir en un mundo de fantasía. Pero el avión sin hélice ha volado sobre Roma.

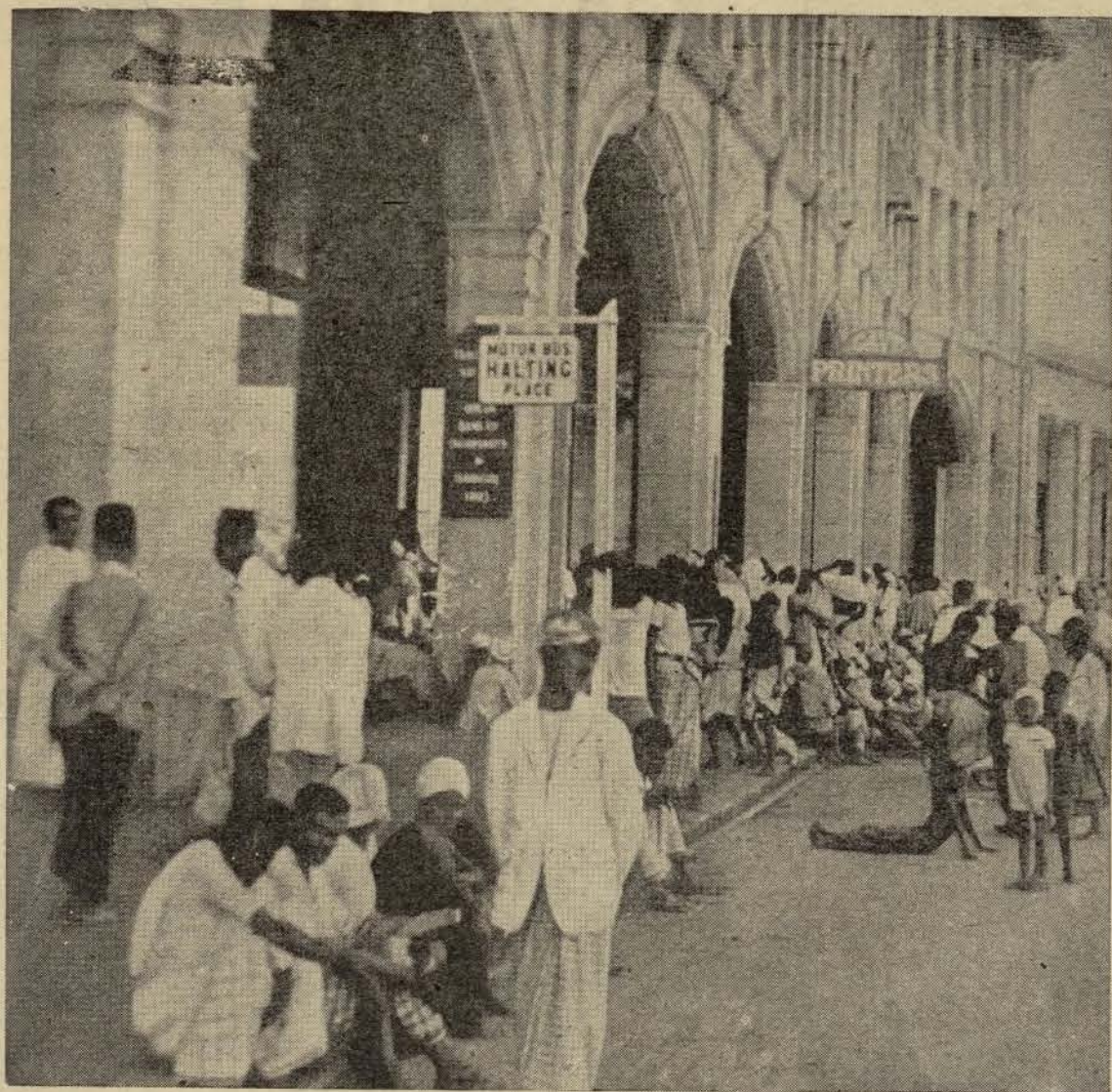


Aprovechamiento de las radiaciones solares, aviones sin hélice, velocidades de 4.000 kilómetros por hora... El mundo de la maravilla se hace realidad. Italia fabrica hoy lo que parecía imposible: el avión sin hélice.

La vida militar endurece los cuerpos y excita las fibras sensibles del espíritu. Napoleón averiguaba los nombres de los soldados a los que iba a saludar en revista. Los hombres que no sentían temor alguno ante las bayonetas enemigas se emocionaban ante el jefe que "les conocía por su nombre". Los cronistas dicen del defensor de Australia lo mismo. Le gusta mezclarse con sus soldados, conocer sus problemas y su suerte. Después les exige el rendimiento máximo; el sacrificio extremo, y lo ob-

tiene sin reservas ni vacilaciones. El pueblo norteamericano busca ansiosamente al "héroe" cuyo nombre haga vibrar sus fibras patrióticas. Fué Roosevelt en 1898; Pershing en 1917-1918, y en ésta... Mac Arthur!

CEILAN, DIAMANTE DE LA CORONA INGLESA



Puzle de razas y religiones. Las calles de Colombo tienen contrastes sorprendentes.

Si la India es la perla del Imperio británico, Ceilán es el diamante de la Corona. Multicolor país tropical, pequeño paraíso de un clima que es una especie de infierno en la baja India. Isla de los templos y de las pagodas, de los palmitos y de los elefantes. Tierra de promisión de las piedras preciosas: zafiros, topacios, amatistas. Parece que Ceilán fuese la sede del Paraíso. Los ingleses la llaman "Paraíso del ecuador" y los indios "perla en el cabello de una mujer hermosa". La leyenda afirma que Adán, arrojado del jardín del Edén, fué víctima de la tentación, a Ceilán, donde llevó una vida de exilio, de soledad y de expiación de su pecado. Nada tiene de extraña tal leyenda y Adán, sabedor del simón edénico de esta isla, expió la falta que cometiera por debilidad en aquel ambiente florido y simbólico. Porque en Ceilán, cuando muere el día y majestuosa y bella impera la noche, una serie infinita de seres alados y luminosos entonan un canto extraño, y parece entonces el país de los sueños.

TRADICION FIERA EN LA ISLA DE PAZ

Ceilán era ya plaza fuerte de Seán el fiero monarca de los Sinhalas; quien tenía la isla dominaba la costa meridional de la India. Ceilán fué teatro de feroces luchas. Se inician con Ravana, que imperando en la isla, rapta a Sita, princesa hindú; el marido de Sita, Rama, para vengar la ofensa desembarca en Ceilán y mata al que mancilló su honra. Suceden después los sinhalas, los tamils; el combate se enciende y hoy conviven cingaleses, arios tamils, dravidianos, moros y rodiya; los primeros lucen aún el signo de Siva; los rodiya son mendigos majestuosos, de cuyo contacto huyen los demás habitantes del paradisíaco Ceilán. Como en la India, la lucha interna sembró la desunión, que Inglaterra ha sabido bien aprovechar.

Seiscientos años antes de Cristo, príncipes cingaleses ya señoreaban con esplendor regio en esta vieja Taprobane. Entonces Tissamaharama, al sureste de la isla era la capital, con el rey Wijaya y después con Deirampia. Arama quiere decir en sanscrito "bello jardín". Basta dar una ojeada al mapa de Ceilán para leer muchos nombres con esta designación: Katagarama, Tupurama, Tupu es sinónimo de dagoba, de la que se deriva pagoda, paz y peces. En 470

antes de Jesucristo encontramos la capital, Sigiriya, en el centro norte de la isla; y en 250, también anterior a Cristo, Amuradhapura (pura significa en indostánico ciudad) en el noroeste de Ceilán.

Mahindu, hijo del rey hindú Asoka, se hace monje e introduce el budismo en la isla. Vinieron luego en diferentes épocas las invasiones de los Tamali, Choliani y Pandiani; pero en el interior de la isla, entre la jungla y las rocas de las montañas, fué un reino de solitarios pacíficos, residuo de las anteriores incursiones, cultivadores de té y arroz.

RIQUEZAS FABULOSAS

Oasis fabuloso, en maravillosa maraña a 530 metros sobre el nivel del mar, y bañada por las aguas del Katugastota, Kandy espejea bajo el sol ecuatorial con sus techos dorados; palacios suntuosos adornados de las más ricas esculturas, estatuas y tabernáculos de Siva y Vishnú, con zócalos de oro y pata y festones de perlas que se reflejan en las aguas del lago de flores de loto. Rodeado de la selva tropical, entre los ciclópeos troncos y la vegetación impenetrable de lianas, bambúes, etc., se levanta el templo de Maligawa Dalada con el diente sagrado del dios: una princesa lo trajo a Ceilán oculto entre sus cabellos.

Hoy es Kandy la Meca del budismo entre las frescas y umbrías columnatas bonzoes con vesiduras amarillas de seda, plácida la tarde a la tenue luz de las bronceadas lámparas, plena del perfume del heliotropo...

Marco Polo fué el primero que nos dijo de Ceilán, en 1298, San Francisco Javier en 1550, había fundado su misión. Los europeos se establecieron en la isla en 1500. Sobre Ceilán gravitó el peso de una prolongada fatalidad. Vió llegar Ceilán a los primeros conquistadores portugueses al iniciarse el siglo XVI; un siglo más tarde en 1650, los holandeses desembarcan y ofrecen su ayuda al entonces rey de Kandy para arrojar a los intrusos, y desposeyeron a los lusitanos de esta colonia; despojaron los templos, los monumentos, y a la vieja civilización fascinadora, espiritual, de artística belleza que ayudaba un paisaje delicioso, con rapusieron la sombría fortaleza y el espíritu mercantil. Tras medio siglo de luchas los holandeses se instalan. En 1700 aparecen los ingleses, y aprovechando la decadencia

del Imperio holandés, asaltaron la isla y ocuparon los inexpugnables fuertes.

MECA DEL BUDISMO

Cuando Buda murió, sus cenizas fueron divididas en ocho porciones y

entregadas a otros tantos guardianes; dos siglos después, el rey Asoka abrió las ocho tumbas e hizo distribuir los sagrados restos entre los 80.000 templos budistas que habían sido preparados para tal fin. En Amuradhapura, capital de Ceilán, se levanta la "Tuparama Dagoda", que guarda el maxilar izquierdo de Buda; éste es el más antiguo templo búdico de la isla; de la desaparecida capital de Ceilán parte la vía sagrada, que muere en la roca de Mihintal, después de ascender por 2.000 escalones; allí, en la cúspide, reposan los restos de Mahinda, hija de Asoka que tres siglos antes de nuestra era trajo a la isla maravillosa el mensaje de Buda. En Oriente el factor religioso se acusa como elemento determinante y calificador. Por la isla venturosa han desfilado razas, se han librado batallas, ha sido teatro de sucesivos proselitismos religiosos. Los habitantes, que constituyen un mosaico de razas y religiones, donde parecen luchar una tradición sangrienta y un medio ambiente de paz y de armonía. Ceilán es todo un país budista y como tal sueñan con el "Buda-Gaya", que es para los ceilandeses un lugar sagrado.

La isla mide 65.000 kilómetros cuadrados y cuenta seis millones de habitantes; dos tercios de la población son de origen cingalés y de religión budista; 400.000 son católicos.

PAISAJE

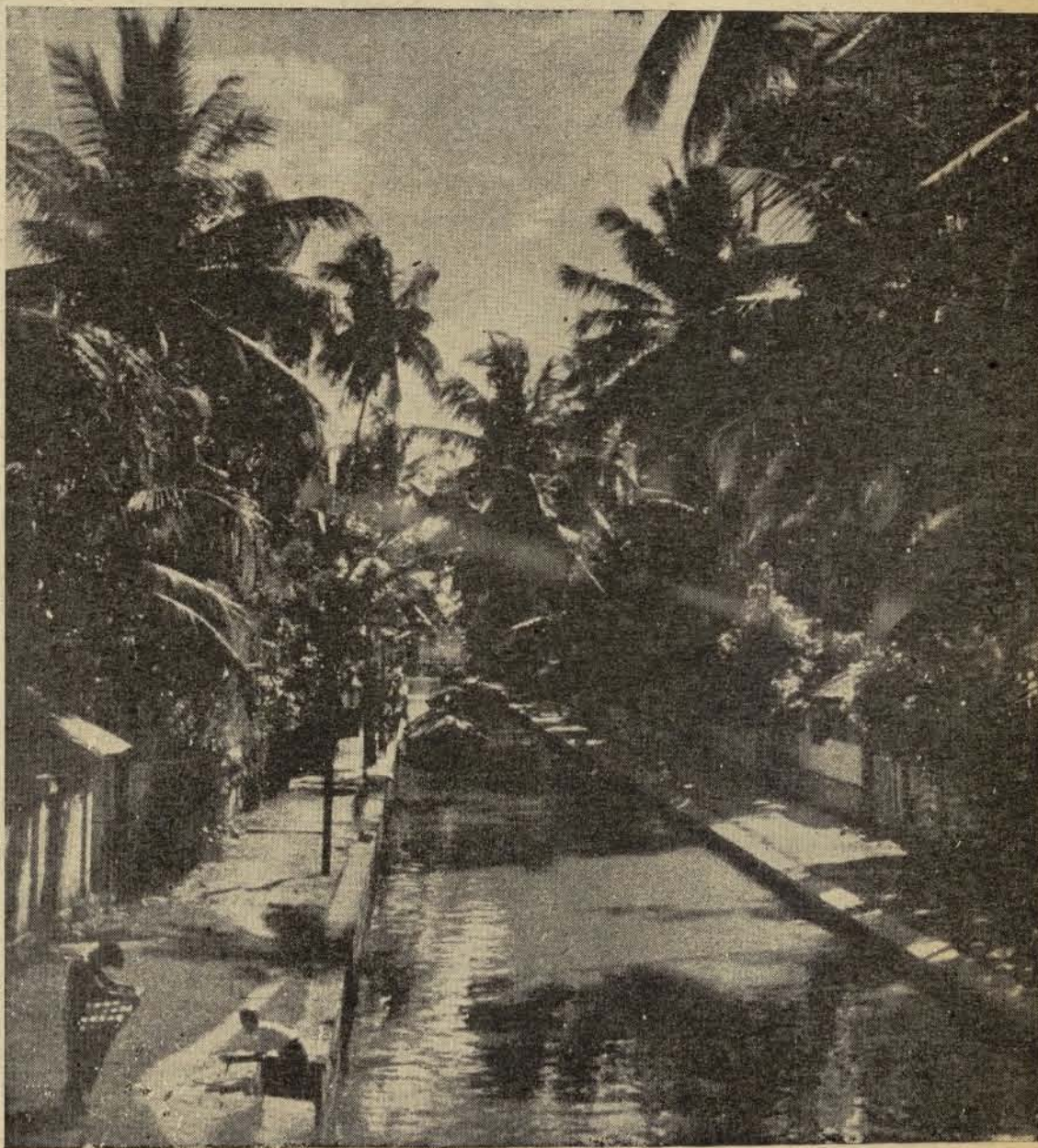
Ceilán era famosa por los diamantes y los berilos de Kandy; por las cascadas de las montañas, especialmente las de Dunhinda y Ramboda; por la dulce quietud de Weligama y la frescura de Belibulaya; la fruta exótica; las ostras de Bontota; los pescados de Hikkaduwa; las aves de Sigiriya y los baños de Ambolango-da, en las noches claras. Y por último, la pesca de perlas en el Golfo de Manar, entre la costa india de Madura y el noroeste de Ceilán. Colombo, con sus extrañas calles de templos monumentales e ídolos: Siva de los cien brazos; Brahma y Vishnú, Ganesh y Nandí; Colombo, con su bahía de fina arena reluciente y lujuriosa vegetación, el pueblo y las

casitas modernas, los bazares, los tenduchos, los palacios y la blanca pagoda. Inmensa, blanca como la nieve, se destaca la gran "dagoba" del templo budista de Asokharanaya. En la limpia tarde se recorta sobre el fondo azuleante del horizonte el Pico de Adán. Desde su cima se ve Colombo. Entre la confusión de sus calles, autos y tranvías y carretas con cebús enjugados, peatones de todas las razas, elefantes majestuosos con riquísimas y monumentales gualdrapas multicolores, y sobre ellas el trono de un príncipe. Entre los europeos, muchos indígenas; altos, delgados, ojos de fuego barba a lo nazareno, cabellos largos anudados sobre la nuca, esbeltos caminando, mayestáticos con su típica sotana clara y la inseparable sombrilla. Los tamils, casta de agricultores, camareros y pescadores de perlas, de piel oscura. Dos animales contribuyen a la higiene y la prosperidad de Ceilán: el cuervo y el elefante. El cuervo limpia las calles rápidamente. Aun en los barrios más míseros es difícil descubrir una basura; no han caído al suelo aún los desperdicios, cáscaras, etcétera, cuando se precipita un cuervo a recogerla. A los elefantes está confiada otra misión: son los trabajadores pesados de la isla. El poseedor de un elefante de labor goza la misma situación social que el propietario de un camión en Europa. Muchos elefantes viven en libertad en la selva, donde se cultiva la goma y el té, el cacao y la canela.

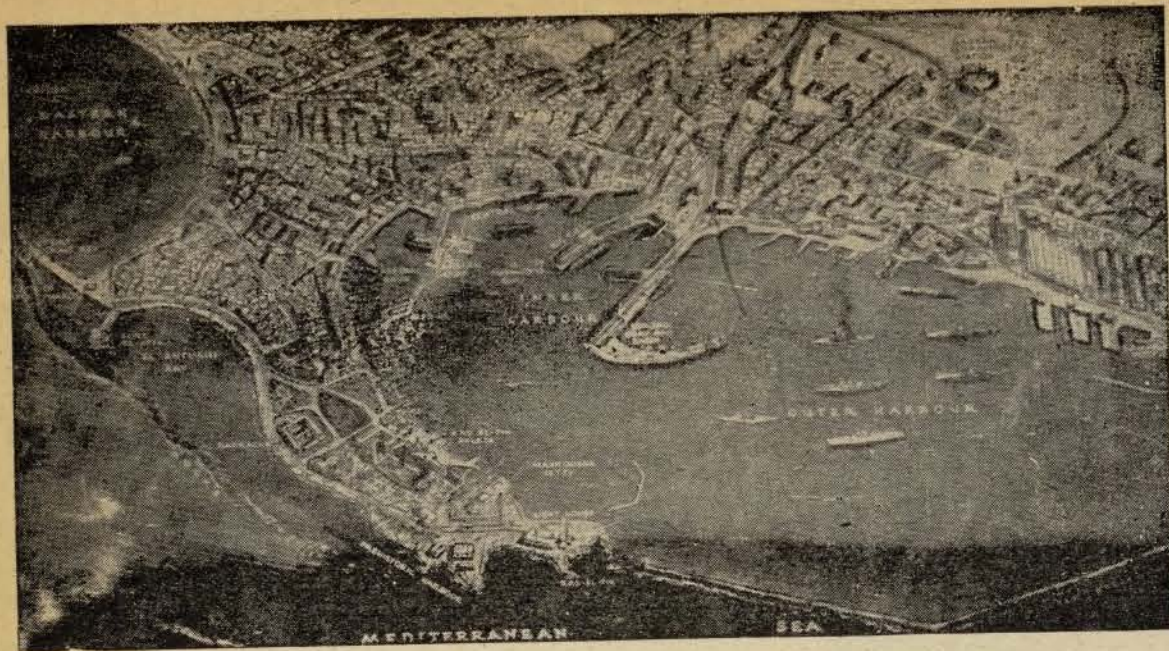
Pueblo de vieja civilización, cuya lengua—dravídica—es de las más antiguas de la India, Malayos, musulmanes, afganos, birmanos, siameses y diversos tipos de mestizos entre blancos e indígenas. Barberos en las calles y astrólogos que predicen el porvenir y jamás se equivocan; encantadores de serpientes. Hombres que mastican nuez de betel y escupen encarnado por el zumo de este producto.

Suenan alarmas en los casos de peligro y de tormentas, pero ya han sonado por otro motivo, y sobre el paraíso ha caído una lluvia de bombas.

LUIS DE FRANCIA



Paisaje de luz y belleza sublime, Ceilán, diamante de la Corona inglesa, sufre hoy los efectos de la guerra.



Vista panorámica de la base de Alejandría, que fue asaltada en audaz actuación de los M. A. S. italianos.

ESCORPIONES DEL MAR frente a los titanes de acero

pugna con la fría neblina cegadora que surge del mar. Los ojos del marino pretenden en vano profundizar el proceloso horizonte amenazador; la noche es indescifrable como el dharmá hindú, y las celosas y analíticas miradas mueren en el telón magno.

Sin embargo, el oficial vigila. Sospecha la inminencia de un ataque. Se diría que lo respira en las vaharadas húmedas de la noche; cualquier intruso marítimo que osa penetrar en este saltaría en seguida a los infiernos al establecer contacto mortal con las alambreadas.

—Lo sé; mas, a pesar de todo... Vete, vete a descansar. Pero antes pide a "Sam Groggy" su infierno y delicioso ponche caliente. Te sentará de maravilla.

—Gracias; no obstante, me echaré a reír. Y es probable que ven-

drá a hombres, gran número de probabilidades de que no regreséis del cumplimiento del deber. La suerte y la pericia serán las que de un modo definitivo resuelvan. Pero tened presente que la Patria, conocedora del ofrecimiento a ella de vuestras vidas, no os lo pide con insensibilidad cruel. Y si os manda a ser forjadores de lo heroico, lo hace creando posibilidades de supervivencia para el hombre digno hijo suyo. En la seguridad, señores oficiales, de que si la Patria os exige escuetamente vuestra vida, vosotros haréis cesión de ella con la sonrisa en los labios.

O quizá floreció el discurso en la Escuela Naval de Nagasaki, bajo la tremolada y victoriosa bandera del Imperio del Sol Naciente.

Habla el Jefe de Estudios del Centro, frente a los alumnos, rígidos en el tiempo más puro y hermetico de la disciplina:

—Caballeros: es la hora que la Patria ha tenido a bien honraros. El Emperador os envía una cordial salutación y os testimonia fervorosamente cuánto él, el gobierno y el pueblo agradecen vuestra decisión, digna de los descendientes de vuestros gloriosos antepasados.

Su Majestad Imperial os tendrá siempre en su más íntimo recuerdo, y os comunica su absoluta convicción de que sabréis honrar a la Patria, unos, ofreciendo a ésta el supremo galardón del propio sacrificio; otros, regresando, también victoriosos, de vuestro cometido.

O tal vez cobrara realidad la escena en cualquier Escuela Naval alemana. Con idénticos prolegómenos, y en el fondo, análoga disertación:

—La Gran Alemania y nuestro

El navio frena velocidades. Sobre el puente del sumergible se destacan ahora los oficiales y los hombres de la maniobra.

El capitán encaja en sus ojos los gemelos. Tras concienzuda y prolongada observación, cede el aparato óptico al oficial que está a su lado.

Después de prudencial intervalo inquiere:

—¿Cree que puede haber duda sobre el objetivo?

—Ninguna, mi capitán. El acorazado, aun en la noche, denuncia demasiado su mole para equivocarse. Cuando guste, mi capitán, pueden izar el aparato.

La voz del comandante del sumergible suena firme y suave a la vez:

—Muchachos, levad el "escorpión".

Los marineros se mueven raudos hacia el objetivo. La tarea se efectúa rápida y silenciosa. Adecuada escolilla, abierta sobre el puente, da acceso en éste a un extraño artefacto, elevado por originalísimo ascensor.

Los marineros, e incluso el mismo jefe del submarino, contemplan con interesada curiosidad el aparato. En efecto, resulta algo extraño este huso o vástago rutilante. Los observadores perciben una exótica canoa, de perfilada y tajante quilla. En toda la longitud de la embarcación, y en su flanco derecho, triunfa un poderosísimo torpedo; en el flanco izquierdo, y en su parte media inicial, destaca otro potente artefacto explosivo; por último, en el medio posterior se sitúa un complicado asiento para el solitario conductor del anfibio y mortal bólide.

cerca de la zona minada y de las barreras.

—¿No sonpondrán estos obstáculos un insuperable peligro?

—No. Procuraré burlar los primeros y saltar sobre los segundos. Mi final está sólo en el vientre del acorazado.

Ahora sienten todos los marineros, oficial, clases y tropa, acentuado el helor de la noche. Nerviosa sensación que corta la voz del capitán:

—Entonces ¿dispuesto?

—Dispuesto, mi capitán.

—¡Boten el "escorpión"!

Pequeña grúa cuidadosamente engrasada trabaja certera y silenciosamente. Y pronto el aparato se mece en las olas.

En la escalerilla de desembarco, saluda el teniente:

—¿Quiere algo, mi capitán?

La voz interrogadora es firme, serena, inalterable. No así la que contesta, denunciada de emotividad:

—Gracias. Mucha suerte, teniente.

Un estrecho apretón de manos une a los dos oficiales.

El conductor del escorpión se desliza hacia su asiento en el aparato. Instalado ya, toma los mandos y pone en marcha el silencioso motor.

Inclinado sobre la barandilla del puente, hacia el rector del bólide, afirma el capitán:

—Le espero.

Ahora hay una sonrisa abierta en el torpedista:

—Conforme. ¿Se sumergirá?

—Sí; es necesario. Me llevaré dentro de media hora.

—Entonces, hasta luego, mi capitán.

El "escorpión" se enfilaba como laeta lanzada por catapultas hacia la enorme masa gris, que yace tranquila en la reposada seguridad del puerto.

y decisivas. Piezas de tiro rápido pretenden parar el mortífero aparato que con velocidad de vértigo se lanza hacia el acorazado.

...

Cuando el piloto del "escorpión" pone en marcha a éste sabe que se juega la vida a una carta. Pero esta convicción no altera la eufónica de sus nervios.

Pisado el acelerador, el aparato vuela sobre las aguas. Es tal la intensidad del deslizamiento, que la brisa azota como una sutil tralla el joven y atezado rostro del solitario tripulante.

El instante es espléndido. La acción, magna.

Un momentáneo y ligero golpe en la base del huso delata el contacto con las barreras alámbricas del puerto. El piloto, vencido uno de los obstáculos, sonríe, y sus ojos brillan de gozo bajo las tupidas e impenetrables gafas.

A pesar de la velocidad, el campo de minas puede ser sorteado gracias a la pericia del tripulante.

La proximidad con la escuadra delata ya la masa de las unidades ancladas. Pero las órdenes son concretas. El que ha de ser batido es el acorazado X. Y hacia él orientan los mandos del huso a éste.

Es entonces cuando de la presunta víctima se abre espeso fuego sobre la infima y terrible amenaza. Las barreras de metralla resultan, a pesar de todo, ineficaces, porque el "escorpión" navega rectilíneo a velocidades fantásticas hacia el vientre del acorazado.

El piloto de la diminuta canoa tensa más, si cabe, sus nervios y músculos. Porque el segundo definitivo se aproxima en primigenio instante espectacular.

Lo imponderable se cuaja cincuenta metros antes de chocar con la enorme masa de acero. Y por la velocidad del huso los tiempos parecen surgir sin intervalos. Sin embargo, el original hecho ha tenido realidad. Un segundo antes de que el titán del océano, herido de muerte en sus entrañas, salte por los aires, como ligera barquichuela, abierto y destrozado. En el decisivo momento, ha sido lanzado como por una catapultas, hacia atrás, con poderosísimo impulso, en el mismo asiento del "escorpión", el piloto del genial aparato.

...

Y luego, sostenido sobre las olas por su especial traje—escafandra, mejor—de goma, no es difícil al piloto, aprovechando la confusión y

tinieblas, alejarse mar adentro, en espera de que ascienda a recogerle el submarino "nodriza".

Mientras, la inmensa mole, monumento vano y formidable de acero, resquebrajada, escoriada, retorcida e incendiada, se hunde con trágico aplomo en las aguas negras y revueltas del puerto.

REALIDAD DE LA NUEVA ARMA

En la guerra terrestre es posible siempre al asaltante intentar la destrucción de la fuerza enemiga, haciendo saltar, en la mayoría de los casos, previamente sus fortificaciones. Pero en la pugna marina esta toma de contacto, que puede plantear de plano el combate naval, surge, en la mayoría de los casos, sólo cuando las unidades de ambos bandos quieren afrontar el riesgo.

Sin embargo, generalmente—y para la convicción de la exactitud de la idea basta lanzar una objetiva e imparcial mirada a la historia de ésta y de la anterior guerra—, no suelen surgir las grandes batallas navales. Los nombres como los de Jutlandia no son numerosos. Y es que las flotas viven y se mueven en grandes masas, en realidad como escolta y protección de su marina mercante.

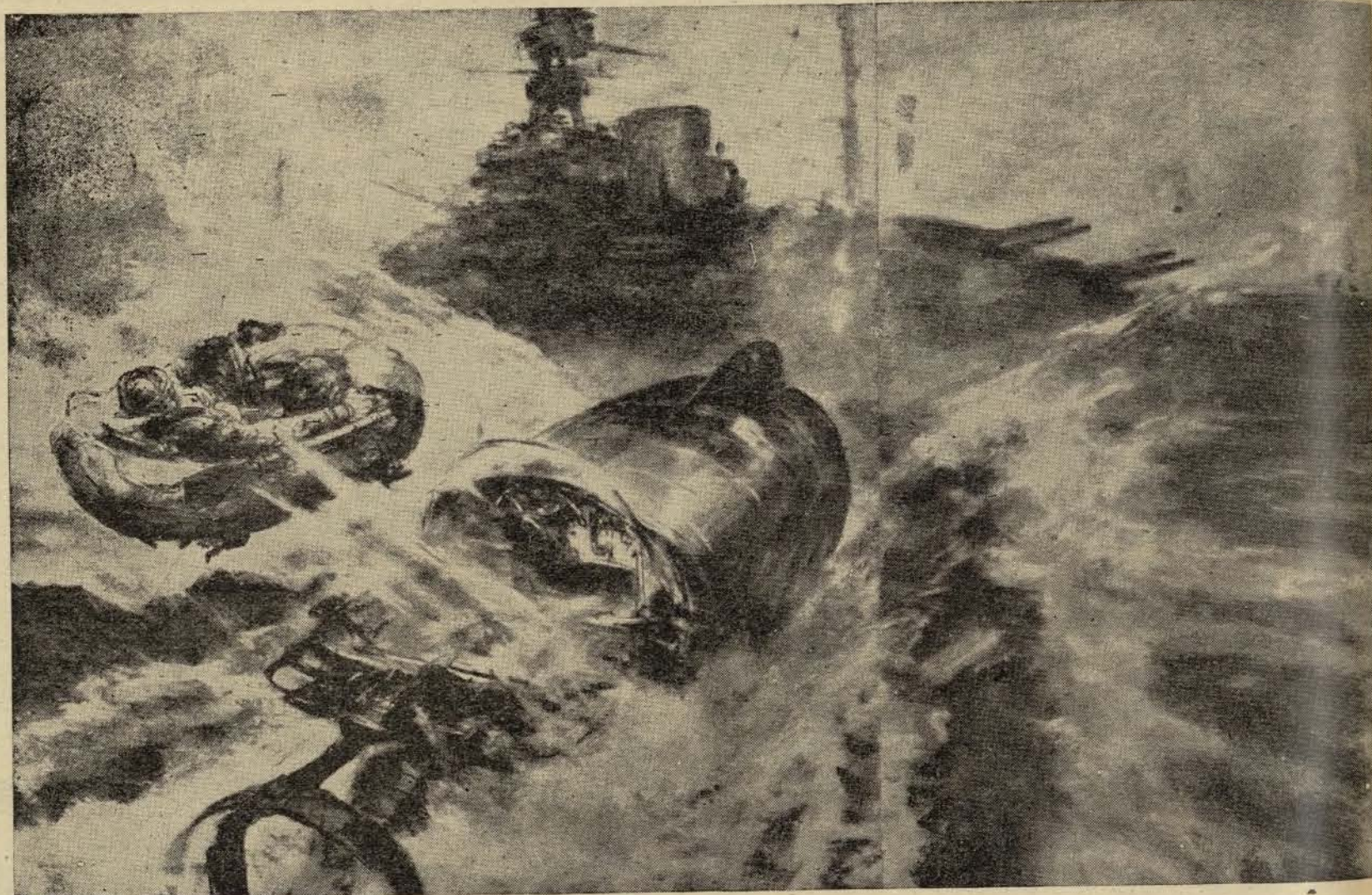
De ahí que las escuadras, o mejor dicho en la hora actual, las fuerzas navales de una potencia, hayan de buscar el grueso de las flotas de otra en sus bases, hasta un ayer muy cercano cubiles seguros para los dogos del mar.

Hasta un ayer muy próximo. Pero hasta ayer, Porque hoy este ataque esporádico, violento, contundente y decisivo ha cristalizado. Lo certifican de una manera fehaciente los ataques italianos a la Bahía de Suda, con el hundimiento, entre otros barcos, del crucero pesado británico "York"; las victoriosas empresas contra Gibraltar y contra Alejandría, que puso en ésta fuera de combate a dos grandes unidades británicas: los navíos de batalla "Queen Elizabeth" y "Valiant".

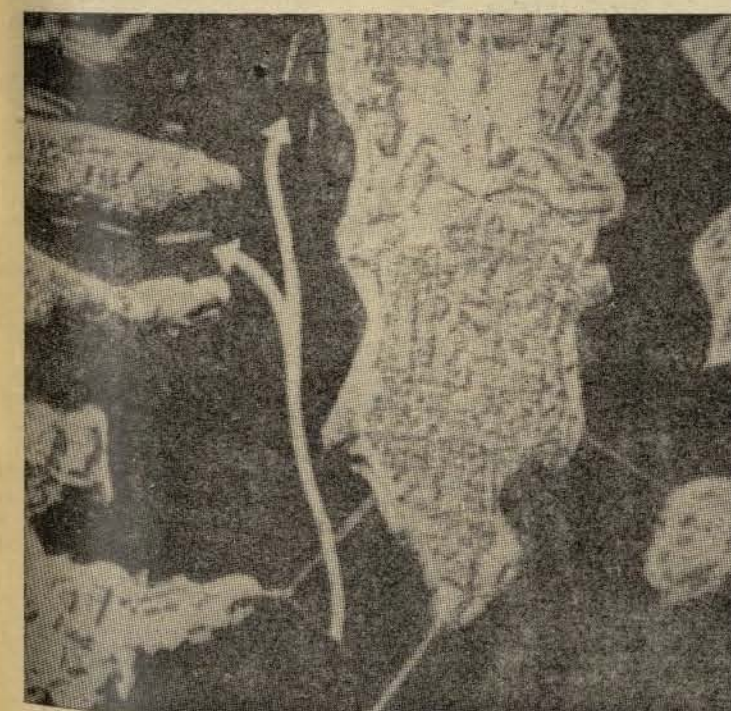
Lo certifican también los ataques japoneses a la Bahía de las Perlas, a las unidades angloamericanas del Pacífico...

Y en esta lucha decisiva por el predominio marítimo mundial, el "escorpión", la pequeña arma de potencia incomparable, se ofrece ante la angustiada expectación de las fuerzas aliadas como tal vez la gran amenaza de la actual contienda.

JULIO CASTILLA



La fantasía se hizo realidad. Valor indómito, serenidad, dominio de sí mismo y la maravilla se realiza: los M. A. S. italianos son audaces e invencibles.



He aquí la dirección de ataque de los "escorpiones" contra la base naval británica de La Valletta, en Malta.

Führer agradecen vuestro ofrecimiento. Que tienen la seguridad absoluta que cumpliréis. A mayor gloria de la Patria. ¡Viva el Tercer Reich! ¡Heil Hitler!

EL ESCORPIÓN DEL MAR

Difuminado en la noche, a flor de agua, en derrota espectacular e impresionante, un submarino italiano, cauto y previsor, se aproxima con bordadas escuetas y sinuosas a su ya localizada víctima. Inabarcable e invisible, acorta más y más distancias.

Hasta que el comandante de la unidad emite la orden que dicta la prudencia:

—¡Alto!

El oficial torpedista inspecciona el aparato. Pula los mandos, tensa los cables, gira las hélices, investiga el sistema cónico de explosión, los múltiples mecanismos del asiento. Y cuando juzga acabada su labor inquisitiva, vuelve hacia el comandante de la unidad:

—A sus órdenes, mi capitán. Cuando usted quiera.

El primer oficial observa al teniente, ahora cuadrado en el salubridad. Afectuoso, luego, rompe su disciplinada apostura, y le pregunta con interés:

—¿Necesita que nos aproximemos más?

—No, mi capitán. El objetivo es perfectamente reconocible. Además, sería peligroso; debemos estar muy

LA MUERTE, ENFILADA

—¿Has resuelto, por fin, no dormir?

—Me resultaría imposible hacerlo. Por eso he optado por fumar contigo un cigarrillo.

—Encantado. Pero ¿sigues con tus augurios?

—Cada vez con más intensidad. Si alguna noche tiene para mí un diabólico maleficio, es ésta.

—¡Bah! Cosas de los nervios.

—No; es como un aviso; una especie de astral llamada. ¡Oh!, no te rías. Es como si el mar pretendiera advertirme el peligro, que surgirá de él.

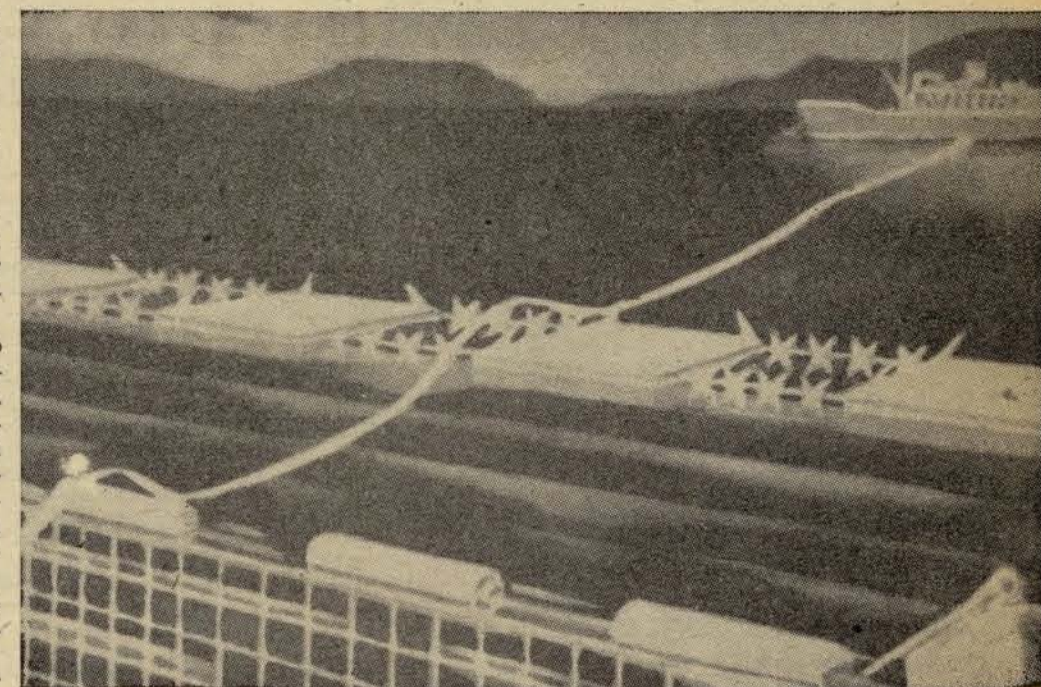
La mano del oficial apunta hacia la bocana del puerto. Y la vista de los dos hombres, ahora a más poderosa por la debilidad de la neblina, converge en ella. De pronto, la mirada del oficial de cuarto, voluntario, percibe sobre el verdinegro mar un destello metálico.

—¡Mira! ¿Lo ves? Un torpedo; lo presentía.

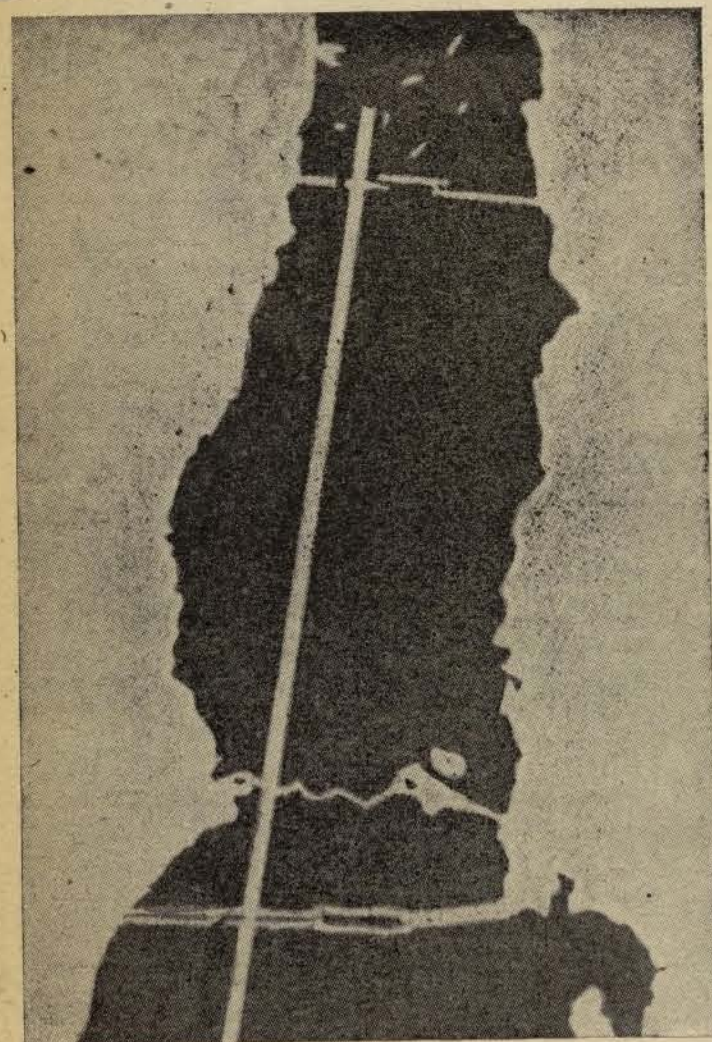
Los dos marineros estudian en el angustioso silencio del posterior segundo la marcha del artefacto.

—Viene sobre nosotros; ¡pronto!

Surgen ya órdenes, raudas, breves, concisas



Ya no hay base segura. Los "escorpiones del mar" asaltan los obstáculos y logran su objetivo.



La bahía de Suda conoció los efectos de esta maravillosa arma naval. El torpedo humano italiano obstaculizó el tráfico e inutilizó la base.

defensas exteriores de éste, las redes metálicas, los bancos de minas magnéticas, las barreras de todo tipo.

De ahí que la ciudad, angustiada por el arribo de la flota, tiemble en su silencio recordado de sombras. Y espere, medrosa y palpitante, el peligro.

Toda la ciudad vela en crispada alerta: ojos bellos de espléndidas mujeres, insomnes, otean desde esbelto ventanal o floripondioso almeiz en el bruno horizonte la mancha aún más azabache del mar en el puerto; pupilas caducas y cansadas, temerosas, sin embargo, de que la Señora corte, brusca, el mezuquino hilo vital que les resta, pretenden rasgar los negros cendales de la hora; adolescentes miradas, trémulas de preludios de terror, se clavan, inquietas, en las sombras; destellos fríos, cáusticos, imperturbables y concretos de militar o marino, analizan accidentes.

Y todos miran al mar y al cielo plateresco del mar, como los enamorados percibirían la extraña, fría y dolosa, risa de la mujer soñada; con locura de temor, con presagios amargos, con infinita angustia.

Y así, los ojos desorbitados de la ciudad contemplan en el puerto la mole silenciosa y silenciosa de la flota, que se delata sólo por las mortecinas, rientes, verduzcas luces de posición.

...

que lo palpa en la niebla; que lo descubre en el rumor de las olas, batientes y hervorosas en las pilas del muelle; que lo percibe sobre sí, con aleteo trágico.

Y por eso, previsor de servicios, conecta el microteléfono. Para pedir:

—Con el telegrafista.

—Con el contramaestre.

—Con máquinas.

—Con...

Pero todos los mandos acusan:

—Sin novedad.

A pesar de ello, a la hora del relevo, el oficial saliente da al entrante, con las consignas, la recumbencia de sus torvos presagios:

—No sé qué tiene esta noche. Pero la guardia se me ha hecho intolerable.

Sonrisa del otro oficial inquiere:

—¿Por qué?

—Desagradables presentimientos.

—¿Presentimientos? ¿De qué?

—No lo sé. Pero me creerás si te digo que tengo la evidencia de que el enemigo atacará de un momento a otro.

—¿Aquí, en nuestra base? ¡Bah!; son tus nervios. Exceso de tensión en ellos a causa de los días anteriores; lo que se explica perfectamente con el zafarrancho que hemos tenido. Pero hoy puedes retirarte tranquilo a descansar. Velarán la quietud de tu sueño no sólo los cañones de la escuadra y las piezas del 38.1 de la artillería de costa, sino esas triples barreras de defensa que se extienden frente a nosotros en la bocana del puerto.

ga luego a dar por aquí una vuelta.

—Por mí, encantado. Nunca más grata una compañía que, en una guardia. Tú ya lo sabes.

VOLUNTARIOS DE LA MUERTE

Es otro, ahora, el escenario. Más luminoso y policromo. Pero también castrense; tal vez Italia, tal vez el Japón, acaso el mediodía alemán.

Escuela de Oficiales de Marina. En la clausura de un curso de especialistas. El director del Centro, con voz firme, vibrante y viril, en la que se denuncian a veces tonalidades emotivas, explica a sus alumnos, oficiales de la Marina Real, el alcance épico y heroico de los actos brindados en holocausto glorioso a la Patria:

—Señores oficiales: es racial, axiomática en un hijo de la gran Italia, la convicción de que un héroe morirá honra toda una vida. Pero cuando esta vida se ofrece como una flor encendida y jugosa a la Patria, entonces ya no es sólo el más bello, sino el más sacrosanto morir.

Dura, áspera, terrible tarea la que os toca, señores oficiales, en vosotros deposita confianza la Madre Patria. Pero también una maravilla, porque os abre paso a la más magna culminación que Dios sienta, y esto la juventud italiana lo tiene presente, a su derecha a los valerosos y patrióticos. Muy difícil el cometido que vosotros Italia os asigna. Existirá

El oficial de cuarto, en la torre de mando del buque almirante,

José de Espronceda, el tesoro de una vida romántica

LA EXPLOSION POLITICA DE UN JOVEN CONSPIRADOR

Vocablos de amor y versos épicos nacidos bajo la austeridad franciscana de su cautiverio en Guadalajara

El sol apuñala con ansias infinitas la tarde estival. El crepúsculo devuelve sus rayos en estertores agónicos y tinte de púrpura la misma imaginación del cronista. Es un horror sanguinolento, mortal, bárbaro, el que produce este día que se va, veloz de ficha biográfica, tras los recuadros topográficos de Guadalajara. La misma ciudad ha sentido, en la carne dulce —miel de la Alcarria!— de sus horas, este espectáculo. Y con el anhelo expectante de lo imprevisto, hubiera dado medio recuerdo de Alvar Páñez porque cualquier pintor no hubiera dejado inédito tan soberbio motivo, colorista y natural.

Por la carretera de Madrid avanza una diligencia. Alboroto de coleras por el exterior y bullanga moza en el interior. Un joven, espigado y fantasmal, habla. Cuantos le escuchan quedan atónitos de su desenvoltura, audacia, simpatía y valor. Cuando se tiene su edad, sólo se puede ofrecer en pago a todos los temores y en previsión de todos los recales, eso; sólo se puede pagar con moneda bizarra de una adolescencia insensata, acunada de sanas rebeldías. El tiempo, la Historia misma, y la Poesía, juntas, disculparán todo, comprenderán todo y perdonarán todo. Que llamarse José de Espronceda y perder virilmente en el juego estridente de una libertad más o menos convencional, es siempre justificable.

Y este muchachote melencólico y fino, delicado y mordaz, termina de contar a sus compañeros de viaje el motivo del suyo. Lo hace con pelos y señales. Se recrea en su egolatría, vanidosa y endiosada, de creerse víctima de importancia y peligro de un régimen político. Narra con intención y detalle. La evocación del patíbulo de Riego fué su prólogo, y el vehículo, pasando por las primeras calles de la ciudad del Henares, será el final narrable. Porque la vida ha de seguir con su episodio, granado en flor, para "leit motiv" de los buenos biógrafos del poeta extremeño.

¡Hay que ver cómo habla este José de Espronceda! Tiene embobados a todos los compañeros de viaje. Su dicción peregrina y su voz agradable hacen del monólogo el imperativo cautivante de la jornada. Acciona, vocaliza, mira y modula con perfección de comediante. En el fondo, él hace eso: vivir la comedia de su farsa, crucificada en el sótano lóbrego de una botica de Hortaliza, donde fueron sorprendidos por la autoridad al celebrar sus piruetas remedos de alta conspiración.

—¿Sabes que llegó ayer el hijo del brigadier?

—¿Qué brigadier dices, Amelia?

—¿A quién te refieres?

—¿De quién quieres que hable, sino de don Juan Espronceda? Guapo mozo es su hijo. Con razón tanto nos lo alababa. Cuando lo veas dirás si exagero o me quedo corta.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Acaso tú lo viste?

—Por eso, y no por otra cosa lo digo. Ayer, cuando vino la diligencia de la tarde, vi dar la bienvenida al zagal entre los abrazos de su padre y gestos duros.

—¿Gestos duros, dices?

—Serio, muy serioso estaba don Juan. Para mí que el hijo haría alguna de las suyas en la Corte...

Y de esta guisa las dos vecinitas del barrio del Rosario, en Guadalajara, se fueron perdiendo en un laberinto de indiscretas curiosidades, contando cuanto sabían y hablando también de cuanto ignoraban sobre el arribo del adolescente Pepito Es-

pronceda a la ciudad del Infantado. Su vecino, el caballero don Juan de Espronceda y Pimentel, les había hablado repetidas veces de su hijo, con toda esa pasión paternal que ponen nuestros progenitores, generalmente, en la exaltación de las virtudes y bellezas de sus vástagos, a la par que en la disculpa y aun complacencia en sus defectos, que en ocasiones se interpretan como gracias. Para el bizarro militar, su Pepito era flor de lozano ingenio, dechado de hermosura, compendio de donosuras y estuche de amables rebeldías. El disculpaba todas las travesuras del joven, a cambio de esas notas sobresalientes que obtenía en el colegio del docto don Alberto Lista. Y ganaba su ánimo paterno saber que su descendiente era colocutor con las musas, con cuyas ideales damas dábale a luegos y sabrosos diálogos, con tan buena fortuna como feliz augurio. Tener un hijo poeta honra y satisfice.

Mientras las dos guapas muchachitas arriacenses, Amelia y Elena, curiosas, ávidas, en torno a la llegada de Espronceda, éste y su padre tenían un diálogo serio en el atrio del convento de San Francisco. José, emocionado, sumiso, temeroso, hablaba con el autor de sus días, dándole explicaciones de lo ocurrido:

—¡No, padre, no me digas eso! —exclamaba, atribulado, Espronceda—. Tú bien sabes que soy incapaz de causarte la más mínima ofensa. Mi gesto es la consecuencia de algo bárbaro que vieran mis ojos. Se me clavó en el alma la ejecución de Riego, que presenciara en la plaza de la Cebada. Y ante tamaña acción gubernamental, yo, junto con otros compañeros de mi parigal, decidí conspirar contra el régimen que ordenaba matar a un hombre.

—¿Y tú no sabes que eso era lógico, que era preciso para mantener el orden y la seguridad del Estado? ¿Quién eres tú, mocoso, para rebelarte ante la ley?... ¡Mal haya quien te infiltrara en el cuerpo esas teorías de humanitarismo disolvente! Lo malo, para poder tener vigencia lo bueno, es doloroso, pero necesario, sea exterminado... Claro que de esto, aunque tú hayas recibido el castigo, no tienes tú la culpa, sino ese endemoniado de Escosura... Dime, dime, ¿y cómo fué?

—Pues muy sencillo. Estábamos tratando de organizar nuestros medios eficaces para reprimir tan terribles procedimientos...

—¿Terroríficos?... No olvides, hijo, que hablas con tu padre, que tiene a honra haber servido sin mengua ni mancha en los Reales Ejércitos de Su Majestad Don Fernando VII, que Dios nos guarde...

—¡Pero padre...!

—Obediencia y respeto, hijo. Sigue hablando.

—Nosotros, los "numantinos", como nos llamábamos, fuimos sorprendidos en plena conspiración en la botica donde trabaja Indalecio Galán, allá, en la calle de Hortaliza... Nos llevaron presos. Y ahora, a cumplir la condena. Hemos jugado, y hemos perdido. Pero la patria, padre, exigía el riesgo de nuestras propias vidas...

—Inocente, inocente... —musitó el ilustre militar, mientras mesaba cariñoso los cabellos del hijo—. La patria es otra cosa que esas algaradas de estudiantes discolos. Es así en un error. No es lo que tú crees: misterio, conspiración, mueras al régimen, desenfrenos de conciencia... Aquí, bajo el cuidado y la vigilancia de los Padres Franciscanos, que sabrán aquietar en tu alma todas esas nobles ansias torcidas y todos esos anhelos absurdos de tu condición quijotesca,

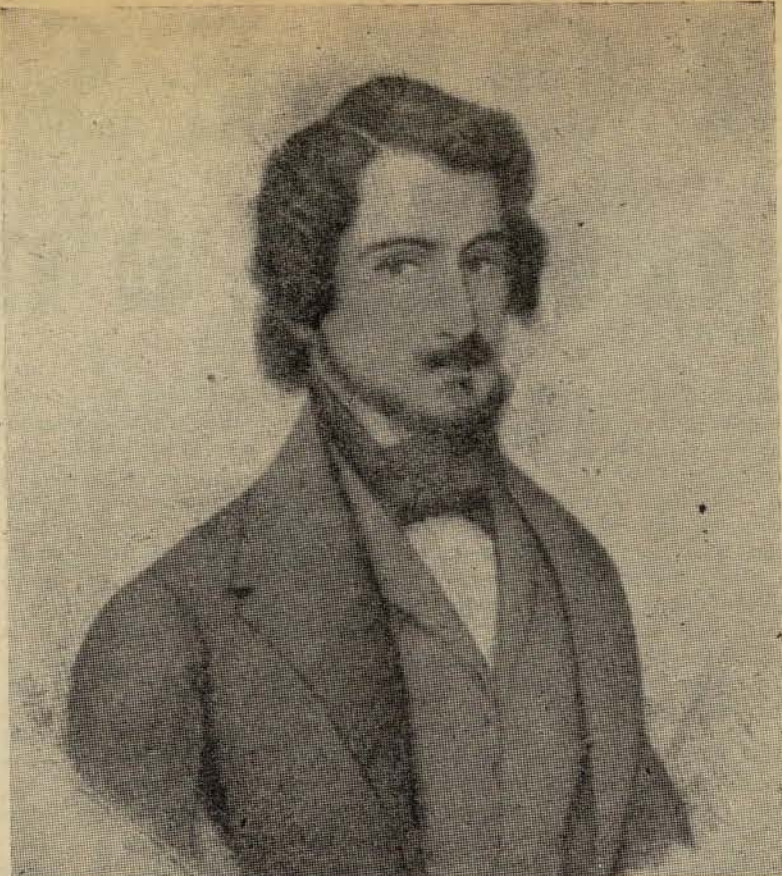
serás otro. Te veré cambiar... Y piensa que el Gobierno ha sido benévolo con vuestras edades.

Pero el hijo, liberal hasta los huesos y católico hasta lo máximo, aun quiso mostrar quién era, con todo su posible escrúpulo o con todo su posible error. Y así aun objetó a don Juan, con ironía burla, cortante:

—Hubiérase manchado el cetro con sangre inocente si decretaran nuestra ejecución. Por mi parte, tengo el contento de volver a juntarme con mi padre...

—Ya sabes que por vivir contigo, hijo, pedí mi traslado a la Villa y Corte; para estar, cuidándote, a tu lado. No me fué concedido...

Los frailes de San Francisco trataron bien a José de Espronceda. Era simpático, culto, listo y bueno. De vez en cuando salía del recinto conventual y ensayaba gestas de amor. Después de extender los monjes un certificado de buena conducta, a nombre de Espronceda, para facilitar la brevedad de la estancia en su cautiverio, hubo de quedar papel mojado el documento que le condenaba a cinco años de reclusión. Alguien lloró su ausencia, Amelia la amigueta, la muchacha entusiasta que había recibido los primeros versos, las prime-



Don José de Espronceda.

ras flores y las primeras palabras de amor del más alto poeta del romanticismo español, no se consoló en mucho tiempo.

Ella guardó, por muchos años, como indeleble recuerdo del vate extremeño, unos autógrafos del poema Pelayo, el celeberrimo trabajo escri-

to por Espronceda en su destierro, y en el que hizo revivir con fantasía exótica y gracia legendaria todo el episodio aventurero y misterioso de Florida, la extraña mujer de la Historia de España.

José ALTABELLA

TEMAS DE NUESTRO TIEMPO

LA ERA DE LAS ANTOLOGIAS

Paseando por la ciudad al tibio sol invernal, mediada la mañana, nos hemos detenido una vez más ante el escaparate de una librería, caleidoscopio de inquietudes y afanes de superación cultural y humana. Buscamos con afán entre los títulos y autores ya familiares y prestigiosos, el clarín agudo de una llamada inédita y emotiva, la voz emisora de nuevas y sugestivas cadencias, la eclosión insólita de gozosas eflorescencias en el jardín de Minerva.

Contemplamos, junto a las obras consagradas, algunos nombres recientes con innegables aciertos en un venero poético de gloriosa ascendencia patria, y numerosas obras biográficas, nacionales o traducidas, presentando personajes cimeros en la vida de la Humanidad, gloriosos incentivos de perfeccionamiento: nos seduce ese cortejo estelar de guerreros, sabios, ascetas y artistas, columbrados en desfile irreal ante los ávidos y anhelantes ojos del espíritu...

Contrastamos la escasez en la producción actual del género novelesco con los feraces derroteros seguidos por el ensayo polifacético.

Y en el concierto de tantas voces, elevadas y dispares, nos sorprende, insistente y pertinaz, la presencia de las antologías, muestrario polifónico de frutos limitados y excelentes, recolectados en la grata sementera del ingenio humano.

¿Por qué no detenerse un instante a considerar el fenómeno de esta profusión en editar repertorios escogidos y crestomatías a un ritmo cada vez más acentuado desde un tercio de siglo a esta parte?

Tal vez señala un símbolo de nuestro tiempo, en lo que a la producción literaria respecta. Junto a una gran parvedad en la producción de literatura creadora o de imaginación, esa superabundancia de selecciones y florilegios, que encuadran nuestra época y nos dan la tónica de la síntesis y el resumen, como signo de la literatura actual. Recordemos que el momento cumbre de nuestro Siglo de Oro en las Letras fué algo posterior al máximo apogeo del imperio hispano. Tal vez cuando se vive intensamente una época crucial son tantos los acontecimientos trascendentes que arrastran en vorágine arrebatadora a una generación, que los productos de la imaginación o el artificio de la mente, de no ser genial y señera, resultarían escuálidos e incoloros ante la desmedida realidad circundante. Este mismo torbellino anega con ímpetu el nimen del autor. Y es la reposada conciencia del propio valer la que labora posteriormente con los

elementos aportados por la experiencia y el contraste.

Otro aspecto muy digno de tenerse en cuenta, y no por muy repetido menos importante, es el factor velocidad en la vida presente. El ritmo acelerado de nuestra existencia rebasa los límites que pudieron soñar los antepasados. Se vive de prisa. Y el cine, la radio, las exposiciones, solicitan enérgicamente nuestra atención en las horas que los abuelos podían dedicar a la lectura sosegada, tras el cotidiano afanar profesional. De ahí el auge del periodismo y las revistas ilustradas, que ofrecen en reportajes rápidos, en amenas y ágiles crónicas, lo más apasionante y jugoso del momento, junto al ensayo breve dirigido a las eternas necesidades buceadoras de la inteligencia; y no se desdían de colaborar en esas publicaciones periódicas los más preclaros maestros del buen decir ni los investigadores más eruditos de cualquier disciplina científica. En esa misma celeridad de la vida moderna hay que buscar también una de las causas generadoras del extraordinario desarrollo de las antologías, que ofrecen fragmentos escogidos de autores y tendencias a la curiosidad insaciable de unos lectores sin tiempo disponible para leer todas las grandes obras de la literatura universal, precisamente cuando más exigible es un nivel de conocimientos de cierta prestancia y elevación. No hay que olvidar tampoco a un sector de escolares y estudiosos del arte literario, e incluso escritores noveles, que buscan la formación y depuración de su gusto y tendencias, al contraste con los grandes modelos, árbitros de las bellas letras.

Entre las antologías son más abundantes las que recogen composiciones poéticas. Es lógico, por varias razones: en primer término, se puede juzgar mejor de la belleza integral de un poema extenso seleccionando muestras eminentes, que de la totalidad de una obra en prosa con la lectura de algún trozo escogido. El poeta en cada estrofa, en cada verso, procura dejar el sello de su personalidad impresa en una imagen alada, en un giro feliz. La poesía auténtica suele generarse en un trance de inspiración súbita. En prosa, se cuida más el conjunto, la trabazón sistemática. Esto sin contar con que la extensión suele ser mucho menor en las obras poéticas, lo que permite muchas veces a los compiladores y antologistas reproducirlas íntegramente en sus colecciones. Propio de la poesía es en muchos casos reducirse a una simple nota emocional o del sen-

timiento, expresada en versos sutiles y etéreos, casi sin materia expresiva, con más ámbito para las sugerencias y evocaciones que para la reflexión de la inteligencia o el mero goce y solaz estético.

En este género, las antologías hacen desfilar variados climas poéticos: unas veces es el movimiento romántico o el renacentista el que se nos ofrece a través de sus más eximios corifeos; otras, es un panorama íntegro, cronológicamente eslabonado, de nuestra poesía, a través de las edades, o la de cualquier país o grupo de ellos con rasgos similares o afines. Modernamente sobre todo, abundan las antologías particulares de la producción de algún poeta destacado, compatriota o extranjero. Otro tanto podríamos decir, aunque restringiendo el número, en lo que a la prosa se refiere, sin que falten tampoco las antologías mixtas.

No entra hoy en nuestros propósitos el examen y juicio de las más difundidas, sino el destacar su significación ambivalente. De una parte, su misión de alquilara de las más puras esencias, afloradas muchas veces tras penosas lecturas en pílagos farragosos, con lo que se facilita y hace agradable la lectura al público sin una preparación especial. En este apartado debemos considerar asimismo que las antologías nos presentan la visión global de un período literario o de lo más característico de un autor eminente.

Por otra parte, suponen en muchos casos un acicate, un aliciente para conocer y profundizar mejor en un paraje o figura de la historia literaria, que tal vez, nunca hubiese solicitado nuestra atención.

No puede ocultársenos que entre la selva enmarañada de las antologías actuales se nos presentan no pocas veces selecciones hechas sin el debido esmero y paciencia—con fines simplemente lucrativos para el comercio editorial; repertorios preparados con rapidez, que pretenden hacer pasar por oro tibar lo que no son sino vulgares aleaciones de dorada superficie. Y en ocasiones, más que el estudio sereno y concienzudo, horearemos el resumen de preferencias o aficiones personales de un valor meramente subjetivo.

Pero estas deficiencias no podrán convertirse en objeciones de solidez incuestionable, contra la modalidad literaria de las antologías, que vienen prestando un servicio relevante en pro de la difusión y universalidad de la cultura.

ALBERTO SANCHEZ SANCHEZ

LOS LIBROS DE QUE SE HABLA

BIOGRAFÍAS:

	Pesetas
Catalina de Médici (por Franchi)	20
Jaime I (por Sarmiento)	20
Catalina la Grande (por Kaus)	25
Memorias de la Infanta Eulalia	20
Vida de españoles célebres (por Quintana)	20
Figuras y leyendas mitológicas (por Genest)	15

NOVELAS:

Lección de amor sin palabras (Tomás)	10
La aldea olvidada (Kroger)	25
El asilo de huérfanos (Ortol)	10
El chofer de María Luz (Pérez y Pérez)	10

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.

BARCELONA

Temas policíacos

EL AUTOR Y LOS LECTORES

Cuando la novela policíaca empezó a conquistar lectores y el editor se dio cuenta de su fácil salida, los autores de este género brotaron como setas y, en su interés por ofrecer al público novedades, idearon las truculencias más enormes y vertieron al papel los absurdos mayores.

Para poder escamotear el criminal al lector y que éste no se encontrara ante un caso análogo al ya leído en otra novela, cada uno de éstos hizo recaer la culpabilidad sucesivamente en los diferentes personajes que componen un relato. Así, pues, hemos ya leído y visto—ya que muchas han sido llevadas a la pantalla—novelas donde el criminal era la protagonista, tan buena, tan dulce, tan ingenua y que nos resultó más tarde un monstruo de hipocresía y doblez; o el galán apuesto, varonil, mundano, que se nos reveló al final como un dechado de perversión y cinismo, llevando a nuestro ánimo el desengaño al comprobar que se puede ser rubio y culpable y llevar con desenvoltura una americana de travilla y, sin embargo, ser un proveedor de cementerios.

Otro tipo de culpable preferido también por los autores es aquel personaje episódico casi al que el autor parece no conceder importancia, pero que en las últimas páginas del libro recobra tal personalidad que los pocos pasajes en que él intervino son la clave y la base de la verdadera pista.

Tenemos también al detective asesino, que explotó con gran acierto. Edgar Wallace en *El círculo rojo*, y sabemos asimismo que el asesinado en las primeras páginas puede en las últimas ser el asesino de sí mismo. Leyendo esta clase de relatos asistimos a las coartadas más maravillosas y nos acostumbramos a desconfiar hasta de los gramófonos que, como en *El asesinato de la Canaria*, de Van Dine, es el verdadero protagonista del relato, y ello sin perder de vista a los ventrílocuos, los dobles, las serpientes, los loros, los dardos envenenados, disparados con precisión automática a grandes distancias y las cocineras capaces de resultarnos unas Lucrecias Borgia.

Hoy en día, resulta ya difícil para los autores el escamotear al criminal, pues los aficionados a este género de novelas, ya familiarizados con su desarrollo, obran por cuenta propia y, prescindiendo de las apreciaciones y

sospechas del autor, proceden por eliminación y raro es el lector que no se precie de haber descubierto al criminal antes de llegar a la página 125. El buen lector policíaco huye de los tipos recelosos y de vida turbia; de las mujeres desenvueltas y fáciles al soborno y, en cambio, se encarina en seguida con los tipos sencillos y candorosos en los que adivina y olfatea sus posibles criminales.

Van Dine, sin embargo, supo también refugiarse en esta trinchera, y en una de sus novelas—no recuerdo el título—, el criminal resulta ser precisamente la mujer sobre la que recaen todas las sospechas y que previamente anunció su crimen y el modo y manera como habría de ejecutarlo. La complicación ingeniosa de un doble compensa un poco al lector de esta pequeña broma que el autor le ha gastado.

Hay, entre otros, tres autores que destacan su producción entre la plaga de este género de novelas. Edgar Wallace, Van Dine y Agatha Christie.

Edgar Wallace ha sido el más prolífico, y como todo autor que produce una obra demasiado abundante, en su haber hay de todo y al lado de obras como *El círculo rojo* y *El secreto del alfiler*, perfectas en su género, tiene otras alambicadas y premiosas que desmerecen de su obra en general y nos hacen dudar de la paternidad legítima de muchas de ellas, siendo disculpable y hasta admisible este recelo, ya que muchos de sus relatos no guardan entre sí esa semejanza y sello característico de cada autor que nos familiariza al instante con sus descripciones y forma de exponer los asuntos.

Van Dine, por el contrario, a pesar de su variedad de temas, conserva siempre a través de sus relatos un estilo y una personalidad tan propios que su detective Philo Vance, su Doctor Doremus, magnífico y gruñón, y su prefecto de Policía, Markrum, nos son ya familiares y bien conocidos.

Los asuntos de Van Dine son siempre no sólo interesantes, sino absorbentes, y aunque sean a veces rabinosamente imaginativos, su autor sabe revestirlos de tal ropaje y presentárnoslos bajo formas tan aparentemente naturales, que olvidamos y agradecemos, dichosos, este exceso de imaginación.

Aficionado al análisis y al estudio minucioso de sus personajes, a él debemos que esta clase de relatos vaya entrando en el campo de la psicología, y quien haya leído su novela *Los crímenes del Obispo*, tendrá bien presente la partida de "pocker", donde se descubre al criminal, y que es un estudio perfecto de la psicología de éste. Van Dine es fiel discípulo de Conan Doyle y, aunque modernizado, sigue sus huellas paso a paso.

Agatha Christie, al igual que el anterior, sabe escoger y desarrollar sus temas con maestría, y raro es su relato—y ese es su mayor mérito—donde el interés no aumente a medida que avanza la obra, hasta hacer dudar al lector de si en las escasas páginas que quedan para terminar el libro habrá espacio suficiente para una aclaración y explicación razonable.

Agatha Christie utilizó el último baluarte que le quedaba al autor para escamotear el asesino. Hizo criminal al autor mismo y lo hizo con tal habilidad, que supo hurtarlo al lector hasta los últimos renglones de su novela *La muerte de lord Edgeware*.

G. AZCARRAGA

TAJO en el estudio de los artistas españoles

Moreno Torroba

estima necesaria la protección oficial para el total resurgimiento de nuestro arte lírico

Ocupa actualmente el primer p'ano de nuestra escena lírica la figura prestigiosa de Federico Moreno Torroba. *La caramba* ha obtenido un éxito grandioso de público y crítica, y ese gran paso en el resurgimiento del arte lírico nacional se debe al autor de *Luisa Fernanda*.

Moreno Torroba es un compositor eminente, de "pura raza madrileña", como él nos ha dicho cuando dialogábamos junto a uno de los pianos que tiene en su casa.

—Nací en el número 3 de la calle de la Montera, en 1891. Padres y abuelos, madrileños.

Y Madrid hoy luce con orgullo su nombre prestigioso.

—A los ocho años inicié mis estudios musicales, con don Pablo Hernández, profesor del Conservatorio de Madrid. De niño aspiraba ser militar, ingeniero; pero la música despertó siempre en mí una vocación irresistible. Hasta que me puse a estudiar en serio Armonía y Composición, y a los veinte años ya comenzaba mis andanzas en el ambiente musical.

—¿Cuáles fueron sus primeros trabajos?

—La música sinfónica. En aquellos años estrené varias obras para gran orquesta en la Sinfónica y en la Filarmónica. También hice canciones y gran número de partituras para guitarra; una de éstas, *Sonatina en la*, ha paseado con éxito por todo el Mundo.

—¿Tiene usted antecedentes musicales en su familia?

—Mi padre—nos dice Moreno Torroba—es también compositor y organista; a él debo mis primeras orientaciones en el arte. Por otra parte, mi padre político, Joaquín Larregla, es compositor y pianista insigne. Mi hijo Federico, que ahora tiene ocho años, toca en tono de "do" y "sol" todo lo que se le presenta. ¡Con decirle a usted que tenemos cuatro pianos en casa! Me parece que hay música en la familia.

—¿Recuerda cuál fué su primera obra?

—Obra sinfónica, *La ajorca de oro*, poema premiado en un concurso público. La primera *teatral* era una obrita un poco en broma, que se titulaba *Las decididas*. Se representó en el teatro Lara, y fueron sus principales intérpretes Mercedes Pardo, la Moneró, Leocadia Alba, Carmen Seco y algunas primeras figuras más que ya no recuerdo. Y después, completamente en serio, estrené en el teatro de la Zarzuela *La mesonera de Tordesillas*.

Moreno Torroba hace un inciso en su narración sobre su brillante historial artístico para contarnos anécdotas de sus múltiples jiras por España y Portugal y la actuación durante dos temporadas en el Colón, de Buenos Aires, donde con el máximo decoro, ofreció Torroba al público americano una muestra de nuestro género lírico. En aquel paseo musical por la Argentina su reputación alcanzó alturas envidiables para cualquier compositor.

Y ahora abordamos el tema de actualidad:

—¿Cómo ve usted el momento presente del arte lírico nacional?

—Debemos mirarle con optimismo; creo que hay artistas y público capaces para conseguir un resurgimiento victorioso.

—¿Qué medios considera necesarios para su completa realización?

—Aparte de los buenos éxitos imprescindibles, estimo que el complemento de todo ello sería, aunque parezca un tópico, una protección y orientación oficiales. Sus normas y puntos de vista los expuse recientemente en una serie de artículos publicados hace pocas semanas en el diario *Informaciones*.

—¿Qué obra escribió usted con más cariño?

—Para mí siempre la última es la mejor, y la que más quiero. Ahora bien, la que más me ha producido, tanto de éxito como de dinero, ha sido *Luisa Fernanda*. Aunque me parece que la va a superar *La caramba*, porque, en términos llanos, le diré que viene "pegando" de forma asombrosa. Como nota curiosa, puede usted consignar que, desde el día del estreno, *La caramba* hace una me-



El insigne compositor madrileño Federico Moreno Torroba.

dia diaria de veinte mil pesetas de taquilla.

No cabe duda que el público responde con extraordinario entusiasmo al éxito que destacó la crítica la noche triunfal del estreno de esta zarzuela. ¡Felicidades, amigos Ardavin y Torroba!

—¿Qué trabajo realiza usted en la actualidad?

—La partitura de *La ilustre moza*, una zarzuela de Tejedor y Muñoz Lorente, inspirada en *La moza del cántaro*, de Lope de Vega.

—¿Proyectos para después?

—Tengo muchos apuntes para una

obra cuyo libro es de Quintero y Arozamena, y para otra zarzuela de José María Pemán y Carlos de Luna.

Federico Moreno Torroba dedica también sus actividades musicales al cine. Suya es la partitura de *Por qué vivir tristes*, película recién estrenada, con notable éxito, en Madrid; y actualmente trabaja en *Schotis*, guión cinematográfico, que se rueda en los Estudios Balleseros.

La firma de Moreno Torroba se ve aureolada de triunfos en el ambiente lírico, y su nombre prestigia la música nacional con el valor indiscutible de sus altas calidades.—J. A.

A-322

Para conocer

en su aspecto étnográfico, histórico y político, los problemas de la

INDIA Inglesa

lea usted la obra de este título, que es un estudio imparcial, objetivo y metodizado de aquél país.

De venta en todas las librerías
Precio 25 pesetas

Cafiaspirina

Su conocida acción restablece el bienestar y devuelve las fuerzas vitales.

Consulte con su médico

Aprobado por la Censura Sanitaria n.º 1394



Belleza clásica que jamás decae. La mujer es, sin duda, la reina de la creación: por su hermosura, por su armonía y por la feminidad.

Cara y cruz primaveral de los Institutos de Belleza

cargo suyo el tremendo maleficio y sortilegio de la calle, que se alza una y otra vez ante él. Maleficio y sortilegio que le presentan en facetas grises a su mujer en el hogar, desvaída, envuelta en una bata de dudosa limpieza, sin medias en las piernas, o aquéllas arrugadas; el cabello despeinado o martirizado con infernales "bigudies". Y de otro, las bellas, limpias, cuidadas muñecas de los paseos, de los cafés, de las oficinas, del tranvía o el Metro.

En realidad, la mujer que soltera se ofrece como un inmaculado espejo, y al transformarse en casada, en señora, degenera en un tipo burdo, basto, es indigna de la felicidad. Porque quiso acercarse a ella fingiendo todo: un carácter, una preocupación estética, una pulcritud. Todo ello con premeditación, alevosía, ensañamiento y algunos, tal vez, agravantes más.

Pero, afortunadamente, la novia que, mujer, a los dos años parece una cocinera de figón, va siendo cada vez menos frecuente. Acaso porque la guerra haya hecho surgir otra valorización del hombre. Y por consecuencia, un decidido anhelo de triunfo en la Eva, hacia el que ésta encamina todos sus esfuerzos y sacrificios, algunos de ellos, como demuestran

Instituto de Belleza siente la gran inquietud femenina de agrandar. Y sin snobismos estúpidos, "cursis" y falsos: de agrandar al hombre, supremo eje que mueve el potencial dinámico femenino. Y la eterna y recta emotividad de la Eva.

Pero la gran pregunta que siempre hace la mujer a los que con más o menos intensidad conocen estos temas es la siguiente:

—¿Qué hay de verdad en los Institutos de Belleza?

Por lo menos ya se ha dicho antes una: la inquietud femenina de surgir o continuar bonitas.

Valor definitivo ofrece en el campo de estas especulaciones la cirugía estética: un excesivo puente en la nariz femenina mata una belleza; un labio caído, lánguido, destruye el encanto de un rostro. Y a vencer estos obstáculos camina con éxito la moderna cirugía de la belleza, que emplea cada vez más científicos aparatos para el logro del triunfo.

Uno de los más persistentes enemigos de la mujer es el vello: la rubia o bruna pilosidad que florece en las patillas, sobre el labio superior, en las piernas, en los brazos, con desesperante insistencia.

La mujer tiene un comprensible horror a este elemento tronizador de su belleza. Por cuanto surge como

dimientos: los depilatorios, el agua oxigenada — para decolorarlas —, la piedra pómez, la maquinilla de afeitar y las cien mil pastas rasuradoras que continuamente se anuncian en el comercio.

Hoy en los Institutos de Belleza se elimina este peligro con la aplicación de una pasta especial sobre la zona pilosa. Esta pasta toma consistencia, a modo de goma, y cuando tras un tiempo prudencial se retira de la parte aplicada, salen adheridos a ella—y sin dolor para la paciente—las desastrosas vellosidades.

De la duración del éxito dependen múltiples factores. Lo más corriente es la reaparición del defecto en un máximo de dos años.

Otro de los problemas que preocupan a la mujer actual es la juventud de sus piernas: nada hay que delate mejor a inquisitivos ojos la edad de una persona que sus extremidades: ellas llevan siempre en sí la confesión de la edad.

Y por eso la mujer lucha ahora: con escayolas especiales, que vencen el excesivo acusamiento de los músculos, la rotunda tirantez de los nervios; con ejercicio: subida y bajada de escaleras, gimnasia sueca o de aparatos bicicleta; con masajes, con... A fin de mantener la turgencia y flexibilidad adecuada.

Otro problema también fundamental para la estética femenina está concebido en el cuidado de la cabeza; todo en ella es objeto digno de estudio: el cutis—adolescencia contra la tiranía delatadora de las arrugas—; el peinado; los ojos, las cejas, la boca, la barbilla, el gesto, la sonrisa, la risa, los dientes...

Problemas que si no resuelven en definitiva los Institutos de Belleza, si, al menos, trazan un camino, una vía lógica para su resolución.

Pero hay que pensar que lo que nunca podrán hacer los Institutos de Belleza es dar a un alma—no a un cuerpo—de cincuenta años la lozanía, gracia, candor y agilidad de un espíritu de veinte. Porque las huellas que en lo inmaterial deja el tiempo no se pueden quitar, como las arrugas del rostro, en ningún Instituto de Cirugía estética. Por muy científicos que sean sus procedimientos.

Sin embargo, lo que sí hacen y logran aquéllos es hacer a la mujer más feliz, por cuanto la hacen surgir frente al hombre más adorable. Suprema aspiración femenina. Digase lo que se diga.

ALGAR



A través de un cristal, la belleza ha de tener una concepción distinta. Lo monstruoso reemplaza a la hermosura.

ELLA.—Chubascos primaverales sin importancia.

EL.—Pero sí...

ELLA.—Anda, Eduardito, vete poniendo la gabardina y pide por teléfono las localidades.

Y esta falta de lógica, por desgracia para la mujer y para la seguridad y felicidad de su hogar constituido, triunfa en lo fundamental: en el cuidado de la estética femenina en las dos etapas decisivas de la vida de la mujer: en su existencia de soltera, y de casada.

Es lamentable, pero el fenómeno cobra caracteres de axioma en todo el Mundo. Y tal vez, para desgracia nuestra, se agudiza más y más en España. El refranero castellano, sabio, exacto y cargado de añejas experiencias exclama rotundo: "La mujer compuesta quita a su marido de otra puerta".

En realidad, la mujer que, casada, se despreocupa de su propia estética, no es digna de la fidelidad del marido. Tal vez ello parezca demasiado duro y acre. Pero si se profundiza un poco en los pródomos del problema, surge en seguida la convicción de un burdo y torpe engaño femenino efectuado sobre el novio, ahora esposo.

Porque la mujer que en su hogar se despreocupa de conservar su más o menos exquisita feminidad de novia no es digna del hombre honrado que la levantó hasta sí. Porque le captó a fuerza de engaño, de falsía, de simular un excesivo cuidado en la pulcritud de todo, en los arreglos y afeites, en las mil formas de la coquetería.

Bien es verdad que a veces el hombre necesita poco para enlazar, más o menos circunstancialmente, la rectitud matrimonial. Pero vaya en des-

las ilustraciones, terriblemente impresionantes.

¿París? No: Madrid. No sólo la fina mujer de la Bella Luteia cuida la estética de su persona. Lo hacen, en principio—luego, muchas ya casadas, es decir, *conseguido su gran objetivo*, se cansan—, todas las féminas del Mundo. Entre ellas las gentilísimas madrileñas.

Un establecimiento de belleza es una bien proporcionada "combinación" de múltiples elementos heterogéneos, pero coincidentes. Los ojos viajeros pueden inmediatamente percatarse de esta gran verdad: en un sitio triunfa la peluquería; en otro destaca el gabinete de gimnasia, con paralelas, caballos mecánicos, remo artificial, trapecios; en otro, la sala de baños; baños turcos, de vapor, que abren los poros, permitiendo su limpieza; baños de sales, de espuma...; en otro, el laboratorio de cosmética, con infinidad de tarros de todas formas, colores y etiquetas—grácil caricatura, muy siglo xx, de los impresionantes laboratorios de alquimia de las brujas de la edad medieval—; en otro, el originalísimo quirófano...

La mujer o no cree, o espera todo. Generalmente no hay lugar para términos medios, en los que suele estar la virtud. Pero la mujer es mujer, y es infinitamente más pasión que cerebro. Más corazón que cabeza.

Quiérese decir que la mujer—veinte, treinta, cuarenta..., cincuenta..., cincuenta y cinco..., y aun más años—que pisa un Instituto de Belleza acude a él con fe. Con admirable fe, que nada ni nadie logrará expulsar. Y con ello la mujer da una muestra de clara concepción de su inteligencia.

Porque se puede decir, en definitiva, que una mujer que acude a un



La resistencia femenina al sufrimiento no tiene límite cuando es para realzar su belleza.

Francamente, si hay algo extraño e ilógico en este Mundo es la Mujer. Así, con mayúscula.

No es necesario explicar el porqué de la anterior aseveración: está siempre, a todas las horas, demasiado a la vista. Ejemplo de ello el siguiente diálogo, que tiene éxito eterno, por cuanto se repite:

EL.—¿Quieres que salgamos?

ELLA.—¿Con este tiempo? Además estoy muy cansada.

EL.—Pensaba llevarte al teatro.

ELLA.—¿Al teatro? ¡Se te ocurren a veces unas chifladuras! A embobarte allí con cosas serias.

EL.—Quizá tengas razón. Pero, en fin, iré yo.

ELLA.—¿Solo? Hijo, ¿por qué no me dices que lo que quieres es corretear por donde haya mujeres?

EL.—Acabas de decirme que yo voy al teatro a embobarme con cosas serias.

ELLA.—Pero es cuando vas conmigo. No, mira, riquín, prefiero que te quedes conmigo. Con lo bien que estamos aquí. Mira: te pones la bata, te calzas las zapatillas, abres la radio o un libro, te sirvo una gran taza de café con azúcar y te sientas en tu butacón frente a la ventana, gozoso de ver llover.

EL.—Delicioso. Has acabado convencándome. Siempre tienes éxito cuando arrugas las naricillas.

ELLA.—Estilo Mirna Loy, ¿verdad? A propósito, Eduardito: no hemos visto su última película, *Amanecer en el expreso*. Con lo deliciosa que debe estar en esa cinta. ¿Qué te parecería si fuéramos? Yo me arreglo en seguida.

EL.—Pero, mujer. Si estás cansada.

ELLA.—No se necesita muchas fuerzas para llegar al cine.

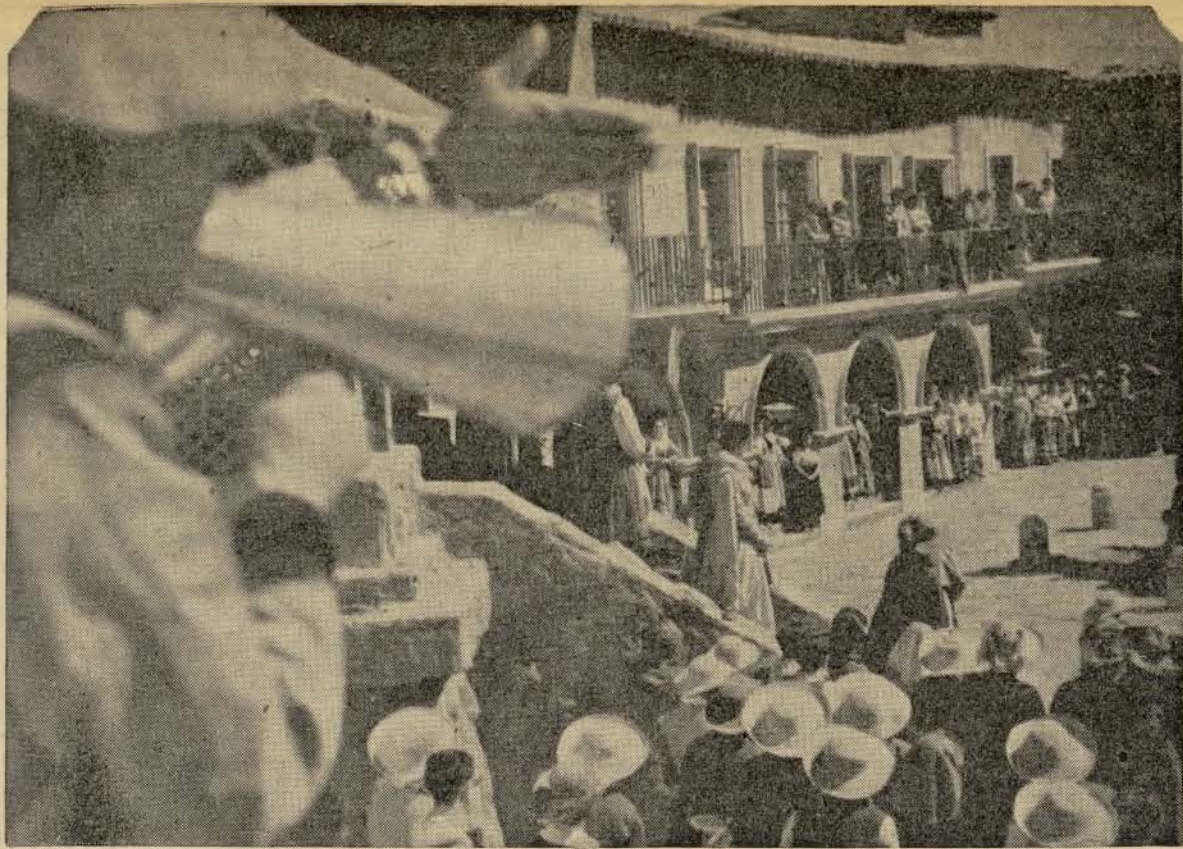
EL.—Pero si llueve.

BALANZAS DE ALTA PRECISION

SARTORIUS-WERKE
A.G.
GOETTINGEN

PARA TODOS LOS FINES
PESAS-MICROTOMOS
SARTORIUS-WERKE A.G.
GOETTINGEN (ALEMANIA)

Representante para España:
JUAN LOHSE
VIA LAYETANA, 52 - BARCELONA



Fernando Delgado, con la mano abierta del director persuasivo, explica al gran conjunto de "extras" qué va a ser la escena que van a rodar de la película "La Gitanilla". Abierto siglo áureo, filipense, en una plaza de la hermosa Castilla.

Yo quiero ser "extra"

El "extra" es el drama de llegar, la comedia de ser y el sainete de esperar. Hay un matiz en este ente de la labor cinematográfica, que pocos han captado con la solución del sentimiento que encarna su modo de ser. El "extra" es la fundamentación de una obra en conjunto y lo más accesorio en su individualidad. Ser en masa, todo, y ser en fracción humana, la nada. Y por cima de ellos, vidas humanas debatiéndose en respetables trayectorias, animadas de ansias infinitas o sumidas de abismales decepciones. Cantar al "extra" puede ser eterno, y llorar al "extra" puede ser circunstancial. Su anécdota es vigorosa en ocasiones y falsa en momentos. Pero, ¡ay!, cierta siempre. Más que el motivo de una crónica o la posibilidad de un reportaje, es el reflejo de algo interesante, que quiero bocetar.

Un día cualquiera, en un momento cualquiera, un ser cualquiera—hombre y mujer, joven o maduro—piensa en esa legión que nutre los Estudios, con perspectivas diversas. Quién hay, que piensa es escalón necesario para dedicarse al cine como actor; otros, que vislumbran una posibilidad más o menos limitada—casi siempre menos—de ganarse unas monedas para coadyuvar a sostenerse, con ese numerario proporcional a sus gastos económicos; otros, menos, vislumbran la gloria, románticamente,

merced al tránsito silencioso de un púdico y manso anonimato, a través de su figura perdida entre la baranda múltiple de abigarradas figuras que pa'pitan al unísono en ansias y anhelos.

El hechizo del celuloide, la pasión de la pantalla, por un lado; el vehículo de un trabajo, el móvil de una necesidad, por otro, son los factores más determinantes que llenan y colman las oficinas de los Estudios cuando se requieren para las escenas de conjuntos de una película unos hombres y unas mujeres que den tono, ambiente y complemento al momento de un "film".

El medio a primera vista es fácil. Llenar una tarjeta en una productora, con un cuestionario nutrido de curiosidades sobre las características de los futuros trabajadores del cine, humildes y silenciosos. "¿Sabe bailar? ¿Habla idiomas? ¿Practica deportes? ¿Tiene traje de etiqueta?"... y otras más interrogantes.

Y luego, esperar ser llamado, ser elegido. Que la fotografía que se envíe atraiga las atenciones de la persona encargada de seleccionar al "extra". Y, por fin, un día cualquiera la cita para acudir a determinada hora a rodar una película. Allí en el "plateau", unas observaciones generales, unas explicaciones del director. Sobre todos los consejos, uno, que mata todas las ilusiones y corrobora

todos los criterios escépticos: "Nada de querer sobresalir, de mostrar deseos de hacerse distinguir; huir totalmente del afán—¿vanidoso? ¿justo? ¿disculpable?—de querer aparentar con egolatría manifiesta: "Aquí estoy yo; ¡fíjense señores, que valgo para primera figura". Apartarse del camino de la notoriedad por la escapada desahogada de lo personal. No desarmar. Saber que se es pieza y que no se es máquina."

Y este es el drama. Con esto, vestirse, chafarrinarse, moverse a voces de mando externo...

Y los "extras", que son la muchachita bella del principal, que se alucinó por las "poses" de las estrellas consagradas; que son el estudiante que no estudia por creer que el cine es más interesante que la Agricultura del Bachillerato o el Derecho Procesal de la Universidad; o el vagabundo de ensueños, que rechazó un empleo fijo en un Banco por estimar que más fuerte que todo está sufrir renunciaciones para ser un día "descubierta"; o la modistilla que dejó el taller y la sinfonía proletaria y menstrual de la máquina de coser, por redimir su juventud en aras de la gracia mágica del celuloide; y el aburrido señorito, que creyó en la transmutación inverosímil de su "modus vivendi", llenando con harapos y con uniformes, con fracs y con disfraces varios, la monotonía pla-

CINE al DIA

¿Sabía usted que...

... en breve empezará a rodarse la película musical *Idilio en Hawái*, bajo la dirección de Miguel Angel Degrey, autor también del argumento y del guión. Las protagonistas femeninas serán Marisa de Valle, encantadora tiple lírica, y Marichu Torres, el último descubrimiento del cine español, que personificarán a dos deliciosas indígenas hawaianas. La música es original de Yohny Degrey —otra estudiante de Derecho que va al cine!— a base de bailables modernos y exóticos.

... el notable pintor José Cañizares está haciendo un retrato al óleo de la estrella Ana Mariscal?

... José María Castellví va a dirigir *48 horas*, adaptación cinematográfica de la novela del mismo título de Benítez de Castro, figurando como primeros intérpretes Ana Mariscal, José Nieto, Enrique Guitart, Raúl Cancio...

... Carlotita Bilbao ha terminado el rodaje de la película corta deportivomusical *Llaves y abrazos*, que ha dirigido Tito Paso? En ella han actuado también, los luchadores Ochoa y Asensio.

... Eva Arión, la encantadora rubia de *Es mi hombre*, se ha teñido el pelo de negro, por exigencias de su próxima interpretación, en la que encarnará una figura que, por su sentimentalismo y calor de humanidad, es muy diferente de los papeles vampíricos que ha interpretado hasta ahora, y que será su consagración definitiva?

... Luchy Soto pasa por el dolor de la muerte de su abuelo materno? En breve saldrá para Barcelona, para protagonizar *Viaje sin destino*, argumento cómico de José Santugini, que realizará el notable director Rafael Gil. Antonio Casal actúa de protagonista masculino.

... cida de sus ocios repetidos y gastados; es la vieja figura, olvidada, que quiere remozar su presencia, un día gloriosa con el ideal inmarcescible de su renunciar a la embriaguez de la admiración, y al tiempo atemperarlo a la necesidad feroz de reparar su condición artística, de fabulesca cigarra...

Todo ello con fugacidad, con parentesis, con irregularidades de trabajo. Hambre de hoy, pan de mañana... Ilusión brillo, amargura, alegría... En ocasiones, un saetazo a los sentimientos ca'deronianos — ¡cruel puñalada muchas veces! — una concesión a la integridad del sexo; una esperanza alimentada de rencorosas críticas; una vida siempre en peligro de rectitud blanca...

Como final, unos dueros, unas vanidades satisfechas, unas necesidades cubiertas y unas aspiraciones agostadas. El "extra" es planta graciosa y feliz; es armonía rota y es suspiro latente. Ha de ser pesado como el plomo, para conseguir ser imprescindible en todos los repartos posibles; simpático con servilismo, para no caer en el enojo de tanto direc-

... en Barcelona ha comenzado el rodaje de la adaptación cinematográfica de la obra de Adolfo Torrado *Mosquita en palacio*, bajo la dirección de Parellada y protagonizada por el galán Luis Prendes?

... el joven y ya celebrado poeta Joaquín B. Cotta, autor de la popular obra *Cátedra de amor* tiene encargados y entregados para su estudio, a Soliño, un argumento titulado *Aquí no hay formalidad: sis-zás*, con objeto de que sea interpretado por Estrellita Castro? Aparte de éste, tiene en el telar dos más: *El club de los avanos* y *A las dos*.

... Luis Arroyo está estos días atareadísimo con sus estudios de piano? El, que no quiere ser un Chopin, precisamente tiene el amor propio profesional de no rechazar ningún papel donde haga falta calibrar unas características de actor completo. ¡Los dobles, en muchos casos, resultan tan mal!

... Antonio Prats, el conocido acuarelista, fotógrafo de arte y cineasta de los tiempos veteranos ha terminado una colección de documentales simbólicos bajo el título *Leyes naturales*, donde hace jugar a las imágenes ideas y pensamientos?

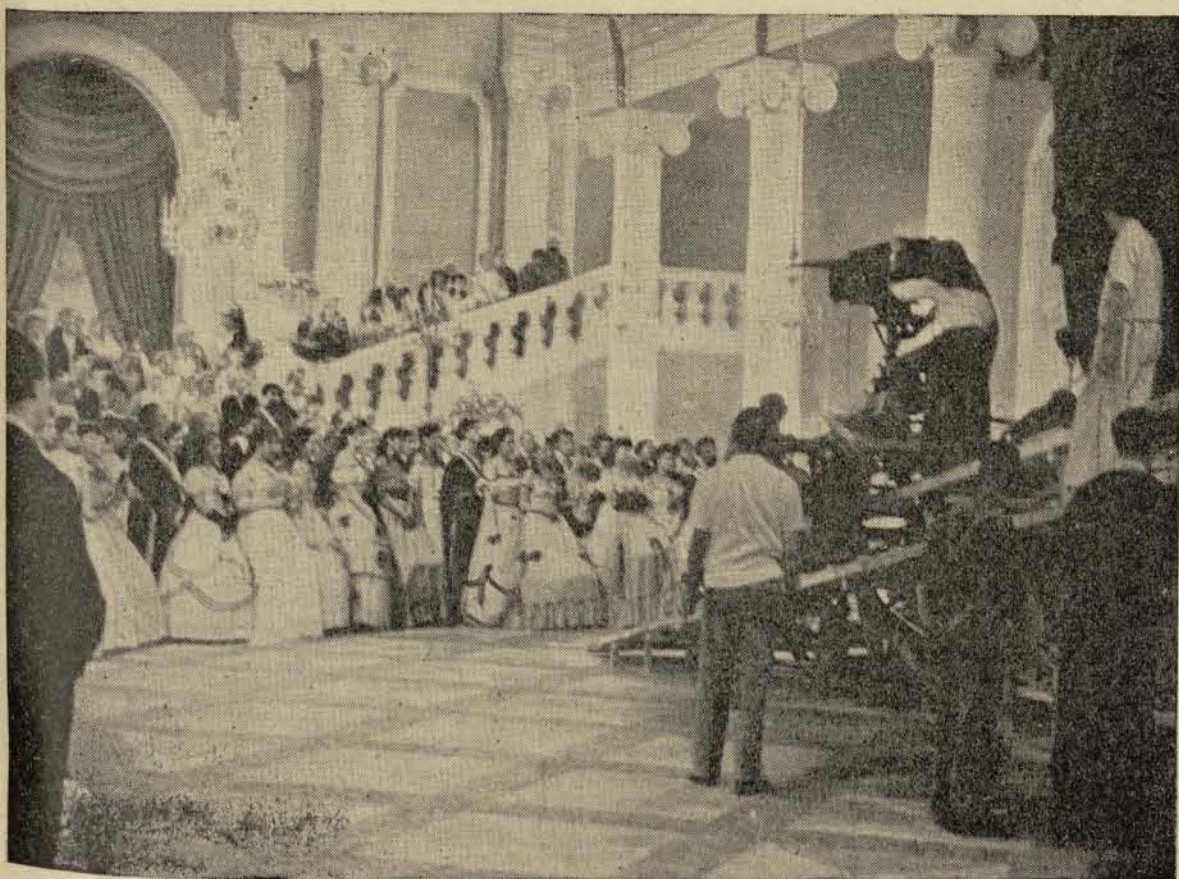
... Rufino Inglés está estudiando con gran cariño diversas biografías del torero Paquiri, pues como ya se sabe, incorporará a la pantalla la personalidad del popular diestro?

BILBAO HOY

El sueño de Butterfly

La magna creación de María Cebotari y Foseo Giachetti

C I F E S A



Luz y color en el palacio de las Tullerías. Animación viva de damas y caballeros en pleno auge romántico. "Extras" de carne y hueso, que van a ambientar el alto espectáculo de una audición de nuestro compatriota el universal violinista Pablo Sarasate...

¿Qué quiere usted saber de cine?

Tenemos el gusto de comunicar a nuestros lectores que continúa abierto el consultorio cinematográfico, al que podrán dirigirse en demanda de datos, noticias, informaciones, juicios, etcétera, relacionados con el Séptimo Arte, todos cuantos aficionados así lo deseen.

Para facilitar nuestra tarea, rogamos encarecidamente se nos envíen las cartas en letra legible. Texto breve y concreto. Se advierte que cada cupón inserto en TAJO dará derecho

sólo y exclusivamente a una consulta.

Conste, para satisfacción de todos, que contestaremos por un orden sistemático de recepción. Diríjanse a: Página de Cine de TAJO, Alcalá, 128. Madrid.

T A J O
Alcalá, 128. Madrid

CUPON
para consultorio cinematográfico

TAJO Y LOS NOVELES

LOS OJOS DEL HEROE

(CUENTO)

Y, allá en el Gólgota, la Madre Dolorosa, mientras nueva luz alumbraba los ojos de los hombres, caía de rodillas a los pies del Hijo.

La planicie, desgarrada por las explosiones de los obuses, se iba dorando poco a poco por la luz de aquel nuevo día de guerra. Era como una alborada macabra, donde la muerte iba con su manto de negruras, negando las delicias del nuevo amanecer. De trincheras a trincheras se cruzaban terribles proyectiles, que en su ardiente mensaje buscaban, ávidos, su imperdonable tributo de vida. Las bombas dejaban escapar borbotones de fuego que, superiores al incipiente amanecer, convertían el campo en un infierno de luz cegadora. El concho de la lucha no parecía amainar; se diría que ambos combatientes habían convenido en un duelo a muerte.

Los doce hombres de la posición sabían desde el comienzo del combate cuán inútil sería su resistencia; pero sabían también su consigna; defensa.

El comandante de la posición—un joven sargento—, mientras corría en zig-zag por la trincheras, dando órdenes breves e imperiosas, hizo un rápido recuento de sus hombres. ¡Cinco! Cuatro, en el parapeto, arrojaban bombas; otro, en el nido, cuidaba de la ametralladora, que con sus andanadas y ráfagas había impedido al enemigo lanzarse al asalto. Era preciso una rápida determinación. Los refuerzos tardarían en llegar; pero... mientras tanto, ¿qué hacer? Nada...; sólo una cosa: morir; pero morir allí, en su puesto. Así pensaba el sargento, así sería necesario hacerlo.

El terrible estruendo del combate parecía darle la razón. Los proyectiles silbaban en todas direcciones. El aire daba la impresión de arder; las granadas, al explotar en terrorífico concierto de estampidos, enrarecían el ambiente, con un olor acre a pólvora quemada. Todo, todo anunciaba un apocalíptico destino.

Un soldado, tinta la cara en sangre, se acercó corriendo:

—¡Mi sargento! El sirviente de la máquina ha...

No pudo seguir. Cayó al suelo. Una bala había abierto en su frente una herida, por donde se escapaba la sangre y la vida.

El sargento miró. Sí, en efecto, la ametralladora callaba. Callaba, y el enemigo, aprovechando la ausencia de aquel obstáculo, que hasta ahora le había contenido, se lanzaba al asalto, seguro de la victoria.

No fue mucho, sin embargo, su

avance. La máquina había vuelto a enviar sus andanadas certeras, construyendo una y otra vez una infranqueable barrera de fuego.

Firme en el sillín, el sargento apretaba el gatillo. ¿Por qué rendirse? Estaba solo, es verdad; pero aún... Un cañoneo característico, inconfundible, le hizo detenerse en sus reflexiones... ¡Tanques! ¡Cobardes! ¡Y para un hombre solo! Siguió mirando: uno, dos, tres... y ya no vio más. Un obús había explotado a sus pies, e hiriéndole en los ojos casi lo hundió en las sombras de la inconsciencia. Pero, no; el ¡tac... tac... tac...! de la ametralladora seguía ininterrumpido con el fiero pulsar del sargento, que escribía así una página más en la Historia de España.

Pasaba el tiempo... Cinco, diez, veinte minutos.

El seguía en su puesto. ¡Ciego, pero en su puesto! Que vinieran si querían, y con la luz de sus ojos le quitasen la de su vida.

Las fuerzas se acababan; apenas le restaban para continuar con el odio en el gatillo. Sintió como si un sopor pesado e inevitable se adueñase de él. En aquel momento no hubiese podido afirmar si se dormía o se moría. Pero antes de que llegase a oscurecerse por completo su razón oyó a sus espaldas descargas de fusilería, que parecían sonar con el ánimo y pujanza de las tropas de refresco. Era el refuerzo; al fin llegaba. ¡Al fin!

La Naturaleza, llena de gozo y armonía, pone sus notas de consuelo en aquellos pasillos, testigos del dolor humano. Hermoso sol de atardecer besa dulcemente la tierra húmeda, guardadora de esplendorosas flores de refulgentes colores. Allí, el edificio, majestuoso y grave, cuyas gruesas paredes no dejan escapar afuera los lamentos, los gemidos del humano pesar. Es el hospital.

Enfrente, el jardín, donde el convaleciente en la pureza del aire encuentra alivio a sus pasadas pesadumbres, donde la tibieza perfumada del ambiente arranca de sus miembros el último vendaje que cubría la horrible desgarradura.

El alma halla alivio; el cuerpo, cura.

Sentado en un banco del espacioso parque, un hombre vistiendo caqui uniforme inclina su cabeza al suelo. Y hay en su rostro expresión de sosiego y reflejo inconfundible de tranquila conciencia. Es un herido. Cubre sus ojos una blanca venda. Su cuerpo parece no haberse movido en mucho tiempo; caen sus manos flo-

jas, como si estuviesen olvidadas. Mas de pronto, ambas se elevan, des-pacio, lentas; una se detiene en el pecho, sobre el corazón; la otra sigue, hasta tocar el impoluto vendaje.

Y piensa el herido. Piensa en su madre, a la que ya no podrá ver; piensa, mientras una de sus manos acaricia suavemente un ramo de laurel que en cincelado círculo está prendido en su pecho. Es la gratitud, es el recuerdo de la Patria, que no olvida a sus héroes. El le ofreció la luz de sus ojos; ella, a cambio, le premió con la Luz de la Gloria.

El suave roce de unos pasos por el arenoso paseo hace levantar al héroe la cabeza. Es que llega una Hermana, es que se acerca la Caridad, esa Caridad creada por los hombres para defenderse de sus propias miserias, para llevar a sus almas, enfermas por los dolores y los desvíos, el consuelo y el arrepentimiento, el perdón y la esperanza. Tanta esperanza como cuentas cuelgan de su largo rosario.

—Mañana—habla ella—os vais. Pensad siempre en mis palabras. Resignación...

—Sí, hermana; bien sabéis que no me quejo, bien sabéis de mi conformidad; pero...

—¿Otra vez? Ella también se resignará.

—No; ella yo sé que no. Yo sé que mi madre no podrá soportar tanto dolor. Y yo, Hermana, ¿no pensáis cuánto he de sufrir cuando teniendo cerca no pueda verla? ¡Dios mío! Ahora comprendo mi desgracia.

—¡Valor!—musitó la Hermana, mientras lágrimas de piedad sincera surcaban su rostro, hecho a la tran-

quilidad de la santidad—. ¡Valor! Si os falta la luz de los ojos os queda la luz de la conciencia. Para Dios y para vuestra madre esa bastará.

Nada parecía capaz de separarlos. Los brazos de él, fuertes y musculosos, enlazaban el cuerpecillo menudito, frágil, de la viejecita. Ella, confundiendo las hebras de plata, símbolo de una larga vida, con la abundante cabellera del mozo, apretaba su cara a la de aquel pedazo de sus entrañas, como queriendo apropiarse para sí sola todos sus dolores. ¡Su hijo! Allí estaba, allí estaba... pero ciego. ¡Ciego! Esta palabra martilleaba su cerebro, esta realidad horadaba su corazón. ¡Ciego! Y en su pesadumbre presente vio las alegrías del pasado. ¡Aquel pasado donde él, su hijo, lo era todo! Recordaba, ahora más claramente que nunca, los años ya lejanos, cuando ella se complacía en mostrar, orgullosa, su hijito hermoso y sano. Después, ya hombre... Las lágrimas nublaron su vista y ensombrecieron sus pensamientos. El pasado era hermoso, ¡muy hermoso!, pero el presente lo asestaba, lo apuñalaba, cruelmente. Era como una rosa radiante y fresca que caída en el arroyo es pisoteada y confundida en el lodo.

Al fin se separaron. La madre, sin embargo, seguía con sus manos rugosas sobre el trapo blanco que ocultaba los ojos del hijo. Y él comprendió. Sí, aquella venda, aquel trapo recordaba a su madre, con fuerza de presencia, su miseria humana. ¿Por qué no quitársela? El sabía que sus ojos no eran repugnantes, que sus pupilas, aunque muertas, conservaban la frescura de otros tiempos. Si la llevaba aún, era porque sus heridas no estaban del todo cicatrizadas. Si, se la quitaría; además... pero no,

T A J O

invita a los noveles a colaborar en sus columnas.

Nuestro semanario, con el fin de estimular la afición y el culto a las letras, admitirá la colaboración enviada por sus lectores, y publicará todos aquellos artículos de valor literario, histórico, político o científico que lleguen a su Redacción, previa una rigurosa selección.

La correspondencia deberá ser remitida a nuestra Redacción, Alcalá, 128, principal, Madrid, indicando en el sobre "colaboración de noveles".

No se devolverán originales ni se sostendrá correspondencia sobre los mismos.

Los artículos publicados serán abonados por nuestra Administración, al tipo habitual de pago a nuestros demás colaboradores.

esto era sólo vana ilusión. Bien es verdad que ahora, aquí, con su madre, le parecía que a través de su venda se filtraba una claridad extraña. Sería acaso... Con movimiento rápido que asustó a la doliente viejecita, el mozo arrancó de su cara la venda pregonera de sus sufrimientos.

Y veía, veía! Sí, él veía allí a su madre querida. ¡Allí!

—¡Madre mía, veo, hay luz otra vez en mis ojos!

—¡Hijo! ¿Qué dices?

—Sí, madre; veo otra vez. Te veo a ti, veo tu cara, tus lágrimas que bajan por tus arrugas, por las arrugas de tus dolores.

—¡Hijo mío!

Y vencida, aniquilada, la madre dolorosa cayó de rodillas a los pies del hijo, que, en muda acción de gracias, elevaba sus ojos, ya con vida, hacia el Cielo, hacia el Padre que todo ata y desata.

JULIO J. VALCARCEL

TOROS Y PLEITOS

TOREANDO AL ALIMON

Lagartijo amaba más la gloria que el lucro. Su arte era único e incomparable, mientras que el dinero...

—A mucho misionario no lo conoce nadie; en cambio a mí, hasta lo chiquito me siguen por la calle—solía decir Rafael Molina.

Era la fama que iba detrás de él. Pero es la vida rosario trenzado de amarguras y alegrías, monorrítmica sucesión de penas y bienandanzas, noria por la que suben incansables los cangilones portadores de trágicos reveses y días prósperos. Cuando menos se espera, brota la tragedia...

Y he aquí que en el hogar feliz del torero cordobés, a donde llegaba a diario el eco de sus proezas taurinas, entraba la desgracia y llamaba el dolor. Había muerto la mujer piadosa que en las tardes de oro y de sol rezaba a la Virgen para que librara al diestro de la muerte, que siempre acecha en las plazas de toros. En adelante, Lagartijo saborearía a solas sus triunfos en la intimidad del hogar, sin compartir su ventura con la esposa buena y enamorada que dejó enlutado su corazón. Y si es triste el infortunio en la soledad, ¿cómo a penas el éxito cuando se halla ausente el ser a quien se amó!

Las desgracias, por cobardes, nunca vienen solas.

Se unió a la viudez de Lagartijo el problema de repartir la herencia de su mujer. El suegro del torero le reclamaba la mitad del capital que había ganado en su vida taurina, y Lagartijo creyó soñar. ¿Era justo que su suegro, que nunca toreó, repartiese con él las ganancias obtenidas en las tardes de lidia, cuando levantaba

de sus asientos a las multitudes enardecidas de entusiasmo?

Fué a consultarse con un abogado, gran admirador suyo. Se sentó junto a una mesa henchida de papeles y pleitos, enfrente de una librería cuyos plúteos llenaban códigos, leyes y gruesos tomos de jurisprudencia. Todo aquello infundía al torero más pavor que un toro de muchas arrobos. Atemorizado y vacilante, expuso con torpeza al abogado el asunto que allí le llevaba.

—Yo creo que todo es mío; pero osted dirá...

Surgió el diálogo. La conversación que mantenemos con un letrado es un escrupuloso interrogatorio que todo lo capta.

—¿Quedan hijos del matrimonio?

—No, señor.

—¿Hizo testamento su esposa?

—Y ya qué había oye a testar?

—¿Hicieron ustedes al casarse contrato sobre el régimen de bienes del matrimonio?

—No, señor.

El dictamen fue rotundo y categórico. El suegro tenía derecho, como heredero de la hija muerta, a la mitad del capital que el torero ganó matando toros. Era inútil que se resistiese a entregar lo que se le reclamaba, porque la petición era de una justicia meridiana.

—¿Pero cómo ha de ser posible que lo que yo he ganado matando toro haya de dividirlo con mi suegro?

Quiso saber el parecer y la opinión de otro abogado, y se dirigió al estudio de un letrado, paisano suyo. Análogos papeles, iguales libros, las mismas preguntas. El dictamen, idéntico. La cuestión era clarísima, y po-

día resolverla un estudiante de primer año de Derecho...

—Ordinariamente—dijo el abogado—, suelen existir en todas las cuestiones jurídicas disposiciones y preceptos confusos o contradictorios. Son lagunas y defectos que cada letrado suple según leal saber y entender; pero en el asunto que usted me expone toda duda es irracional, toda negatva infundada, toda resistencia inútil...

Lagartijo titubeaba. Eran dos influencias del foro las que le aseguraban unánimemente que, en virtud de la sociedad de gananciales, su capital había de ser repartido a medias con el suegro. Como el que no se convence es porque no quiere, aún visitó a otro abogado. Este sería el último. Si su dictamen coincidiese con el de los otros compañeros consultados, habría que resignarse a complacer al suegro. El no quería sino lo suyo. No defendía el huevo, sino el fero...

Para ganar tiempo, Lagartijo aclaró:

—Le advierto a osted que no tengo hijo, que mi mujer no testó y que no hicimos contrato alguno referente a lo bene que adquiriésemos durante matrimonio, que usted gana el consorcio conyugal.

El tercer abogado respondió en iguales términos que el primero y el segundo...

—E desí—exclamó, irritado, Lagartijo—, que mi suegro en la barrera y yo en el ruedo, e sin peligro, yo exponiendo mi vida, hemo estado año y año toreando al alimón...

AGUSTÍN SARASA Y ZUGALDIA

BUZON DE NOVELES

Emilio F. de Asensi.—Sonoros versos, que no alcanzan a ser todo lo irreprochables que el tema se merece. Hay en ellos sentimiento.

Santacruz, Valencia. Algo desorientado, divaga excesivamente. Mande otra cosa.

Saturino Antonio Pérez Feito, Mieres.—Su artículo da la sensación que está sin acabar. Sin duda po-

dría haberlo hecho más completo. Envíenos otra cosa.

Francisco Ortega, Bilbao.—Prosa fluida, buen estilo. Los versos valen menos.

Miguel Ribas de Pina.—Interesantes anécdotas, pero faltas de una trama que corrija su carencia de ilación.

Angelita Roderio, Valdepeñas.—Sus tra-

bajos están bien. No descuide la técnica. Escriba cuanto sienta.

Amado González, Ferrol del Caudillo.—Su artículo, aunque bien escrito, se desvía a veces de su trayectoria. Envíenos otra cosa.

Tomasita O. de Lloréns, Barcelona.—Blandamente ingenuos. Atrévase a desarrollar temas de menos simplicidad.

El hombre de Africa

(Viene de la página 16.)

—Calla, ¿quieres?
—¿Estropeo, acaso, tu gran experimento de regeneración?
—Tal vez, Emilio.
Mientras el diálogo en español cobra realidad, Jimmi parece despreocupado. Aún soy suave en la crítica.
—¿Qué importa, Jimmi?
—Verdad, ¿qué importa nada!
Nada.

Luego, días incomparables en los que María Luisa siente palpar en el guía cada vez más puras emociones.

En la prometida última etapa los expedicionarios se encuentran de pronto e impensadamente frente al mar.
Don Pedro, ruega, iracundo:
—Jimmi, ¿qué es eso?
Serena fluye la contestación del hombre.
—Agua.
—Déjese de bromas. ¿Dónde nos ha traído?
—A Libreville otra vez. Desde aquí pueden embarcar para su país.
Carlos avanza amenazador y concreto sobre el conductor.
—¿Te has burlado de nosotros?
—Les he hecho un favor. El hombre que buscaban no está ya por aquellas tierras.
—¿Qué sabes?
Y al decir esto las palabras de Carlos amenazan como puñales.

—Lo suficiente.
María Luisa se percata del cambio de expresión del guía. Ahora su rostro, enmarcado de pelos, pero bien conformado, cobra ante la austeridad belleza.
—Habla de una vez, condenado.
Emilio, bajo la mirada de Jimmi, se arrempe de sus palabras.
El guía, ahora, advierte con metálico acento:
—No; así, no.
Tras breve pausa, continúa:
—Oiganme. Yo conozco al hombre que buscan. Nunca lo encontrarán aquí; él me dijo que si algún día yo sabía de viejas historias de allá, afirmase que él no quería nada de nada, porque era dueño de su propia vida.

María Luisa, interviene:
—¿Quién es usted?
—Jimmi, el beodo, pero un buen amigo de ese hombre.
Don Pedro corta, casi en súplica:
—Pero, escuche, Jimmi. Yo soy su albacea testamentario. He de hacerle entrega de cuentas. Supone millones. Y necesito hablar con él. ¿Por qué no me dijo antes nada?
Florece la respuesta en incógnita brindada a María Luisa:
—No me hubiera usted empleado.
—¿Estúpido: le hubiera dado dinero para emborracharse un año entero!

—¿Ahora también?
—Habla, si; si me proporcionas datos completos.
—Deme el dinero.
María Luisa ve con pena, que no sabe explicarse, el torvo materialismo del hombre.
—Félix de la Torre estará en Madrid justamente dentro de un año.
—¿Cómo lo sabes?
—¿Qué importa?

Y la sonrisa del guía es un verdadero y angustioso interrogante.

En Libreville, el "safari" se deshace. Jimmi cobra sus haberes y se despide con desvaído saludo de todos. Cuando va a perderse ya en la distancia, le llama María Luisa. Ahora, instintivamente, el sombrero del hombre baja a la mano.

—Jimmi, así no debe uno despedirse de los amigos. ¿Fue tan grosero con Félix?
—Perdón, no me había fijado—bucea el hombre.

—¿Qué piensa hacer ahora, continuar esta vida: tan áspera y animal? Un resto de pudor subleva al guía:
—Sí, será lo que sea, pero es mi vida.

—¡Pobre Jimmi! Que tenga usted mucha suerte.
La blanca mano de María Luisa se tiende hacia la del guía. Este observa la delicadeza de la piel femenina y el desaseo de la suya. Y luego, suave, delicado, con fragilidad infinita, apenas presiona los dedos de la muchacha.

Félix de la Torre, cuando lejos ya de María Luisa gusta el perfume de la muchacha aún impregnado en sus servidas garras, resucita definitivamente.

Y, rápido, toma decisiones, que, tras ocho horas de penosa labor, dan por resultado la aparición en Libreville de un hombre joven, bien encajado, poderoso, de varonil y serena prestancia. Cuando Félix de la Torre frente a un espejo analiza su figura, al contemplar la blanca y sedosa camisa, los claros "briches", las esbeltas botas enterizas, relucientes, el "salakof" impecable.

La suerte, pronto le sitúa frente a María Luisa. Ella, absorta, lo reconoce. Gozosa de la transformación, avanza hacia él:
—¡Oh, Jimmi! está usted maravilloso. Maravilloso.
—Gracias, María Luisa. Como verá, he empleado decorosamente el dinero de su padre.
—Ha hecho usted bien. Ahora parece una persona.
Cortés y galán, invita él:
—Me permite que la ofrezca un refresco?
—Con mucho gusto, Jimmi.

Cuando María Luisa se halla sentada frente a su compañero, lo admira francamente. Se le antoja imposible que aquel gallardo joven sea el desgraciado guía. Por eso, pregunta:
—¿Por qué cayó tan bajo, Jimmi?
—Me venció Africa.
—Debió regresar a su país entonces.
—No tenía ninguna razón para ello.

—¿Carecía de familia, amigos, fortuna?
—Prácticamente, sí.
—¿Y fue usted cobarde?
Ahora la palabra hiere a Félix.
—Ante esta tierra, sí. Ante mi decisión, no.

—No le entiendo.
—Ya le explicaré, dentro de un año, su Félix de la Torre. El también tuvo que luchar contra el sortilegio tremendo de Africa.
—¿Con más éxito que usted?
—Tal vez, porque él tuvo una ilusión.
—Y usted, ¿qué hará ahora?, volver al interior?
—Sí, a buscar a Félix de la Torre.

—Pero no habéis prometido que iría dentro de un año?
—Eso no quiere decir que no le busque.
—¿Tiene la seguridad de que irá a Madrid?
—Sí; si os acordáis de escribirme. Ahora la extrañeza es infinita en María Luisa.
—¿Qué tiene que ver?
—Ello servirá para darme fuerzas en la búsqueda, y si le encuentro será un motivo para que él vaya a España.
—¿Un motivo?
—Cuando yo le diga la maravillosa belleza de usted, su bondad, su encanto, ninguna fuerza será capaz de impedir a Félix de la Torre que vaya a buscarla.

Apoteosis espectacular muestra a María Luisa la verdad diáfana. Pero gozosa del misterio, sólo quiso decir:
—Conformes; le escribiré a usted, Jimmi, y puede decirle a Félix de la Torre que espero en Madrid tal vez a los dos.

Cartas cruzadas entre Jimmi y María Luisa cuajan dos almas de poesía. Por eso, Jimmi, después, un buen día despierta en Madrid.
Y en la fecha anunciada llega ante la puerta de María Luisa. Pero no necesita llamar; la gentilísima surge gozosa ante él:
—¡Jimmi!
Ante ella se abre la sonrisa fuerte, sana y optimista del recién llegado, que dice:
—¿No me preguntas por Félix de la Torre?
Sonríe a su vez la bella:
—¿No crees mejor que tengamos siempre un cariñoso recuerdo de Jimmi?

F. HERNANDEZ CASTANEDO

H U M O R



—Es usted muy joven para ser el padre de un niño tan alto.
—Yo no soy su padre. Soy su madre.



EL MARIDO EJEMPLAR
—¿Ve usted? ¡Yo quisiera un estante así!...



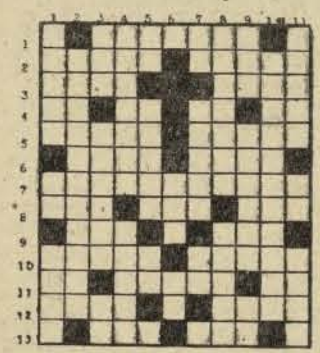
—Y si alguno me pregunta que qué hago, le contestaré: "¡Hago lo que me parece! ¡Para algo soy el director!..."



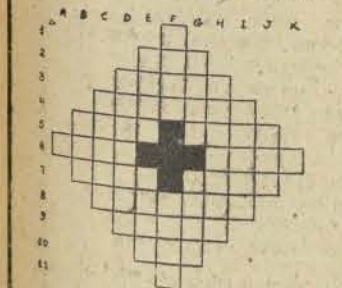
—He venido a concederle la mano de mi hija...

CRUCIGRAMAS

HORIZONTALES: 1. Vocal. 2. Embrollo. 3. Mamífero carnívoro. 4. Sombrero de copa alta. 5. Sana; Granero. 6. Cuerpo esférico; Bebida alcohólica que se hace con maíz. 7. Leve, ligero; Miro. 8. Los que hacen o venden ciertas vasijas. 9. Hacen mal. 10. Arbol leguminoso. 11. Consonante.
VERTICALES: A. Consonante. B. Hortaliza. C. Antiguo suplicio. D. Criba. E. Piedra llana; Dios mitológico. F. Al revés, terceto; Diámetro principal de una curva, en plural. G. En la baraja; Rezan. H. Instrumento músico mecánico. I. Planta liácea. J. Vil metal. K. Vocal.



Soluciones al número anterior
HORIZONTALES: 1. Paladas; Señales. 2. Obesos; Ira; Podaba. 3. Tisus; Adulo; Sidol. 4. Pola; Alocado; Nati. 5. BAS. 6. Alega; Sin. 7. As; Ala; Ora; Rea; NA. 8. Ocaso; Milpa. 9. Proceso; Pasiego. 10. Osera; Sacas. 11. Fa; Ema; Mal; Ser; Ca. 12. Ras; Tabas; Sol. 13. Iras; Paletos; Pili. 14. Noria; Loros; Limón. 15. Dimele; Son; Penosa. 16. Salones; Colonos.
VERTICALES: A. Fábulas; Farolas. B. Ilesos; Oro; Oleras. C. Pisan; Acosé; Simón. D. Toda; Pláceme; Aina. E. Las; Accra; Des. F. Es; Ala; Osa; Tal; Sí. G. Idolo; Malos. H. Crucero; Baberos. I. Alaga; Latón. J. NS; Oda; Más; Sos; Co. K. Pes; Risas; Por. L. Años; Felices; Lelo. M. Nidal; Apear; Pinos. N. Aladas; AGS; Simona. O. Rebotín; Colosos.



HORIZONTALES: 1. Provincia española. 2. Diputado por Mes. 3. Lugar de Huesca; Letras de "Velón". 4. Al revés, intersección; Al revés, y repetido, ser querido; Letra griega; Letra. 5. Bebida; Enorme. 6. Feligrés de Pontevedra; Raspen. 7. Acción de cubrirse con ropa plural. 8. Letras de "Túnez"; Al

revés, Catedral; Aquí. 9. Indignación; Primo de Mahoma. 10. Figura plana; Símbolo de la Fe, ordenado por los Apóstoles. 11. Repetido, sabe mal; Feligrés de Lugo; Terminación verbal. 12. Lanza; Ceremonia católica. 13. Utiliza; Artículo.
VERTICALES: 1. Censuras; Letra; Atraverse. 2. Que tienen propiedad de excitar. 3. Letras de "Lea", invertidas; Purifica; Pronombre. 4. Género de leguminosas del Cabo de Buena Esperanza; lugar de Guadalajara. 5. Voz de que usan los niños para dar a entender, que quieren dormir; Sobresalto; Terminación verbal. 6. Al revés, me alegré; Niega. 7. Nota; Título dignatario de Inglaterra (Pl); Consonante. 8. Convida; Letras de "Armas". 9. Feligrés de Lugo; Desafale; Al revés, nota. 10. Agradecidos. 11. Filósofo griego 504 a. de Jesucristo; Al revés, carta; Rezar.



FOTOGRAFIA DE ARTE
—¡Perfecto! ¡No se mueva!



—¡Juanita! ¡Tírame la esponja!
—¡Querrás decir la llave!
—No, la esponja; porque al menos, si me cae en la cabeza, no me hará tanto daño.



—¿Te parece bonito lo que has hecho? ¡Me has echado a perder mi traje nuevo!



EN LA CLINICA
—Ahora córteme el pelo.

EL HOMBRE DE AFRICA

El individuo levanta con repugnancia la mugrienta cortina de la vieja y hosca choza. Entre espeso revoltoso de zumbonas, negras y punzantes moscas. Luego, sus ojos deslumbrados, torpes en la percepción de los objetos del interior del antro, se afanan en vencer las tinieblas. Sin conseguirlo.

Prudente, el hombre prefiere no avanzar. Así, que su voz clama:

—¡Ché!, amigo.

De las sombras nace una voz brusca y áspera:

—¿Quién es?

—Escuche; quiero hablarle. Si me permite pasar.

—Espere, saldré yo. Dos no cabe-mos aquí.

El hombre agradece, *in mente*, la mezquindad del local. Tras breve pausa, salen al exterior un poderoso y desaharrado individuo y un endiablado hedor a humanidad.

Don Pedro Ruiz, cincuentón magro y firme; sus hijos, María Luisa, gentilísima muñeca morena, y Carlos, muchacho fuerte y optimista, y Emilio Altea, pretendiente a serlo, se hacen atrás para evitar el fétido o'or.

El ingrato personaje analiza un instante con fría e inquisitiva mirada el grupo. Tan sólo la inspección se detiene un instante más en la bella estampa femenina que viste traje de amazona. Después, voz rota pregunta:

—¿Qué quieren?

Informa don Pedro:

—¿Es usted Jimmi, el...?

La imprudencia se corta a tiempo de no surgir. Pero no de que la capte el extraño personaje.

—Sí; soy Jimmi, el beodo. ¿Y ustedes?

Rehecho, don Pedro declara:

—Como ve, forasteros. Pero ello no hace al caso. Lo fundamental es el motivo de nuestra visita. Venimos a contratar sus servicios.

Seco, se dispara el interrogante de Jimmi:

—¿Para qué?

—Para que nos guíe a Nyaza Jhazu.

Otra vez la tozuda pregunta:

—¿Para qué?

—Para buscar a un hombre.

—No voy.

La escueta contestación es acompañada del intento de Jimmi de volver a hundirse en el antro. Pero el brazo de Carlos corta la retirada:

—Un momento, amigo. Aún no hemos acabado de hablar. Le pagaremos bien.

Jimmi dirige la mirada a la mano que le aferra. Y frío, sin pretender ningún impulso, ordena:

—Suelte.

—Lo haré, si nos promete no hundirse en ese infernal tugurio.

Ahora una sonrisa rara delata los poderosos y blancos dientes de Jimmi.

—Es mi palacio. Y el de ustedes.

Los forasteros no pueden ahogar un instintivo gesto de repugnancia.

La voz de Carlos es firme y rotunda:

—Escuche, Jimmi; no hemos venido a este inmundo rincón de África, desde España a que usted ponga impedimento a nuestra misión.

Jimmi no parece oír las últimas palabras. Su rostro barbado y sucio, expresa lejanías del alma.

Sin embargo, continúa Carlos:

—Necesitamos sus servicios. Si usted nos ayuda le haremos un magnífico regalo, además de pagarle sus honorarios.

—¿Qué ha hecho ese hombre?

—Nada. Necesitamos que vuelva a su país.

—¿Para meterle en la cárcel?

—No; para hacerle rico.

—Si está en Nyaza Jhazu ya lo es. No le faltará lugar donde dormir, caza que comer y espacios para marchar. Si queréis buscarlo, ir vosotros.

Ahora corta el nuevo intento de mutis María Luisa. Despreocupada de la exabrupta familiaridad del individuo, dice:

—Oiganos, Jimmi. Necesitamos, forzosamente, encontrar a ese hombre. Ha de entrar en posesión de una fortuna. No venimos a causarle mal. Y usted debe guiarnos. Le conven-drá.

Jimmi contempla con sus ojos aún húmedos de alcohol el gentilísimo rostro de la muchacha. Y, sojuzgado

por la espléndida belleza, sólo sabe decir:

—¿Tú lo quieres?

—Sí, Jimmi. Y usted aceptará.

En los dos días de marcha que lleva el "safarí", Jimmi no ha estado un momento sereno. La carga del negro que arrastra los licores del guía es por momentos más ligera. Y por ello tal vez la expedición languidece.

Ahora, en la noche vital y maravillosa de África, cuajada de perfumes ruidos de la selva y preludios de peligros los hombres blancos de la expedición se reúnen alrededor de confortable hoguera. Todos, menos

Corta Carlos el diálogo:

—Lo esencial es encontrarle.

—De éste depende.

La mano de Altea señala a Jimmi que ahora, a parecer, en sueños, se revuelve ligeramente.

—De grado o fuerza actuará.

La voz de don Pedro ha surgido dura:

Carlos, en susurro precave:

—Puede oírnos.

—¿Qué importa, si desconoce el español?—observa María Luisa.

—¿Qué sabemos lo que conoce esta gente?

La duda queda clavada en los circunstantes para toda la noche.

Al alba, y con la marcha, María Luisa pretende resolver la incógnita que le preocupa. Y aprovechando la ocasión que Jimmi sube la botella a los labios le inquiere, suave:

—¿No le da vergüenza?

El guía sigue buscando, ávido, el fondo del recipiente. Cuando acaba se vuelve a María Luisa, a quien interroga en su extraño francés:

a aquella. Luego, los nervios viriles se crispan y distienden... Pero ante la expresión amenazadora, hacen el cuadro sobre la muchacha los hombres blancos, llegados a tiempo.

Jimmi pesa y mide el momento. Y algo, dormido muchos años antes, despierta con sustantivos brios. Porque es magnífico el cuadro: los españoles, erguidos en centinela rotunda de la hermosa y altiva muchacha que aún sostiene decidida, en sus brazos la humeante arma.

En las posteriores jornadas es extraña la actitud del guía. Cada vez más roto, más sucio sí, pero ahora serio, firme, constante y gélido.

María Luisa comienza a cobrarle un intenso terror. Lo concibe cruel, sibilino, y vive en perpetua centinela.

Pero de pronto, un accidente de la marcha turba el inapelable juicio de la gentilísima.

La acción es corta, pero decisiva. Al cruzar el bosque, uno de los hombres del "safarí" es envuelto por una enorme serpiente. El reptil se enros-

noche se ve aumentada por la poesía de la fraternidad humana: junto al herido, el sucio y desaharrado Jimmi vela el agitado sueño del negro. Y lo vela con interés, con cariñosa solicitud, que se descubre en el cuidado que el hombre blanco pone en mitigar los dolores del enfermo aplicándole con suavidad exquisita compresas de agua fría sobre la ardorosa frente.

Sin saber cómo, María Luisa se encuentra al lado de Jimmi. El diálogo, en susurro, florece sustantivo.

—¿Me perdona, Jimmi?

Los ojos del hombre interpretan la figura femenina como culminación de la belleza.

—¿De qué?

—De haberle supuesto innoble.

—Y ahora, ¿no me crees?

—No; esto me ha hecho cambiar.

Brusco, corta él:

—De ello no te fíes. Este hombre me era útil.

—No lo dudo. Pero podían cuidarlo, ahora otros y no usted. Pero nadie lo haría con tanta delicadeza y solicitud.

Jimmi se turba acaso por vez primera en muchos años. Pero su voz, ároma, pretende disfrazar la emoción y cortar el diálogo:

—Vete a acostar, muchacha. Mañana será dura la marcha.

María Luisa, sólo osa decir:

—Hasta mañana, Jimmi.

Al día siguiente, extrañas decisiones de María Luisa, impulsan a la muchacha al conductor del "safarí".

Jimmi la observa, extraño y silencioso.

Cuando la marcha es suave, habla ella:

—¿Cree usted que triunfaremos?

—Según lo que pretendan.

—Ya lo sabe: buscar a un hombre blanco. A un español. Quizá usted en sus correrías haya tropezado con él. Es un hombre de su edad, aproximadamente.

—¿Hace mucho que vino a estas tierras?

—Aquí, no. Sus cartas acusan todo lo más dos años. Pero está en África hace lo menos quince.

—¿Aventurero?

—Sí y maravilloso. Todo un hombre.

—¿Lo quieres?

—No lo conozco, pero lo admiro. Es un español de nuestros tiempos heroicos.

Ahora Jimmi busca vértices extraños en la lejanía. Luego, observa:

—Conocía un hombre blanco que escribía cartas a su tío.

La emoción hace vibrar la voz femenina:

—El.

Continúa ahora, gris, el guía:

—Pero este hombre era un desgraciado. Como a mí, le habían vencido los vicios. Si lo encuentran hallarán un pobre muñeco.

La protesta nace en la muchacha:

—No es posible.

Y luego, enfervorizada, afirma:

—Y si lo fuera, rehazaríamos al hombre.

—¿Tú, muchacha?

—Me cree impotente?

—Te creo la única fuerza capaz de ello.

Frente a los continuos peligros de la selva, Jimmi ha surgido poderoso y vencedor, como verdadero jefe. El lleva la ruta, ahora cada vez más difícil.

María Luisa adivina que alguna fuerza desconocida rehabilita al guía. Y, curiosa como mujer, pretende localizarla.

Es Altea quien en una noche magra, malévola, la solución al encontrarse en silenciada charla a María Luisa y al jefe del "safarí".

—Hombre, Jimmi. Vas a lograr ponerme celoso. Siempre te veo al lado de la señorita.

El interpelado escucha la frase en silencio. Pero María Luisa se rebela:

—No me agrada, Emilio, lo que dices.

En español, habla él ahora:

—Ni a mí tu amistad con ese curdo.

—No le ofendas.

—Aún soy suave en la crítica.

(Continúa en la página 15.)



Jimmi, que un poco más allá dormita envuelto en una pequeña manta.

Es Altea el primero que en el grupo hace nacer la angustiosa incógnita que late en todos los espíritus.

—Este hombre, ¿dónde nos lleva?

Porque yo juraría que la ruta de esta jornada es idéntica a la de ayer. Como si hubiéramos descrito un círculo.

María Luisa asiente:

—También a mí me ha causado la misma impresión. Pero será la causa la monotonía del paisaje.

Tercia don Pedro:

—¿Qué interés puede llevar en engañarnos? Le consta que si logramos dar con Félix percibirá una importante gratificación.

Rezona Altea:

—Dichoso primo mío. Siempre tan "bala" perdida. Sólo a él se le podía ocurrir venirse a este infierno.

Ahora corta María Luisa:

—No digas, Emilio. Es maravilloso. Supo rebelarse ante tu tío, sin miedo a sus furiosos ni a su deshonoramiento. Y ya ves, al fin tu tío le dejó toda su fortuna.

—Porque tan terco y orate eran el uno como el otro.

—¿Querías algo, muchacha?

La joven descubre en los ojos del hombre un diabólico brillo burlón.

Por eso, ciega de coraje, grita:

—Sí; esto.

Las manos femeninas hacen presa en la botella, que lanzan luego al suelo, donde salta en mil pedazos.

Jimmi, con dura expresión en los ojos, ordena:

—Vete.

Gélido temblor hace buscar a la muchacha el tibio cobijo de los hombres de su país.

En la jornada siguiente, María Luisa, serena en su suprema decisión, obliga al negro, portador de los licores del guía, a alinear todas las botellas sobre una peña. Luego, gozosa y tranquila, espera el arribo de Jimmi. Cuando al fin ve a éste a prudente distancia, abre con certeros blancos el fuego.

La rotura del último coincide con la llegada del guía.

Este contempla un instante la escena. La mirada de Jimmi marcha de la tiradora a las botellas, de éstas

ca sobre el desgraciado. La rapidez del ataque paraliza el esfuerzo de todos. Sólo sabe reaccionar a tiempo Jimmi: su poderoso machete ataca con ímpetu al animal, que se revuelve frente al nuevo enemigo. Este, sereno y concreto, rechaza el empuje, para luego contraatacar con molinetes mortíferos.

Tras rápida e intensa lucha, el hombre vence a la bestia, que al fin, en sus estertores de agonía, abandona la presa.

El desgraciado, entonces se arrastra humilde y agradecido a Jimmi. Y lo que preocupa, después, en la alta noche a María Luisa, es el gesto señorial y digno con que el guía levantó al abatido.

Por la noche, los gemidos de dolor y el recuerdo de la proeza de Jimmi impiden a la muchacha, en la tienda, conciliar el sueño.

Ello le hace pensar que tal vez haya juzgado demasiado severamente al desdichado. Y acuciada por esta idea surge al exterior.

La hora de infinita belleza de la

T A J O

SEMANARIO ILUSTRADO

Alcalá, 128 - Tel. 58192

M A D R I D

Ayuntamiento de Madrid